Los Hollister



CONTRA LOS LADRONES

21



JERRY WEST

Roban en la tienda del señor Hollister. Tras poner el asunto en manos de la policía, la familia decide probar una nueva canoa plegable.





Jerry West

Los Hollister contra los ladrones

Los Hollister - 21

ePub r1.1
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Scarecrow Mystery*
Jerry West, 1957
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



¡ALGO HA DESAPARECIDO!



¡Buuu! ¡Buuu!

El señor Hollister oprimió el claxon de su furgoneta, aparcada junto a la bonita casa situada a orillas del Lago de los Pinos.

—¿Dónde están mis ayudantes? —gritó—. El Centro Comercial se abre a las ocho. Además, tengo una sorpresa.

—¡Ya vamos, papá!

La puerta vidriera se abrió de par en par y Pete Hollister salió a toda prisa. El muchachito de ojos azules, alto y bien formado para su edad, bajó de dos en dos las escaleras del porche.

Pam, su hermana de diez años, iba tras él. Los rizos de su cabello largo se alborotaban bajo la brisa del mes de junio. Ella y Pete se acomodaron junto a su padre, el atractivo y atlético John Hollister.

—¿Cuál es la sorpresa? —quiso saber Pam.

El señor Hollister miró a su hija, puso en marcha la furgoneta y sonrió.

—Anoche acabé mi nuevo invento.

—¿La canoa plegable?

El señor Hollister asintió con un cabeceo.

—Está a punto de prueba —dijo, muy orgulloso.

—Estoy deseando verla —confesó Pam, mientras se aproximaban al Centro Comercial.

—Deja que nosotros abramos la tienda, papá —ofreció Pete.

El señor Hollister sonrió, detuvo el coche y tendió a su hijo el llavero. Pete y su hermana bajaron, y su padre se llevó luego el coche al callejón que daba entrada a la parte posterior de la tienda, en donde se vendían juguetes y artículos de ferretería y de deportes.

El Centro Comercial era un edificio de una sola planta con dos grandes escaparates, uno a cada lado de la puerta. Pam estuvo contemplando los juguetes y algunos objetos deportivos, mientras Pete buscaba una gran llave de latón y la insertaba en la cerradura. Cogió el pomo de la puerta y entonces, aunque todavía no había hecho girar la llave, la puerta quedó abierta. Pete ahogó una exclamación:

—¡Pam! ¡La puerta no ha estado cerrada con llave esta noche!

El señor Hollister ya había dejado la furgoneta y se acercaba a los niños.

—¿Qué has dicho, Pete? —preguntó.

—Os dejasteis la puerta sin cerrar —dijo Pete, entrando en la tienda, seguido de Pam y su padre.

—Yo mismo eché la llave —aseguró el señor Hollister, muy extrañado—. Me pregunto si…

De repente, Pam exclamó:

—¡Papá! ¡Pete! ¡Han robado en la tienda!

Los tres quedaron atónitos, mientras miraban a lo largo del pasillo de la tienda. Todos los artículos almacenados para la venta estaban desperdigados por el suelo.

—¡Zambomba! ¡Han estado registrando! —exclamó Pete.

Mientras corrían hacia la parte trasera de la tienda, Pam pensó en algo que le hizo exclamar, preocupada:

—¡Papá! Tu nuevo invento. La canoa plegable. ¿Crees que será eso lo que buscaban los ladrones?

El señor Hollister corrió al cuartito de la trastienda. Allí guardaba herramientas para hacer pequeñas reparaciones y allí había estado la noche anterior, trabajando en su nuevo invento. Mientras los niños aguardaban, con el corazón latiéndoles

apresuradamente, el padre abrió la puerta. En seguida dio un suspiro de alivio. La canoa seguía allí.

—¡Gracias al cielo! —murmuró.

—¿Qué querrían los ladrones? —comentó Pete, mirando el desorden que reinaba a su alrededor.

En aquel momento entraron dos hombres a los que Pam dijo:

—¡Indy! ¡Tinker! ¡Nos han robado!

—¿Cómo? —preguntó el más bajo de los dos recién llegados.

Era un hombre robusto, de unos treinta y cinco años, con el cabello negrísimo, los pómulos salientes y la piel rojiza, propia de un indio. Indy Roades trabajaba para el señor Hollister, lo mismo que Tinker, el hombre alto, delgado y de bastante edad. Los dos miraron a su alrededor con asombro.

—¡De prisa! —ordenó el señor Hollister—. ¡Debemos averiguar qué es lo que falta!

Todos fueron pasando de mostrador en mostrador, examinando las desordenadas mercancías, para determinar qué era lo que faltaba.

—¡Ya veo! —exclamó Tinker, señalando un estante con picos y hachas. Faltaban tres herramientas de cada clase.

—Estaban todas cuando cerramos anoche —recordó el señor Hollister.

Indy, que estaba en el otro extremo de la tienda, gritó:

—¡Señor Hollister!

Todos corrieron al lado de Indy, que examinaba una mesa donde un letrero decía: «Material para prospecciones».

—¡Faltan dos de nuestros mejores contadores Geiger! —dijo el indio.

Dejando escapar un silbido, el señor Hollister comentó:

—Contadores Geiger, picos y palas. Tal vez alguien anda buscando uranio por cuenta propia.

—¿Llamamos a la policía, papá? —preguntó Pete.

—Sí, hijo. Que el oficial Cal venga en seguida, si puede.

Pete fue al teléfono y marcó el número del departamento de policía. Preguntó por el oficial Cal, un joven policía que había ayudado a los Hollister a resolver muchos misterios, desde que se trasladaron a Shoreham. El teniente que contestó al teléfono

informó a Pete del hecho de que Cal estaba en el coche patrulla, dando un paseo de inspección por la ciudad.

—Es que han robado en el Centro Comercial —dijo Pete.

—Enviaré a Cal en seguida —prometió el teniente.

Los niños esperaron, llenos de nerviosismo. A los pocos momentos, un coche de la policía se detenía ante la tienda y de él bajaba un joven de aspecto agradable. Entrando a toda prisa, dijo:

—El teniente se ha comunicado conmigo por radio. Me ha dicho que han robado aquí. Lo siento mucho.



—Se han llevado algunos artículos de valor —repuso Pete.

Después de enterarse de todo lo ocurrido, el oficial Cal dijo:

—Esto parece hecho por dos personas. —Examinó la tienda y luego la cerradura de la puerta—. Es extraño. No ha sido forzada.

—¿Quiere decir que el ladrón usó una llave? —preguntó Pete.

—Eso parece. Pero no puedo imaginar cómo encontraron una llave que sirviese para esta cerradura.

Después de concretar qué artículos eran los que faltaban, el oficial fue al coche patrulla y se comunicó por radio con el cuartelillo. Informó del robo y añadió:

—Envíen a nuestro experto en huellas digitales.

—¿Qué podemos hacer para ayudarle? —preguntó Pam, cuando el oficial volvió a entrar.

Cal propuso que interrogasen a los comerciantes cercanos, que hubieran abierto las tiendas más temprano.

—Preguntáis si han visto por aquí alguna persona sospechosa.

Pete y Pam siguieron al pie de la letra la sugerencia.

—Vamos a probar en la gasolinera —propuso Pete—. Abre muy temprano.

Antes de llegar junto a los surtidores de gasolina, los hermanos Hollister vieron a dos chicos que se aproximaban.

—¡Vaya! Ahí están Joey Brill y Will Wilson —dijo Pam.

Joey, el chico de mal carácter, de la misma edad de Pete, aunque más alto, continuamente andaba molestando a los Hollister. Will Wilson, su amigo, también les gastaba jugarretas siempre que podía. Mientras se acercaban, Joey gritó a los dos hermanos:

—Acabo de enterarme de que habéis informado sobre un robo en vuestra tienda. ¿Qué ocurrencia ha sido esa de inventar que os han robado?

—No hemos inventado nada —protestó Pam, indignada, mientras Pete apretaba los puños. Pero Pam le hizo una seña y cuchicheó—: No te pelees con ellos. A lo mejor pueden ayudarnos.

Pete siguió el consejo de Pam y sólo dijo:

—¿Vosotros habéis estado por aquí esta mañana temprano?

—Hemos ido a pescar hacia las seis de la mañana —contestó Joey—. Hemos pasado en bicicleta por delante de la tienda.

Pete preguntó a los dos chicos si habían visto algo desusual.

—Sí. Había un hombre delante de la puerta.

—¿Estás seguro? —preguntó Pam, empezando a ponerse nerviosa.

—Claro que sí —afirmó Will.

—El hombre nos pareció sospechoso, de modo que le seguimos

—añadió Joey.

—¿Adónde fue?

—Al número dieciséis de la calle de la Nuez. Entró allí y no volvió a salir.

—Gracias, Joey —dijo Pete.

Él y su hermana se marcharon a toda prisa. La calle de la Nuez se encontraba dentro del barrio comercial y no quedaba muy lejos.

—Ésta es la calle de la Nuez —dijo Pete, al volver una esquina —. El número dieciséis se halla en la acera de enfrente.

Los dos hermanos subieron velozmente las escaleras y oprimieron el timbre. Una ancianita de cabello gris y expresión dulce, que llevaba un gato bajo cada brazo, salió a abrirles. Pete le dijo:

—Estamos buscando a un hombre que entró aquí esta mañana, a las seis.

La señora abrió mucho los ojos, demostrando extrañeza.

—¿Entró aquí…?

—Eso es lo que nos han dicho.

—¡Dios mío! —exclamó la señora, frotándose nerviosamente las manos—. Sería un ladrón. Avisaré a la policía.

—¡Espere, espere! —pidió Pam, intentando tranquilizar a la asustada ancianita—. ¿No vive aquí ningún hombre?

—¡No, no! Vivo yo, sola, con mis gatos.

—Sentimos mucho haberla molestado —dijo Pete, comprendiendo que otra vez Joey y Will les habían hecho una jugarreta.

Mientras los dos niños estaban pidiendo disculpas a la señora, se oyeron unos resoplidos. Pete y Pam se volvieron a mirar. Joey y Will estaban en la acera de enfrente, doblados por la cintura, de tanto como reían.

—¡Qué malos sois! —les gritó Pam, al tiempo que Pete salía corriendo tras ellos.

Joey y Will corrieron desesperadamente y Pete tuvo que acabar renunciando a alcanzarles. Él y Pam pidieron información sobre el hombre de aspecto sospechoso en la gasolinera y en las tiendas cercanas al Centro Comercial, pero nadie pudo ayudarles. Cuando volvieron a su tienda, los niños encontraron un gran gentío.

—¡Ahí están mamá y los demás! —dijo Pam.

—Papá me dio la mala noticia por teléfono —dijo la madre, una señora delgada y guapa.

—¿Verdad que es terrible? —gritó Holly, la hermana de seis años, retorciéndose el lazo de su trenza izquierda.

—¿Habéis encontrado alguna pista? —preguntó el pecoso Ricky, que como siempre, llevaba el pelirrojo cabello completamente despeinado.

Cuando Pam movió la cabeza negativamente, con aire tristón, la chiquitina Sue, de cuatro años, intentó consolarla.

—No te preocupes. Ya «deteneremos» a esos malotes.

—La policía está trabajando ahí dentro —dijo la señora Hollister —, y nos han pedido que esperásemos fuera.

En ese momento, el oficial Cal y un hombre con ropas de paisano salieron para informar de que no había habido suerte en la búsqueda de huellas digitales.

—¡Si al menos tuviéramos una pista! —suspiró el oficial.

—¡Zambomba! ¡Tengo una idea! —anunció Pete.

—¿Cuál? —preguntó el policía.

—Papá había grabado el nombre del Centro Comercial en los mangos de las hachas.

El oficial Cal anotó esta información en un cuaderno.

—¿Ya podemos entrar ahora? —preguntó Pam.

Cal dijo que sí y luego entró en el coche policial. Los niños se metieron en tropel y miraron a todas partes con curiosidad. Al poco rato, Sue apareció por el centro del pasillo con un gorrito de cazador en la cabeza. El gorro era tan grande que le caía sobre los ojos.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Pete.

—Lo he encontrado —contestó Sue, sin cesar de hacer piruetas.

—¿Dónde?

—En la trastienda, junto a las tiendas de campaña.

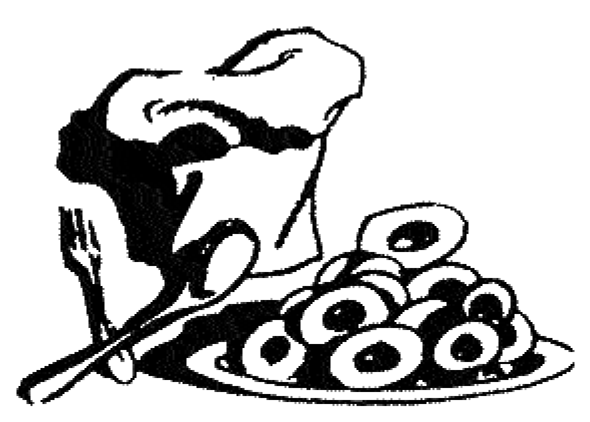
—Enséñame el gorro —pidió el hermano mayor.



Sue se quitó el sombrerito y se lo entregó a su hermano. Después de examinarlo, Pete llamó a su padre.

—¡Papá, este sombrero no es de los que vendemos nosotros! ¡La etiqueta dice que ha sido vendido en una tienda de Montreal, en Canadá!

UNA CARRERA DE CANOAS



—Buen trabajo, Sue —sonrió Pam, inclinándose para dar un beso en la sonrosada mejilla de su hermana menor—. Has encontrado una pista, querida.

Sue se mostró encantada de su éxito, mientras el sombrerito iba pasando de mano en mano, para que toda la familia lo examinase.

—El nombre de la tienda de Montreal parece ser la única pista —dijo el señor Hollister.

—Puede que no, papá —contestó Pete, examinando el interior de la cinta—. Aquí hay algo escrito en tinta, aunque está muy borroso.

—Iré a buscar una lupa —se ofreció el señor Hollister, yendo a su escritorio, que se encontraba en una esquina de las tienda. Volviendo con la lupa, examinó la borrosa escritura.

—¿Puedes leerlo, John? —preguntó la señora Hollister a su marido.

—Sí, puedo, Elaine. Las letras son F-r-a-n-c-é-s.

—¡Francés! Ése debe de ser el propietario del sombrero —opinó Pete.

—¡Canastos! ¡Entonces no tenemos más que encontrar a

«Francés» y tendremos al ladrón! —exclamó Ricky.

—Supongo que será el apodo de algún descendiente de franceses —reflexionó el señor Hollister.

Entonces intervino Indy, diciendo:

—El único francés que yo conozco aquí es el encargado de la pastelería de Pierre.

—Pero yo no puedo imaginarme que sea un ladrón —se apresuró a decir la señora Hollister—. Muchas veces compro dulces en esa tienda. Y él es un hombre muy agradable.

—De todos modos, hay que investigar —declaró gravemente, Ricky, procurando dar a su voz un tono opaco para parecerse a un policía.

—De acuerdo —accedió el padre—. Vosotros podríais ir a la tienda de Pierre, mientras yo envío a Indy a la policía con este sombrero.

Pam tomó a Sue de la mano y los cinco hermanos salieron a buen paso del Centro Comercial y caminaron calle abajo.

—Ya huelo a bollos cocidos —anunció Holly a los pocos minutos.

El apetitoso olorcillo de los pasteles se fue haciendo más intenso, a medida que los niños se aproximaban. Pierre, que llevaba un blanco gorro de cocinero, salió de un cuarto trasero, cargado con una bandeja de bollos de leche. Era un hombre bajo, de cara redonda y bigote de guías engomadas.

—¿Qué deseáis? —preguntó, arqueando las cejas.

—¿Tiene usted un contador Geiger? —le espetó Ricky.

Pierre quedó muy extrañado. Dejó la bandeja de bollos en la vitrina y extendió los brazos expresivamente.



—Tengo pastel de merengue y limón, tocinos de cielo y tartas de frambuesa, pero nada con el nombre que tú dices.

—Perdone a mi hermano —pidió Pam—. No debió hablar del contador Geiger.

—¡Aaah! —Pierre pareció más tranquilo—. Geiger está en esta misma calle. Un poco más abajo. Tiene una tienda. Pero yo no le he comprado ningún contador.

Tomó un paño y limpió con él el mármol del mostrador. Pete sonrió.

—Me parece que no nos ha entendido. Lo que queremos saber es si usted se llama «Francés».

—Así es como me llaman —contestó el pastelero.

—¿Y es usted de Montreal? —indagó Ricky.

—No, no. Yo vine de Lyon, hace muchos años. «Oui». Lyon, una gran ciudad —afirmó, enviando un beso en dirección a Francia.

Aquel gesto hizo sonreír a los cinco Hollister.

—Pierre, ¿en Shoreham hay muchas personas a quienes apoden «Francés»? —preguntó Pete.

—«Oui» —replicó el pastelero, haciendo girar vertigosamente las niñas de sus ojos—. A casi todo el mundo que procede de Francia o del Canadá francés le apodan «El Francés».

Ricky continuó su impaciente búsqueda de pruebas:

—¿Dónde estuvo usted anoche, Pierre?

Al contestar, el pastelero señaló la trastienda:

—Allí, batiendo pasta para pudín y pastel de manzana y haciendo aros de mantequilla. Y ahora —añadió, secándose las manos en el delantal— decidme qué deseáis.

Pam, un poco apurada, buscó en el bolsillo de su falda. Tenía una moneda de cincuenta centavos bien anudada dentro del pañuelo. Los había estado ahorrando para ir al cine aquella tarde.

—Querríamos unos bollos de leche —dijo.

Pierre cogió la bandeja y separó unos cuantos bollos.

—Os daré ocho por el precio de siete —gritó a grandes voces, mientras echaba los bollos en una blanca bolsa de papel, que entregó a Pam.

La niña pagó y los cinco hermanos volvieron al Centro Comercial y dijeron a sus padres que Pierre no era el francés a quien buscaban.

En ese momento, un elegante señor entró en la tienda. Era alto, de mediana edad y llevaba pulcramente peinado el cabello gris.

—¿Está el señor Hollister? —preguntó.

—Yo soy John Hollister —dijo el padre de los niños, aproximándose.

El recién llegado le tendió la mano.

—Yo soy Damon Tucker. Su hermano me habló de una canoa plegable que usted ha inventado. ¿Puedo verla, señor Hollister? Si me gusta, le compraré varias.

El señor Hollister le presentó a su familia y luego explicó que las canoas no estaban todavía a la venta. Era preciso hacer todavía varias pruebas con el modelo.

—La tendré preparada para hacer una prueba en el Lago de los Pinos, de esta localidad, mañana. Luego necesitaré una prueba final en los rápidos.

El señor Tucker pareció sorprendido.

—¿Tienen ustedes rápidos en Shoreham?

—No, no —repuso el señor Hollister.

El visitante dijo entonces:

—Yo conozco un lugar donde puede usted probar la canoa: me

refiero a mi vedado de caza, en los bosques. Tiene un lago y un río con rápidos. —Se volvió a los niños y afirmó—: A vosotros os interesará esto. El lago se llama Lago del Zorro, porque tiene la forma de un zorro.

—¡Oh, qué «mocionante»! —dijo Sue a gritos—. ¿Ese zorro tiene patas?

El señor Tucker se echó a reír.

—Sí. Tiene patas. Y por una de ellas corre el río. Hay rápidos y por eso lo llamamos río de los Remolinos.

—¡Debe de ser precioso! —murmuró Pam.

—El vedado se llama Bosque de los Abetos. —Los ojos del señor Tucker brillaron cuando añadió—: Tengo una idea, señor Hollister. ¿Por qué no lleva allí a acampar a su familia, cuando vaya a probar la canoa? Hay un excelente espacio, en la parte posterior del zorro.

—Sí, sí. Vayamos —suplicó, en seguida, Holly.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Es un lugar salvaje el Bosque de los Abetos, señor Tucker?

—Ya lo creo. Está tan deshabitado como la luna, si se exceptúan los animales —contestó el visitante, riendo.

El señor Hollister le dio las gracias por su amable ofrecimiento, pero dijo que dudaba que les fuera posible hacer aquel viaje por el momento.

—¡Bien! —dijo el señor Tucker—. Si cambia usted de idea, hágamelo saber. Me hospedaré en el hotel Shoreham. Téngame al corriente de su canoa. Estoy interesado en saber cómo resultan las pruebas. ¡Adiós!

Después de que el señor Tucker se hubo marchado, los niños miraron suplicantes a su padre.

—Sería estupendo ir a acampar —dijo Pete—. Podríamos probar algo del nuevo equipo que vendes ahora en la tienda, papá.

—Y yo quiero ver los animales del bosque papaíto —comunicó Sue.

—También yo —añadió Holly, retorciéndose una trencita.

El señor Hollister dijo que no le gustaba desilusionarles.

—Tal vez vayamos más entrado el verano. Pero primero debemos probar la canoa en el lago. Eso lo haremos mañana.

Por la tarde, los Hollister jugaron por la orilla del Lago de los

Pinos, remando en su barca y arrojando ramitas al agua para que «Zip» las recogiese. Durante un rato, Sue estuvo ocupada, vistiendo a «Morro Blanco» y sus cinco hijitos: «Medianoche», «Bola de Nieve», «Tutti-Frutti», «Humo» y «Mimito». Pero lo que más hicieron todos los hermanos fue hablar de la posible excursión al Bosque de los Abetos y del robo que se había cometido en el Centro Comercial.

Aquella noche sonó el teléfono y Pam fue a contestar. Era el oficial Cal, que le dijo:

—Tengo noticias para vosotros. Un hacha con el sello del Centro Comercial ha sido encontrada cerca de una estación de gasolina en la población de Glendale. El propietario de la gasolinera dice que la herramienta debió de caerse de un coche que se detuvo allí a comprar combustible.

—¡Muchas gracias! —contestó Pam—. Se lo diré a papá.

Después de comunicar aquella información a su familia, la niña cogió el atlas de la biblioteca de la sala. La abrió y buscó la posición de Glendale.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Si está cerca del Bosque de los Abetos.

Pam mostró el mapa a sus padres.

—Es verdad —concordó la señora Hollister—. ¡Y mirad! Está a solo cincuenta millas del lugar en que encontraron uranio recientemente.

—¡Por un barbo sin aletas! —exclamó el señor Hollister—. Los ladrones que robaron el Geiger, probablemente se dirigen a ese lugar.

Ricky anunció, triunfante:

—Ahora sí que tenemos que aceptar la invitación del señor Tucker.

—Sí —asintió Pete—. Podremos probar la canoa en los rápidos y, al mismo tiempo, buscar a los ladrones.

La señora Hollister miró, sonriente, a su marido.

—Los niños votan por ir. Y creo que a mí también me gustaría hacer esa excursión.

—¡Cuánto te quiero, mamita! —gritó Holly, echando los brazos al cuello de su madre.

—¡Bien! Haremos ese viaje —decidió el señor Hollister—. Voy a

llamar ahora al señor Tucker.

Aquella noche todos los niños Hollister soñaron con rápidos, bosques y hogueras. ¡Pete, en sueños, se encontró persiguiendo a Joey que le había quitado el gorro al pastelero Pierre y estaba vendiendo bollos de leche al señor Tucker! El chico sonrió, burlándose de sí mismo, al despertar.

Por la mañana, después del desayuno, el señor Hollister y su hijo mayor fueron al Centro Comercial y volvieron con la canoa plegable. La llevaron al embarcadero. La canoa tenía ribetes de aluminio por donde podía plegarse como un acordeón y ocupaba muy poco espacio. Después de levantar las palancas de los extremos, contemplaron cómo la canoa se iba extendiendo tramo a tramo. Luego, entre Pete y su padre ajustaron los tornillitos de debajo de la borda, para que la embarcación no pudiera plegarse estando en el agua.

Para entonces ya estaban allí los demás hermanos, y Pete pidió:

—Papá, deja que Pam y yo la probemos.

—Está bien. Adentro.

Pete se instaló en la popa y su hermana en la proa. El padre les tendió los remos y los niños empezaron a remar. La canoa, hecha de aluminio, resultaba extraordinariamente ligera y se deslizaba suavemente por el agua.

—¡Estupendo! —gritó Pete, con entusiasmo.

De repente, descubrió que Joey y Will avanzaban hacia ellos en una embarcación de madera que fue a colocarse al lado de los Hollister.

—Vaya un cacharro —masculló, despectivo, Joey.

—Es más rápido que el tuyo —contestó Pete, sin poder contenerse.

—¿Sí? Pues te retamos a hacer una carrera —dijo Will.

—Quien llegue primero a nuestro embarcadero gana —decidió Pam—. ¡Uno, dos, tres, ya!



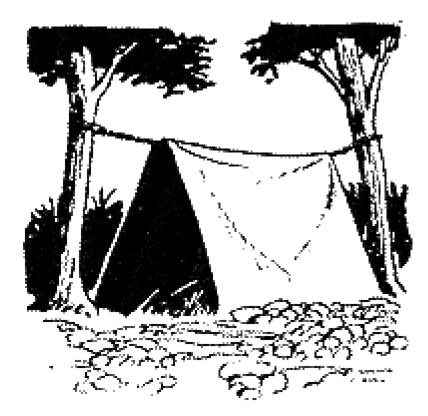
Los remos subían y bajaban vertiginosamente, mientras los cuatro competidores conducían sus embarcaciones a través del lago. Poco a poco, Pete y Pam fueron ganando terreno a sus oponentes. Joey y Will podían darse ya por vencidos, pues la canoa del señor Hollister llegaba, a toda velocidad, al embarcadero.

—¡Ganamos nosotros! —Pam se volvió a su hermano, que seguía remando con energía. En seguida le advirtió—: ¡Para! Vamos a chocar con la orilla.

Pete intentó hacer girar la canoa, mientras toda la familia observaba desde el embarcadero, conteniendo el aliento. No obstante, el artefacto metálico era demasiado rápido y el chico no pudo actuar a tiempo. Intentó retroceder, pero ya era demasiado tarde.

¡PLUM! La canoa se estrelló en la orilla.

CAMORRISTAS REMOJADOS



La fuerza del impacto lanzó a Pam fuera de la canoa, hasta el embarcadero. La niña resbaló, de rodillas, hasta que su padre llegó y la levantó. Al mismo tiempo, la palanca de la canoa se partió por la mitad y la sección delantera de la canoa de aluminio se plegó. Pete, que había ido a parar a la parte delantera de la embarcación, se asió a la borda. El agua entró a raudales por los laterales abiertos y la canoa se hundió.

A la consternación que ya sentían todos los Hollister se añadió la risa burlona de Joey y Will. En lugar de prestar ayuda a Pete, que buceó bajo el agua para rescatar la canoa, Joey gritó entre carcajadas:

—¡Qué invento tan ridículo! ¡Ja, ja, ja!

—Sí. Nosotros hemos ganado la carrera, porque vosotros os habéis ido a pique —dijo Will, regocijado.

En seguida, los dos camorristas se alejaron remando.

Pam, entre tanto, contemplaba enfurruñada sus rodillas sangrantes.

—Aparte de esos rasguños, ¿110 te has hecho daño? —preguntó la madre.

Cuando la hija contestó que no, las dos fueron a la casa para lavar y vendar las heridas de Pam.

Entre el señor Hollister y Ricky ayudaron a Pete, que chorreaba agua por todas partes, a llevar la canoa hasta el embarcadero. Había una abolladura en la proa, pero aparte de eso y de la palanca rota, la canoa había resistido muy bien el choque.

—Lo siento muchísimo, papá —dijo Pete—. ¿Podré ayudarte a repararla?

El padre contestó que sí y añadió:

—Convendrá hacer una palanca más fuerte.

—Déjame que te ayude —insistió Pete.

Juntos llevaron la canoa a la furgoneta y se encaminaron al taller de reparaciones que tenía el señor Hollister en la trastienda del Centro Comercial. Entre tanto, Ricky hablaba con Holly y Sue.

—Si vamos a ir al Bosque de los Abetos, debemos hacer prácticas de campamento.

—¿Dónde? —preguntó Holly.

—Aquí mismo, en nuestro jardín. Podemos hacer una tienda.

Ricky corrió al garaje y volvió con una cuerda. Sin pérdida de tiempo ató cada extremo a las ramas de dos pequeños sauces entre los que había unos tres metros de separación.

—Ya sé lo que podemos usar como tienda de campaña —dijo Holly—. Sue, vamos a buscar aquella manta vieja del desván.

Cuando las niñas regresaron con la manta, Ricky la colocó sobre la cuerda tensa y ató las cuatro puntas de la manta a unos palitos que hundió en la tierra.

—¡Hurra! ¡Tenemos una tienda! —gritó Sue, metiéndose bajo la improvisada tienda.

Sus hermanos se arrastraron al interior, tras la pequeña, y también «Zip» metió el hocico. De pronto, Holly dio un gritito al ver que el perro apretaba entre los dientes una rana que daba furiosas sacudidas.

—¡«Zip», eres un malo! —reprendió la niña—. Anda. Dame la ranita.

Tomó al resbaladizo animal de la boca del perro y, en vista de que la rana no estaba herida, la llevó a la orilla del lago. El animalillo saltó al agua y chapoteó entre las algas, antes de

desaparecer.

—«Zip», «Zip», no sé qué hacer contigo —dijo Holly, al volver a la tienda con los otros—. Comprendo que te guste cazar ranas, pero puedes hacerles daño.

El hermoso perro pastor aulló débilmente y hundió el morro entre las húmedas patas delanteras.

—Bueno. Te perdono, si te arrepientes —terció Sue, que luego, levantando un dedito amenazador ante el perro, advirtió—: Pero no vuelvas a hacerlo.

Ricky rió alegremente al decir:

—¡Ya veréis cuando «Zip» olfatee animales verdaderamente salvajes en el Bosque de los Abetos! Bueno, ahora figura que estamos en ese Bosque. «Zip» y yo saldremos a buscar pistas de los ladrones, mientras las chicas arregláis la tienda.

Como Holly y Sue estuvieron de acuerdo, «Zip» salió de la tienda y desapareció entre los arbustos, seguido de Ricky.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sue a Holly.

A Holly se le iluminaron los ojos al mirar la cuerda tensa.

—Juguemos a que estábamos en un tren —propuso—. Yo tiraré de la campana de emergencia para que se detenga.

—¡Eso! —aplaudió Sue—. ¡Así nos salvarás en un descarrilamiento!

Holly asintió y se levantó para sacudir la cuerda. ¡Plaf! La cuerda, ya vieja, se rompió y la manta cayó sobre las dos niñas.

—¡Uuuf! ¡Ayy! ¡Socorro! —gritaron las dos pequeñas, mientras se arrastraban bajo la manta, sin ver nada.

Desde el otro lado de los arbustos, Ricky oyó el alboroto.

—Vamos, «Zip». Alguien está pidiendo ayuda —gritó, corriendo hacia la tienda.



Cuando el perro vio el extraño bulto que se contorsionaba en el suelo, empezó a ladrar furiosamente. Ricky tiró de la manta para libertar a Holly y Sue. Entonces, ya pasado el susto, las dos niñas prorrumpieron en risillas.

—¡Ji, ji! Holly quería salvarnos de un descarrilamiento y nos ha hecho descarrilar.

Por entonces, «Zip» había vuelto a la orilla del lago, sin duda para buscar más ranas.

Mientras acababa de arreglar la tienda de campaña, Ricky miró en dirección al agua e hizo una mueca.

—Mirad. ¡Ya vuelven!

Holly y Sue se volvieron a mirar. Joey y Will remaban en dirección al embarcadero de los Hollister. Cuando estuvieron cerca, los dos chicos dejaron los remos y cogieron arcos y flechas del fondo de la canoa.

Sue cogió por el brazo a Ricky y cuchicheó, asustada:

—¿Crees que nos arrojarán flechas?

—Se lo preguntaré —repuso el pecoso y luego gritó—: ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo con esos arcos y flechas?

—Estamos disparando a las ranas —replicó Joey.

Y Will añadió:

—Hay muchas cerca de vuestro embarcadero. ¡Mira! «Zip» está ladrando a una.

—¡No debéis hacer daño a las ranas! —gritó Holly.

—Lo haremos si queremos —afirmó Joey—. Y vosotros, apartaos bastante de la orilla, no vayáis a resultar heridos.

—Eres un malote, Joey —notificó a gritos Sue—. Las ranitas son buenas y no tienes que hacerles daño.

—¡Apártate! —se limitó a ordenar Joey, mientras ajustaba una flecha en el arco.

—¡Mira! Ahí veo una —anunció Will, señalando entre las hierbas.

Sobre una piedra estaba sentada una rana, gorda y reluciente. Joey se puso en pie, sigiloso, apoyando un pie en cada lateral de la canoa.

—La alcanzaré mejor desde aquí —comentó, al tiempo que tensaba el arco.

Holly se cubrió los ojos con ambas manos. No podía soportar el ver lo que iba a ocurrir. De pronto Ricky levantó la cabeza, exclamando:

—¡Huuy, qué avión tan raro!

Al instante, Joey miró al cielo y, al hacerlo, perdió el equilibrio.

—¡Ay! ¡Ayudadme! —pidió, mientras la canoa se bamboleaba de uno a otro lado.



El arco y la flecha se le escaparon de las manos y… ¡Joey fue a parar al agua! Will se agarró con fuerza a los dos laterales de la barca, pero no pudo conseguir hacerle recobrar el equilibrio. La canoa siguió ladeándose, se llenó de agua y acabó por lanzar a Will

al lago, junto a su amigo. Al ver aquello, Holly soltó una risilla y Sue afirmó:

—Me alegro. Ahora la ranita se ha ido.

Cuando, por fin, Joey y Will se irguieron y cogieron la canoa, estuvieron escupiendo y sacudiendo agua un buen rato, blandiendo los puños a los Hollister, que estaban en el embarcadero.

—¡Me lo pagarás, Ricky Hollister! —vociferó el chicazo—. No había ningún avión.

Ricky fingió estar contrito.

—Debió de ser un pájaro lo que vi.

Joey dirigió al pequeño una mirada fulminante.

—Ahora atacaré con flechas a todas las ranas que me parezca —dijo amenazador, mientras él y su amigo se instalaban en la canoa.

Como tanto los remos como las flechas se encontraban flotando, a alguna distancia de la canoa, los dos amigos se pusieron a remar con las manos, para acercarse a recoger ambas cosas.

—Podemos ir a buscar a mamá para que les prohíba hacer eso —dijo Holly, preocupada por las ranas.

—Tengo una idea más rápida —dijo Ricky—. ¡Ven, «Zip»!

El perro se acercó, corriendo, y Ricky le cuchicheó a la oreja:

—¡Tómalo! —Ricky señalaba el agua.

Instantáneamente saltó «Zip» a las aguas del lago y nadó hacia las flotantes flechas. Fue cogiéndolas una tras otra con la boca y luego corrió a la orilla, mientras Joey y Will daban gritos de desencanto.

—¡Eh! Devuélvenos las flechas —exigió Joey, mientras Will se encargaba de recoger los remos.

—Os las daremos si prometéis marcharos de aquí y no molestar a las ranas —dijo Ricky, al tiempo que «Zip» dejaba las flechas a sus pies.

—Bueno… Lo prometemos —contestó Joey, remando hacia la orilla.

Cuando estuvieron junto al embarcadero, el pecoso les arrojó las flechas al interior de la barca. «Zip» presenció la escena, gruñendo quedamente.

—Vámonos de aquí en seguida —apremió Will—. Ese perro no me gusta.

—Él no os molestará si no os metéis en su territorio de cazar ranas.

Indignados por su fracaso, los dos chicazos remaron con fuerza hasta desaparecer de la vista. Los Hollister, sonrientes, volvieron a su tienda de manta. Sue dijo:

—A ver si no nos molestan más.

—Vamos a hacer más prácticas de campamento —ordenó Ricky, añadiendo esperanzado—: A lo mejor podemos dormir en la tienda esta noche.

—¡Qué «divirtido»! —se entusiasmó Sue.

Un poco después, Pete y su padre regresaban del Centro Comercial.

—Hemos arreglado la canoa —anunció Pete—. Está más sólida que nunca. Podremos llevarla en la excursión al Bosque de los Abetos.

En ese momento salió Pam de la casa. Estaba del todo recobrada del accidente en el agua, aunque llevaba vendadas las rodillas. Ella, lo mismo que Pete y su padre, rieron alegremente al enterarse de lo que les había ocurrido a Joey y Will.

El señor Hollister explicó a sus hijos que había pasado por el cuartelillo de la policía donde le acababan de informar de que se había dado la voz de alarma, con respecto a los hombres que habían robado el contador Geiger.

—No hay huellas de ellos, hasta la fecha —concluyó.

—Me gustaría encontrar la pista de esos ladrones —dijo Ricky—. A lo mejor podremos hallar una pista en el Bosque de los Abetos.

Después de la cena, los niños pidieron permiso para dormir en su improvisada tienda, diciendo que querían hacer prácticas para cuando fuesen a acampar. El señor y la señora Hollister se miraron. Luego la madre dijo:

—Está bien. Así veréis qué os parece dormir al aire libre toda la noche.

Cuando oscureció, los niños se pusieron los pijamas, desenrollaron los sacos de dormir y se acostaron, codo con codo, en la tienda. Sue fue la primera en quedar dormida.

Por fin Pete vio apagarse las luces en la casa. Él sabía que «Zip» estaría ya acostado en su rincón favorito, delante del fogón de la

cocina. Reinaba una oscuridad total y no había más sonidos que el canto de los grillos y el croar de las ranas.

En mitad de la noche, Pam se despertó. Le parecía haber oído un ruido. ¿Qué era? Incorporándose sobre los codos, la niña prestó atención. Otra vez aquel ruido. Un golpe en un lado de la tienda.

El corazón de Pam latía apresuradamente. ¿Qué estaba sucediendo? ¡Otro golpe y algo rodó por el lado de la tienda!

LA NIÑA BUÑUELO



Esta vez, también despertó Pete.

—¿Qué ocurre? —preguntó, al tiempo que buscaba la linterna que había dejado junto a su cabeza.

—Alguien está tirando cosas contra nuestra tienda —le susurró Pam.

Los demás niños se despertaron también y un búho ululó en la distancia.

—¡Ay, Pete! ¿No puedes mirar quién anda ahí? —murmuró Holly.

El hermano mayor salió del saco de dormir y asomó la cabeza fuera de la tienda. ¡Plum! Algo le golpeó la nuca…

—¡Zambomba! ¡Es una manzana!

—Se están cayendo de los árboles —rió Pam, tranquilizada.

—¿Y quién se asusta de una manzana? —preguntó Ricky—. Vamos a dormir.

Despertaron de nuevo al amanecer y, habiendo salido de sus sacos de noche, se dirigieron silenciosamente a la casa, para vestirse. Cuando volvieron a bajar, Pam se fijó en una nota que había sobre la mesa de la cocina:

«Hijitos: probablemente os despertaréis antes que papá y yo y estaréis hambrientos. Os dejo las instrucciones para hacer pestiños. Avisadnos cuando estén preparados».

—¡Canastos! ¡Qué listísima es mamá! —dijo Ricky, con admiración—. ¿Cómo pudo saber que íbamos a estar hambrientos?

Pete propuso que se cociesen los pestiños en una hoguera encendida a orillas del lago.

—Vamos, Ricky. Nosotros encenderemos el fuego.

Mientras Ricky preparaba un fondo de papeles y ramitas, Pete fue a buscar pedazos de leña más grande. Pronto un estupendo fuego chisporroteaba bajo una rejilla.

Entre tanto, en la cocina, Pam había buscado un recipiente y los ingredientes necesarios. Consultando la receta de su madre, dijo:

—Primero verteremos leche en la harina, luego un huevo y algo de mantequilla fundida.

Mientras Pam mezclaba la leche y la harina, Holly calculó la cantidad de mantequilla y la derritió. Sue batió el huevo. Luego, las niñas se turnaron en el trabajo de remover la mezcla.

—Nosotras estamos casi preparadas —anunció Pam—. Holly, tú lleva la sartén y los platos de papel.

—Yo llevaré la masa —se ofreció Sue, cogiendo el recipiente de encima de la mesa.

¡CRASS! El recipiente resbaló de los dedos de la pequeña y cayó al suelo, salpicando en todas direcciones y cubriendo a Sue de pies a cabeza.

—¡Ayyy! —chilló la pequeñita—. Tengo ganas de llorar y no puedo porque se me han llenado los ojos de pasta.

Pam sintió una gran decepción al ver todo su trabajo desperdiciado por el suelo, pero supo contenerse y dijo con dulzura a la pequeña:

—Estate quieta, guapa, que yo te limpiaré.

Fue a buscar una toalla. Al oír él estrépito, «Zip» había llegado corriendo, empujó con el morro la puerta, y entró. ¡Inmediatamente empezó a lamer la cara, bañada en dulce pasta, de la pobre Sue!



En ese momento se oyeron pasos en lo alto de las escaleras y apareció la señora Hollister.

—Lo siento mucho, mucho, mamita —dijo la pequeña, mientras su madre la llevaba a darle un baño.

Mientras tanto, Pam y Holly prepararon otra fuente de masa. Los chicos entraron en la cocina, anunciando:

—Tenemos preparado el fuego para los pestiños.

—También nosotras estamos preparadas.

Pronto toda la familia estuvo reunida a orillas del agua, y los dorados y crujientes pestiños despidieron un apetitoso aroma, desde la sartén. Ricky se mostró muy generoso al espolvorear azúcar y miel de arce sobre ellos.

—¡Yaaam! Son riquísimos —afirmó.

Naranjas y cacao caliente, que preparó la señora Hollister, completaron el apetitoso desayuno, durante el cual no cesó de hablarse de la excursión al Bosque de los Abetos.

—Papá, ¿hay uranio en el vedado de caza del señor Tucker? —preguntó Pete.

—Nunca he oído que lo hubiera —repuso el padre—, pero podríamos llevarnos un Geiger y hacer algún trabajo de prospección. Esta mañana os llevaré para que recojáis en la tienda todo lo que vaya a hacernos falta para acampar.

La idea gustó a todos. Cuando se hubieron quemado los platos en el fuego y se hubieron llevado los utensilios a la casa, ya era hora de que el señor Hollister marchase al Centro Comercial. Cuando sus hijos y él llegaron, Tinker e Indy ya estaban allí.

El indio dio los buenos días y luego informó:

—El oficial Cal ha estado aquí hace unos minutos. Opina que los ladrones de Geigers están buscando uranio cerca de Glendale.

Ricky se mostró entusiasmado.

—¡Entonces, nosotros les encontraremos!

El señor Hollister dijo, sonriendo:

—Entonces, cuanto antes nos pongamos en camino, mejor. Indy, ayúdanos a seleccionar nuestro equipo de acampar. Lo primero de nuestra lista son las tiendas de campaña.

—Ayer mismo recibimos el nuevo pedido —dijo Indy—. Las llaman tipo explorador.

Indy les enseñó las tiendas, que quedaban sostenidas por postes delante y detrás. El poste central era más alto y tenía una barra transversal. El indio explicó que aquellas tiendas eran ligeras de peso, fáciles de colocar y muy espaciosas. Sugirió que los excursionistas se llevasen tres: una grande para el señor y la señora Hollister, la medida siguiente para las tres niñas y otra tienda aún más pequeña para Pete y Ricky.

—¡Canastos! Tendremos un poblado de tiendas —dijo Ricky.

Los Hollister seleccionaron a continuación el resto de su equipo. Entre otras cosas, llevarían hachas, utensilios para cocinar, una bombona especial de gas para el fogón y colchones de aire. Pete eligió un contador Geiger especialmente sensible.

Ricky preguntó si podía quedarse con un reloj de pulsera de

esfera luminosa.

—Así podré saber la hora en la oscuridad.

El señor Hollister le dio permiso y Ricky escogió un reloj enorme.

Todo el equipo quedó apilado en la parte trasera de la furgoneta y se llevó a casa.

—Creo que podremos salir mañana, Elaine —dijo el señor Hollister a su esposa.

—¿Y qué hacemos con nuestros animales? —preguntó Pam.

—Creo que a «Zip» debemos llevarle con nosotros —dijo el padre—. Puede sernos útil en los bosques.

—¡Puede olfatear la pista que dejen los ladrones! —declaró Ricky, emocionado.

Se acordó que «Morro Blanco» y sus hijos quedarían en casa de Jeff y Ann Hunter, amigos de los Hollister, que vivían cerca. Holly lo arreglaría todo con aquellos vecinos.



El resto del día lo pasaron haciendo preparativos para el viaje. La señora Hollister se ocupó de las vituallas, mientras Pam seleccionaba las ropas más apropiadas para sus hermanos y ella: pantalones cortos, camisas, jerséis y botas gruesas.

A la mañana siguiente, Holly llevó los gatos a casa de los Hunter. Cuando regresó, todo estaba cargado en la furgoneta. Las tiendas habían sido colocadas sobre un portaequipajes especial, encima del vehículo, que parecía haberse hinchado con tanta carga. Sue decidió llevarse su muñeca, pero la diminuta maleta la dejó detrás con las demás. «Zip» fue el último pasajero en subir a la furgoneta. Se instaló en la parte trasera. Luego se cerró la puerta.

—¡Nos vamos al Bosque de los Abetos! —gritó Holly.

El señor Hollister anunció que pasarían la primera noche en un motel del camino. A las cinco llegaron allí. El motel tenía un restaurante donde saborearon una deliciosa ternera asada, pastel de manzana y helado. Los viajeros se acostaron muy temprano y se levantaron a las seis de la mañana.

Se alejaban ya de los terrenos del motel, después de desayunar, cuando el propietario se acercó a la furgoneta para preguntar:

—¿Han dormido bien y están contentos de su estancia en mi casa?

—Mucho —repuso el señor Hollister.

—¿Adónde se dirigen?

—Al Bosque de los Abetos.

—Les deseo suerte.

El tono del propietario del motel hizo sentir curiosidad a Pam.

—¿Por qué necesitamos suerte? —preguntó la niña.

—Porque están ocurriendo cosas muy extrañas en esa zona ahora.

El señor Hollister quiso hacer más averiguaciones, pero el hombre no parecía tener ganas de hablar de aquello. Sacudió una mano, despidiéndose, y se alejó.

—¡Zambomba! ¡Parece que vamos a tener aventuras muy importantes! —calculó Pete.

La mayor parte de la mañana, los niños se entretuvieron imaginando lo que podría ocurrirles en el Bosque de los Abetos. Se detuvieron a comer y, dos horas más tarde, llegaban a las afueras de una pequeña población.

Ricky fue el primero en leer un poste de la carretera:

—Papá, esto es Glendale.

El señor Hollister condujo la furgoneta por la calle principal, bordeada por edificios de piedra, y llegaron a la zona comercial, compuesta por un puñado de tiendas, situadas alrededor de una plaza, con una casa en una de las esquinas. En esa casa un letrero decía:

E. D. RICE, Doctor

—Será el médico del pueblo —opinó Pam.

—¡Y hay una gasolinera! —exclamó Pete—. ¡Será la misma en donde los ladrones dejaron caer el hacha!

El señor Hollister llevó el vehículo ante el surtidor de gasolina y oprimió la bocina.

—Lléneme el depósito —dijo cuando el empleado, un joven sonriente, salió del garaje.

Mientras la gasolina gorgoteaba por la manguera, el señor Hollister explicó que era el propietario del Centro Comercial, y preguntó:

—¿Es aquí donde se encontró el hacha robada?

—Sí, señor. Aquí es.

—¿Qué aspecto tenían los ladrones? —preguntó Pete.

—Parecían cazadores —repuso el joven—. Me resultó raro, porque no estamos en época de caza.

—¿Llevaban escopetas? —quiso saber Ricky.

—Vi dos en el asiento trasero.

—¿Cómo se cayó el hacha del coche? —inquirió Pam.

El empleado contestó que el hombre que se sentaba a la derecha salió para pagar la gasolina.

—Vi varias hachas y dos artefactos extraños en el suelo del coche.

—¡Los contadores Geiger! —exclamó Ricky.

—Bien pensado, puede que fueran eso. Cuando el hombre volvió a sentarse, una de las hachas debió de resbalar. Yo no me di cuenta hasta que se hubieron marchado.

El brocal de la manguera hizo un ruidito y el empleado enroscó el tapón. Mientras el hombre sacaba un trapo del bolsillo y se frotaba las manos, el señor Hollister preguntó:

—¿Había en aquellos hombres algo desusual que pueda servir para identificarlos?

El joven quedó unos momentos pensativo.

—El hombre que pagó tenía las cejas negras y muy espesas. Le confería un aspecto un poco… fiero.

La chiquitina Sue se estremeció de pies a cabeza.

—¿Qué dirección siguieron? —preguntó el señor Hollister, mientras sacaba el billetero.

—Aquélla —señaló el hombre—. Iban hacia el Bosque de los Abetos. Pero no creo que se detuvieran allí. El señor Tucker no deja que nadie entre en su terreno de caza, si no se tiene un permiso especial.

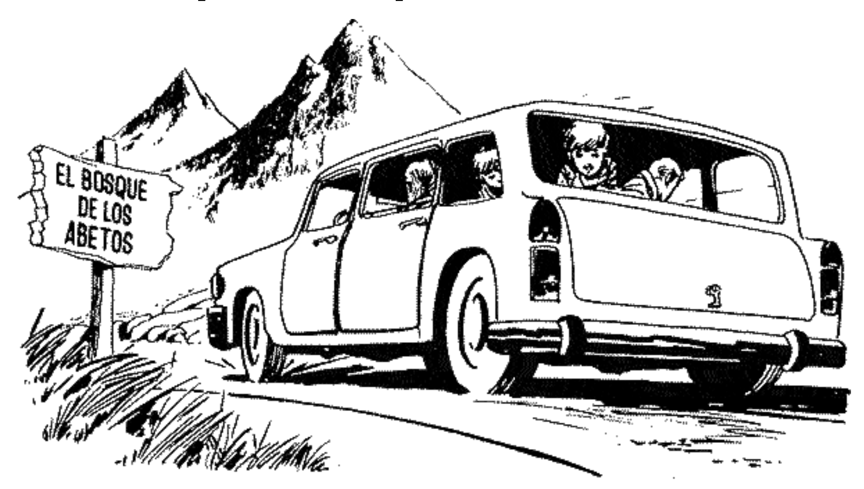
—Nosotros vamos allí —informó Sue, muy complacida.

—A ver si os divertís mucho —dijo, risueño, el hombre.

Mientras el señor Hollister ponía la furgoneta en marcha, Holly asomó la cabeza por la ventanilla:

—Señor, avísenos si vuelve a ver a los hombres malos.

—Lo haré —prometió el empleado.



Recorridos unos veinticinco kilómetros, los viajeros vieron un tosco letrero que decía: «Bosque de los Abetos». Una flecha señalaba un angosto camino. Los árboles crecían tan cerca del camino, a uno y otro lado, que las hojas rozaban el vehículo. Holly alargó una mano para coger unas cuantas hojas.

—Cada vez está haciéndose todo más tenebroso —dijo.

Su madre consultaba un mapa que tenía desplegado sobre las rodillas.

—Creo que este camino lleva a la orilla del Lago del Zorro —dijo—. En realidad, acaba en la parte posterior del zorro.

Sólo habían recorrido un kilómetro cuando un hombre harapiento apareció en la distancia, con los brazos extendidos. Estaba en mitad del camino.

Los niños contuvieron exclamaciones de susto y el padre se

apresuró a apretar los frenos. Mientras tanto, dos palabras resonaron misteriosamente en todo el bosque:

—¡Marchaos! ¡Marchaos!

UN EXTRAÑO APODO



Los Hollister quedaron asombrados al oír aquello. Todo quedó silencioso unos momentos. Luego, la voz repitió:

—¡Marchaos, hay peligro en el Bosque de los Abetos!

—Será mejor que nos volvamos —dijo Holly, muy nerviosa.

Pete miró desafiante a la extraña persona que se encontraba en medio del camino.

—Nadie nos va a asustar —dijo—. Anda, papá. Vamos a ver quién es ese hombre estrambótico.

Los padres estuvieron de acuerdo en que no debían marcharse hasta saber qué autoridad tenía el hombre harapiento para echarles.

—Tenemos permiso del señor Tucker para acampar aquí —dijo el señor Hollister—. Pete, saca los gemelos de su estuche.

El muchachito buscó en el asiento trasero de la furgoneta y desató la bolsa de viaje azul de su padre. Los gemelos estaban encima de todo. Pete se los dio al señor Hollister. Éste los utilizó en seguida para observar al hombre del camino. Los niños observaban con atención y quedaron extrañados al ver aparecer una sonrisa en el rostro de su padre, que dejó los gemelos echándose a reír.

—No es un hombre. Es un espantapájaros.

Todos rieron, pero Holly preguntó:

—¿Cómo puede hablar un espantapájaros?

—Será que alguien nos ha gastado una broma —dijo Pete.

—¿Y por qué lo habrán hecho? —preguntó Pam.

Nadie supo qué contestar a semejante interrogante.

El señor Hollister inició la marcha, lentamente, en dirección al espantapájaros. Al acercarse, vio que el camino era lo bastante amplio para poder pasar bordeando la figura harapienta. Mientras lo hacía, Pete pidió:

—Papá, detente para ver si podemos averiguar de dónde salía la voz.

El señor Hollister detuvo la furgoneta y todos salieron. «Zip» saltó al suelo, ladrando alegremente. Pete y Pam. examinaron el viejo espantapájaros que estaba relleno de paja. No tenía encima ningún disco ni cinta magnetofónica.

—Puede que haya un altavoz escondido entre los árboles —dijo Ricky, explorando los alrededores.

En vista de que nada se encontraba, la señora Hollister llamó a los niños y a «Zip» para que volvieran al vehículo. Sue fue la última en llegar y, mientras cerraba la puerta, Pam notó que la pequeña llevaba un pedazo de alambre en la mano.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó la hermana mayor.

—Al lado del camino —repuso Sue, que ya había estado dando al alambre forma circular, para convertirlo en pulsera.

—Sue ha encontrado otra pista —dijo Pete—. Vamos a seguir buscando.

La familia dio una vuelta de inspección por toda la zona, pero no pudo encontrar ninguna otra pista relativa a una grabadora. La señora Hollister opinó que podía haber sido alguien que pronunciara por radio aquella advertencia y desapareciese luego en los bosques.

—Pero el señor Tucker dijo que aquí no vivía nadie —objetó Ricky, mientras la furgoneta volvía a ponerse en marcha.

—Creo que estamos mezclados en un grave misterio —dijo el padre.

—Ojalá podamos resolverlo antes de marchamos del Bosque de los Abetos —murmuró Pete.

Mientras la señora Hollister consultaba el mapa, su marido condujo con precaución a lo largo del camino, que cada vez estaba más atestado de árboles y zarzas. Por fin llegaron a una elevación llena de pinos. Ahí terminaba el camino. Un poco más allá se extendía el lago.

—¡Qué sitio más estupendo para acampar! —dijo Pete.

Su padre estuvo de acuerdo en que era un lugar bonito y fresco y parecía bastante elevado para que se deslizase el agua.

—¿Qué te parece, Elaine?

—Un lugar perfecto —contestó la señora Hollister.

Al bajar, los niños encontraron el suelo cubierto de pinochas. Ricky y Holly se deslizaron pendiente abajo, hasta la orilla del lago, seguidos de «Zip».

—Aquí ha acampado alguien —anunció Holly, al ver cerca los restos de una hoguera.

Los dos pequeños volvieron junto a los demás y les dieron la noticia. El señor Hollister arrugó el ceño, mientras decía:

—No cabe duda de que otras personas andan por este bosque.

La señora Hollister asintió, pero dijo con calma:

—Probablemente fue el mismo señor Tucker. No hay por qué preocuparse.

Con la emoción de preparar su campamento, los niños olvidaron momentáneamente todo misterio. El aire olía deliciosamente a pinos. Aunque el sol despedía mucho calor, los grandes árboles proporcionaban sombra.

Las tiendas y sacos de dormir fueron desempaquetados rápidamente. Entre el señor Hollister y Pete eligieron un lugar bajo los árboles para colocar las tiendas. Mientras tanto, la madre y las tres niñas se ocuparon de descargar los alimentos y ropas, en tanto que Ricky colocaba el fogón portátil ante la tienda de sus padres.

—¡Canastos! —exclamó el pequeño, al acabar aquella importante tarea. Y volviendo a la furgoneta, sacó la canoa plegable y la apoyó en unos arbustos. A continuación buscó sus aparejos de pesca—. ¿Quién quiere pescado para la cena? —preguntó a gritos, mientras echaba la caña al agua.

—A ver si pescas un lucio. He oído que este lago está lleno de ellos —repuso el señor Hollister.

Después de haber ayudado a su madre tanto como pudo, Sue dio un paseo entre los pinos. Dos minutos después daba un grito, volvía corriendo junto a los demás y chillaba, sin aliento:

—¡Un espantapájaros! ¡Un espantapájaros vivo, vivísimo!

—¿Cómo? —preguntó la madre, mientras su aterrada hijita menor se oprimía contra ella.

—¡He visto un espantapájaros que andaba!

Los demás miraron en la dirección indicada por Sue. Toda la familia contuvo una exclamación al ver un hombre que aparecía entre los árboles. Se parecía mucho al espantapájaros que habían visto en el camino. Los calzones y camisa muy desaliñados y el raído sombrero de paja le daban un aspecto muy mísero.



—¿Lo ves? —cuchicheó Sue—. ¡Ya te he dicho que es un espantapájaros que anda!

El hombre no dijo nada y continuó avanzando, lentamente.

—¿Quién es usted? —le preguntó el señor Hollister.

El hombre se quitó el sombrero, lo sostuvo entre ambas manos y repuso.

—Soy «Espantapájaros». Al menos, así me llaman todos.

La señora Hollister le dijo amablemente:

—Pero ¿cuál es su verdadero nombre, señor «Espantapájaros»?

—Eso no le importa a nadie —repuso al anciano, mirando con gesto agrio a cada uno de los restantes.

—¿Podemos ayudarle? —ofreció, siempre con dulzura, la señora

Hollister—. Traemos comida, si quiere usted cenar.

Sin contestar al ofrecimiento, «Espantapájaros» miró directamente al señor Hollister y dijo:

—Si se quedan aquí, corren mucho peligro. Les aconsejo que se vuelvan.

—Eso es lo que nos dijo usted antes, ¿verdad? —preguntó el señor Hollister.

Al oír aquello, «Espantapájaros» se mostró asombrado.

—Yo no les he visto a ustedes antes de ahora.

—¿No habló usted desde detrás del espantapájaros? —inquirió Pete.

—¿Qué espantapájaros? —quiso saber el anciano, que seguía perplejo.

Pete le contó lo que había sucedido al llegar.

—No sé nada de todo eso —masculló el hombre.

—Nos gustaría ayudarle, si tiene usted problemas —insistió la señora Hollister y su amabilidad acabó impresionando al tosco «Espantapájaros».

—Muchas gracias —contestó—. No necesito ayuda. Sólo les hago una advertencia. Vuélvanse por donde han venido, antes de meterse en líos.

Y sin más, el anciano dio media vuelta y desapareció en los bosques.

—Es un hombre muy raro —dijo Pete, mientras el hombre se alejaba.

La señora Hollister parecía más preocupada que su marido.

—John, tal vez estemos realmente en peligro. Tal vez sea aconsejable que volvamos a casa.

Su marido movió negativamente la cabeza.

—No creo que ese pobre viejo vaya a hacemos ningún daño —dijo—. Probablemente no es más que un ermitaño excéntrico.

—De todos modos, convendrá que estemos prevenidos —aconsejó la señora Hollister—. Puede que el anciano nos haya querido advertir de otro tipo de peligro.

Pam se encogió de hombros.

—Todo va a ser muy misterioso si ese señor «Espantapájaros» anda merodeando por aquí —opinó.

Ricky hizo chasquear los dedos.

—¿Qué os parece si le seguimos y averiguamos dónde vive? —propuso.

Sin embargo, a sus padres no les pareció sensato que los niños se marchasen.

—Si «Espantapájaros» es un ermitaño, probablemente desea estar solo —dijo el padre—. Si él no nos molesta, no debemos seguirle.

Mientras los demás niños hacían comentarios sobre el hombre extraño, Holly caminó hasta la orilla del lago, donde Ricky había dejado su caña de pescar. Cogió la caña para tirar del hilo que estaba muy hundido en el agua. Instantáneamente se oyó un chapoteo. Holly sintió como si estuvieran a punto de arrancarle la caña de las manos.



—¡He pescado un pez! —gritó, e intentó enrollar el hilo para

subir la gran pieza que tiraba con fuerza hacia el fondo.

Pero el pez era tan poderoso que siguió tirando, desenrolló todo el hilo del carrete y, con su peso, hizo inclinarse la caña.

—¡No sueltes, Holly! —aconsejó Pete, echando a correr hacia su hermana—. ¡Has pescado un monstruo!

—¡Es un lucio! —terció el señor Hollister—. ¡Sujeta fuerte, Holly!

Holly estaba tan emocionada que cogió la caña con ambas manos y empezó a sacar el gigantesco pez. Antes de que hubiera llegado Pete, el hilo se le enredó en la muñeca. El lucio dio un fuerte tirón.

—¡Ayudadme! —pidió Holly, al verse arrastrada al agua.

CÍRCULO PARA SEÑALES



—¡Socorro! ¡Ayudadme! —siguió gritando Holly, mientras el pez descomunal la arrastraba por el agua.

Pete llegó a la orilla del lago y se echó al agua. A cinco metros de la orilla logró alcanzar a su hermana, le aflojó el hilo de la muñeca y se lo arrolló a su propio brazo. Después, con la ayuda de Holly, arrastró al lucio. Cuando llegaron a la orilla, también el señor Hollister cogió la caña y los tres, mano a mano, tiraron del gran pez.

—¡Qué modo tan gracioso de pescar! —murmuró Pam, entre risillas, mientras Ricky ayudaba a sacar del agua al gigantesco y amarronado pez, que tenía un morro alargado y afilados y grandes dientes.

—¡Tened cuidado! —advirtió el señor Hollister—. Que no os muerda.

—No me extraña que este pez haya tirado al agua a Holly —dijo Ricky—. Es casi tan grande como ella.

El padre aseguró que aquél era el lucio más grande que había visto en su vida.

—En un concurso, habrías ganado premio, Holly. ¡Menuda cena

haremos!

La niña se echó a reír y, luego, ella y Pete se pusieron ropas secas. Entre tanto, la señora Hollister colocó al fuego la sartén y Ricky y su padre limpiaron el pescado que luego se cortó en rodajas y se echó en la sartén.

—¡Haaam! ¡Qué olor tan «delizoso»! —comentó Sue, cuando el aroma de pescado frito empezó a esparcirse por el bosque.

Más tarde, cuando toda la familia estaba cenando, la señora Hollister dijo:

—Es lo mejor que he probado nunca.

Después, los chicos encendieron una hoguera cerca del lago y la familia se sentó en círculo, y estuvo haciendo comentarios sobre los extraños acontecimientos de aquellos últimos días. «Zip» quedó adormilado y el señor Hollister les explicó luego historias ocurridas en los bosques.

—Si oís ruidos sospechosos durante la noche, no os alarméis —aconsejó—. Seguramente será que los animales del bosque vienen a ver quiénes somos.

Sue abrió enormemente los ojos:

—Huy, papaíto, yo no quiero que venga a olemos un oso.

Su padre aconsejó que no se preocupasen; que había personas que habían estado viviendo en el bosque durante años, sin llegar a ver nunca un oso.

—De vez en cuando se descubren las huellas de zarpas en un árbol —continuó el señor Hollister—, pero Don Oso no se aventura a buscar la proximidad de las personas, si puede evitarlo.

—¿Cómo son las huellas de un oso? —inquirió Holly.

El padre cogió una ramita y dibujó una zarpa de oso en el suelo. La parte equivalente al dedo pulgar quedaba separada del resto de la pata.

—Dudo que ningún oso venga a visitarnos —concluyó—. Ahora a dormir.

—¿Qué pensáis de «Espantapájaros»? —preguntó Ricky, mientras inflaba su colchón—. Puede que venga por aquí esta noche.

—Si viniera —replicó sonriendo la señora Hollister—, se encontraría con «Zip» para hacerle retroceder. Ataremos el perro a

un árbol, cerca de las tiendas.

Al poco rato todo el mundo estaba acostado. Se apagaron las últimas linternas y no se oyó otra cosa más que los cuchicheos de los cinco hermanos. Muy pronto, todos los Hollister dormían y «Zip», tumbado sobre las pinochas, a la luz de la luna, también se adormiló.

Holly ignoraba cuánto rato habría dormido, cuando le despertó el aullar de su perro. A toda prisa despertó a Pam. Entre tanto, también Sue abrió los ojos. La mayor de las hermanas asomó la cabeza por la abertura de la tienda. Como no vio nada, encendió la linterna.

—Ahí está —cuchicheó, mientras el haz de la linterna iluminaba a un animalillo que se alejaba velozmente, hasta desaparecer en dirección a la orilla del lago.

—Vamos a seguirle —propuso Holly.

Sin pérdida de tiempo, abrió la cremallera que cerraba la tienda y las tres se deslizaron, sigilosas.

—¡Calla, «Zip»! —ordenó Holly en voz baja.

Sue tomó la mano de Pam y cuchicheó:

—¿Tú… tú crees que no es un… oso?

—No era bastante grande como para ser un oso —aseguró Pam.

Cuando llegaron a la orilla del lago, Holly dijo:

—¡Mirad! En la tierra húmeda ha dejado huellas. Inclinándose, las tres hermanas examinaron las huellas.

—¿Son de oso? —preguntó Sue, intentando recordar el dibujo que hiciera su padre.

Pam miró atentamente y vio que no había ningún dedo separado del resto de la pezuña, como en los osos. Además, las huellas eran pequeñas. Las tres caminaron a lo largo del borde del lago, siguiendo aquellas huellas. De pronto, Pam exclamó:

—¡Qué lindo!



Sentado en un tronco se encontraba un mapache. La luz de la linterna le dio directamente en los ojos, que brillaron igual que bombillas encendidas.

—¿Así que eras tú quien andaba olfateándonos? —dijo, riendo, Pam.

—Seguro que buscaba un poco de comida —opinó Holly.

—¡Seguro! —concordó Sue—. Quítate la máscara, señor Mapache, que te hemos conocido.

El animalito las miró, asustado, durante unos momentos, y luego corrió a esconderse en una cueva, entre las rocas. Aunque las niñas quedaron esperando unos minutos, el animalillo no volvió a aparecer.

—Lo mejor será volver a la cama —aconsejó Pam.

Al día siguiente, durante el desayuno, las niñas contaron a los demás lo ocurrido. Ricky dijo, en seguida:

—Yo habría entrado en la cueva para atrapar al mapache.

—No habrías podido. Es muy pequeñita —contestó Holly.

El señor Hollister dijo a sus hijos que los nidos de los mapaches suelen encontrarse en los troncos de árbol huecos, pero que en ocasiones, esos animalitos también vivían en pequeñas cuevas. En cualquier caso, lo normal es que el nido lo hagan cerca del agua.

—Porque la comida de los mapaches se reduce a ranas, tortugas,

almejas o peces.

—¿Y los mapaches no lo lavan meticulosamente todo, antes de comer? —preguntó la señora Hollister.

—Eso es lo que suele creerse —replicó el marido—, pero algunos habitantes del bosque dicen que los alimentos del mapache están húmedos porque el animal los saca del agua, no porque sea muy limpio y delicado.

—Vamos a buscar más huellas de animales —propuso Pete, cuando terminaron de desayunar.

El señor Hollister dijo que, probablemente, encontrarían algún mapache cerca de la orilla, y todos se encaminaron al lago. Las huellas de mapache que llevaban directamente al nido eran muy claras.

—Aquí hay otras —anunció Pete—. ¿De qué son?

Después de examinarlas atentamente, Pam dijo:

—Parecen de zarpas de gato.

El señor Hollister rió, burlón.

—De esa clase de gatos debéis manteneros alejados —dijo—. Estas huellas las ha dejado una mofeta. —Y añadió que las mofetas tenían cinco dedos y no cuatro, como los gatos—. Además, las mofetas tienen las patas dobladas hacia dentro.

—Me alegro de que el señor Mofeta no haya visitado nuestras tiendas —bromeó Ricky, riendo y tapándose la nariz.

—Si alguna vez nos visita, no le molestéis —aconsejó el señor Hollister—. Bien. ¿Qué os gustaría hacer esta mañana?

—Navegar en los rápidos —propuso Ricky.

—No estoy preparado todavía para eso —dijo el padre—. Primero tengo que probar la canoa en aguas tranquilas.

—Entonces, vayamos a buscar animales —sugirió Ricky.

—Os gustará hacerlo. Pero no vayáis lejos.

—¿Y si nos perdemos en el bosque? —insinuó, cautamente, Holly.

El señor Hollister contestó que podían contrarrestar fácilmente aquel problema y dio instrucciones a Ricky para que fuese a buscar una bolsa al guardaequipajes de la furgoneta. Cuando el pequeño volvió, el padre abrió la bolsa y buscó dentro. Sacó un puñado de discos amarillos, una caja de clavos y un martillito.

—¡Ya veo! —exclamó Pete—. Eso es para ir dejando marcas que sirvan de guía.

—Exacto —contestó el padre—. Éste es el medio moderno de ir marcando un camino.

Clavar aquellos discos de color en los árboles resultaba más fácil que cortar muescas en la corteza.

—Además, cada persona usa discos de color distinto por si se cruzan los caminos. Así se evitan confusiones y cada excursionista encuentra su camino.

Los niños escucharon con gran interés, mientras su padre les contaba algo sobre la antigua manera de ir marcando el camino en los bosques.

—Los hombres de los bosques solían hacer una muesca en los lados de cada árbol ante el que iban pasando. Esto les servía como guía a su regreso o guiaba a otra persona que quisiera encontrar a la primera. Una muesca en cada lado de un árbol, pero más cerca del suelo de lo habitual, indicaba que la persona pensaba volver allí. Tres muescas cortas en el centro de un tronco eran señal de peligro. Los tramperos acostumbraban a usar estas muescas.

Ricky sonrió, diciendo:

—Igual que las señales de tráfico de las carreteras, ¿verdad, papá?

—Exactamente. Una muesca larga, trazada verticalmente, en el centro de un árbol, y otra horizontal, al lado, indicaba la dirección de un campamento o una casa.

—Me siento ya igual que un viejo leñador —sonrió Pete, mientras se guardaba los discos amarillos en el bolsillo.

—Papá, ¿puedo llevarme el contador Geiger? —preguntó Holly antes de ponerse en camino—. A lo mejor encontramos uranio.

Cuando su padre le dio permiso, la niña corrió a buscar el contador a la furgoneta.

—Si oís que hace un chasquido sabréis que habéis encontrado un tesoro —dijo, risueño, el señor Hollister.



Se decidió que Sue se quedaría con sus padres. Los demás niños se pusieron en camino, muy emocionados. «Zip» correteó a su lado. Al llegar a un trecho pantanoso, el grupo se dirigió directamente a una zona de espeso bosque. A intervalos, Pete daba a Ricky uno de los discos amarillos que el pequeño clavaba en un árbol.

Habían recorrido medio kilómetro, buscando a derecha e izquierda huellas de animales, cuando Holly pidió:

—Ricky, ¿puedo clavar yo uno de esos redondeles?

—Claro que sí —contestó el pequeño—. Yo sostendré el contador Geiger.

Entregó el martillo y los clavos a su hermana y tomó con la mano derecha el contador. Al cabo de un rato se le ocurrió cambiarlo de mano. De repente, al cruzar sobre un montón de piedras, el Geiger empezó a sonar furiosamente.

Ricky se quedó inmóvil como un pedrusco.

—¡Escuchad! —gritó.

Los demás le rodearon, estremecidos.

¡Clic! ¡Clic!

—¡Canastos! —gritó el pequeño—. Hemos descubierto uranio.

UN MENSAJE



—¡Uranio para el gobierno! —exclamó Pete—. ¡Qué descubrimiento!

Holly empezó a dar alegres saltitos mientras gritaba:

—¡Olé! ¡Olé! Vamos a decírselo a papá y mamá.

Inmediatamente, clavó tres discos amarillos en un árbol cercano a la pila de piedras. Entonces Pete cogió el contador Geiger de manos de sus hermanos, silbó a «Zip» y todos corrieron al lugar en que habían acampado. Los discos indicadores señalaban claramente el camino, de modo que muy pronto llegaron todos al claro del pinar.

El señor y la señora Hollister estaban en ese momento extendiendo la canoa plegable en la orilla del lago. Los dos levantaron la vista, atónitos, cuando llegaron sus hijos, sin aliento.

—¡Hemos encontrado algo! —gritó Ricky.

—Venid de prisa a ver —apremió Holly.

—¡Niños, niños! Hablad por turnos —dijo la señora Hollister—. ¿Qué habéis encontrado?

—¡Uranio! —exclamó Pete, que luego contó cómo el contador Geiger había estado sonando.

—Tuve la corazonada de que podía haber uranio por aquí —dijo, sonriendo, el padre.

Llevándose con ellos a Sue, los señores Hollister cruzaron los bosques, tras sus hijos mayores. «Zip» ladraba alegremente, mientras corría tras cada conejo que veía aparecer. Cuando llegaron a la pila de piedras, Pete aproximó el contador, diciendo:

—¡Chist! Escuchad.

Pero no hubo sonido alguno.

—Puede que, si sacudimos el contador, vuelva a sonar —insinuó Holly.

Pete lo hizo, pero nada sucedió. El señor Hollister hizo una mueca y preguntó:

—¿No se os habrá ocurrido gastarnos una broma a mamá y a mí?

—No, papá. De verdad que ha sonado cuando yo lo llevaba —dijo Ricky.

—¿Y qué te parece si nos muestras exactamente lo que hiciste?

Ricky cogió el contador de manos de Pete y lo sostuvo con las dos manos, sobre las piedras.

¡Clic, clic, clic!

—¿Lo veis? Ya os lo dije —dijo el pecoso, con los ojos chispeantes de emoción.

—Déjame probar a mí —pidió la madre.

Pero, cuando ella cogió el contador, tampoco se oyó nada.

De pronto Pam se echó a reír y dijo:

—Ya sé lo que ha ocurrido. El reloj de pulsera de Ricky tiene la esfera radiante. Eso es lo que ha hecho sonar el contador.

Todos quedaron desilusionados por un momento. Luego se echaron a reír.

—Creo que todos hemos sido embromados —dijo Pete—. Pero todavía podemos encontrar uranio.

Los señores Hollister y Sue volvieron al campamento. Los otros continuaron su excursión. Encontraron huellas de ciervo, pero de ningún otro animal. Al cabo de un rato regresaron. Al llegar al campamento vieron que sus padres y Sue llevaban la canoa a la orilla. Cuando toda la familia estuvo reunida, Ricky preguntó:

—¿Qué es aquella cosa tan rara que hay delante de vuestra

tienda, papá?



Una rama estaba clavada en el suelo. El señor Hollister dijo que nada sabía de aquello y todos corrieron a examinarlo. En un ángulo que formaba la rama se había colocado un trozo de corteza de árbol, en el que podía verse garabateado un mensaje:

«¡Salgan del Bosque de los Abetos!».

Lo firmaba J. B.

—¡Joey Brill! —pensó, inmediatamente, Ricky—. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—Puede que esté intentando vengarse de nosotros, por haberle hecho caer de la canoa.

Ni los señores Hollister, ni Pam estaban de acuerdo en que las iniciales fuesen de Joey.

—Bueno. Pues alguien quiere que nos marchemos del Bosque de los Abetos —dijo Pete, indignado—. ¿Os parece que puede ser «Espantapájaros»?

—Podría ser —admitió la señora Hollister, pensativa—. No nos dijo su verdadero nombre, de modo que ésas pueden ser sus iniciales. —Volviéndose a su marido, la señora añadió—. Empiezo a

estar un poco preocupada, John. ¿Tú crees que debemos quedarnos?

El señor Hollister contestó que, puesto que había sido el mismo señor Tucker quien les invitó a ir al coto de caza, no podía existir ningún serio peligro.

—Puede que todo sea idea de un bromista —concluyó.

—¡Qué manera tan graciosa de enviar cartas! —comentó Sue.

—Esta broma ha debido de gastarla algún viejo habitante del bosque —explicó el padre—. Una rama en forma de horquilla, como ésta, se reconoce como una oficina de correos.

—Pero la carta no llevaba sello —objetó Holly.

Su padre contestó, riendo, que las cartas que se dejan en las oficinas de correos del bosque no llevan sello ni se encierran en un sobre.

—Cualquiera que encuentra un mensaje de este tipo, lo lee y luego pasa la información a la persona a quien iba dirigido el escrito.

—Puede que éste no esté dirigido a nosotros —apuntó Pam.

—Me temo que sí, puesto que no lleva nombre de destinatario. Pero no vamos a prestar ninguna atención a esa nota —decidió el padre.

Holly, que nunca permanecía seria demasiado tiempo, propuso de pronto:

—Juguemos a la oficina de correos del bosque.

—Eso es —concordó Ricky.

Y cogiendo su navaja, el pequeño cortó una rama de un árbol cercano e hizo un corte en un extremo. Mientras él clavaba la ramita en el suelo, Holly encontró un pedazo de corteza y logró escribir en ella la palabra «Sue».

Entre tanto, Pete y Pam marcharon hacia el lago, en cuya orilla estaba la canoa. Pete levantó la voz para preguntar a su padre:

—¿Podemos dar un paseo en la canoa?

—Podéis, pero tened cuidado.

—Lo tendremos.

Los dos niños empujaron la pequeña embarcación al agua. Pam cogió el remo de la proa, mientras Pete iba a sentarse en la popa. Con ágiles brazadas, hicieron deslizar la canoa por las aguas del lago, transparentes como un cristal. Ni Pete, ni Pam habían visto

nunca un agua tan límpida, a través de la cual se podía ver perfectamente el fondo cubierto de piedras, por donde pasaba de vez en cuando algún pececillo.

—Podemos ir hasta la otra orilla y volver —propuso Pete.

En aquella parte, el lago tenía unos tres kilómetros de anchura. Al llegar a la orilla opuesta los niños pudieron ver varias calas con playa arenosa. Mientras Pete hacía girar la canoa alrededor de un pequeño entrante de tierra, en frente de ellos, una gran grulla chapoteó en el agua.

—¡Oooh! —murmuró Pam, admirada, contemplando la hermosa ave que se elevaba por encima de sus cabezas.

—¡Mira! —dijo Pete, a media voz.

En un extremo de la caleta, un ciervo hembra y sus dos cervatillos se aproximaron al agua e inclinaron sus cabezas para beber. Los dos niños mantuvieron inmóviles los remos y contemplaron en silencio los animales. Cuando los ciervos dieron media vuelta y desaparecieron en el bosque, Pam comentó:

—¿Verdad que es maravilloso poder ver todo esto directamente en el bosque, Pete? Es igual que cuando vivían los indios aquí.

Pete guió la canoa bajo las ramas de un árbol que se inclinaba sobre el agua, desde la orilla.

—Esperemos un momento en la sombra, para refrescamos.

—¡Mira, Pete! —exclamó de pronto Pam, señalando a la orilla.

Otra canoa avanzaba hacia ellos. Dos desconocidos, que se sentaban muy inclinados hacia delante, remaban impetuosamente.

—¿Quiénes serán? —cuchicheó Pam.

Pete contestó que parecían leñadores.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó la niña.

—No. Estamos bien escondidos. No te muevas.

Los hombres llegaron a la orilla, a menos de sesenta metros de donde se encontraban los niños. Sin decir una palabra, bajaron de la canoa. El más alto cogió la embarcación y se la colocó sobre la cabeza. Al cabo de un momento, habían desaparecido en el bosque.

—Esos hombres pueden tener algo que ver con los misterios que ocurren en el Bosque de los Abetos —dijo Pete.

—O con el robo de la tienda de papá.

—Vamos a seguirles, para saber quiénes son —decidió Pete,

impulsivo.

—Será mejor que se lo digamos antes a papá y mamá —opinó Pam.

Pero el chico creyó que lo mejor era actuar inmediatamente.

—Puede que perdamos completamente la pista de esos hombres, si no les seguimos ahora.

Pete rozó ligeramente el agua con su remo, haciendo salir la canoa del escondite.

—Debemos tener mucho cuidado —advirtió Pam, mientras se acercaban al trecho en donde habían saltado a tierra los dos hombres.

Ella bajó primero y arrastró la canoa por la proa hasta la arena. Luego Pete saltó a su lado.

—Creo que lo mejor será esconder la canoa entre los matorrales, por si esos hombres son ladrones —dijo el muchachito.

Entre los dos cogieron la canoa y la llevaron a ocultar entre un grupo de zarzas. Luego se internaron de puntillas en un denso pinar. Pete abría cautelosamente la marcha.

—¿Ves alguna marca que indique que han señalado el camino?

Pete fue mirando todos los árboles, pero no vio en ellos ninguna muesca. Mientras se internaban en el bosque, Pam dijo:

—Será mejor ir marcando el camino que seguimos. Si no, podríamos desorientarnos y no saber volver junto a la canoa.

—¡Buena idea! —asintió Pete, sacando un cortaplumas de su bolsillo.

Por el camino, fue haciendo varias muescas en dos lados de varios árboles. Habían recorrido unos cien metros cuando el camino empezó a estrecharse hasta desaparecer en un arroyo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pam, mirando entre el denso arbolado.

—Debemos ir un poco más lejos. Puede que esos dos hombres estén acampados por aquí.

Decidieron seguir por la orilla del arroyo, en dirección norte. Pete, según se iban internando en el bosque, siguió haciendo muescas en los árboles. Los árboles eran cada vez más altos y sólo muy de tarde en tarde se filtraba entre ellos un rayo de sol.

—Esto es un poco tenebroso —dijo Pete, deteniéndose a

escuchar.

—Y yo noto algo extraño, como si alguien nos estuviera mirando —confesó Pam, observando a su alrededor, con miedo.

—Creo que ya hemos ido bastante lejos —resolvió Pete—. Será mejor que volvamos más tarde con papá.

Los dos niños empezaron a regresar por donde habían llegado, teniendo la precaución de ir buscando los árboles con muescas. No habían ido muy lejos, cuando una voz ordenó:

—¡Quietos!

Pete y Pam quedaron helados. Luego, giraron sobre sus talones y se encontraron frente a un chico de unos catorce años, de aspecto agradable, vestido con pantalones de ante y camisa azul. Tenía la barbilla cuadrada, la nariz recta y corta, los ojos grises y el cabello negro y rizado.



Cuando Pete logró recuperarse de la sorpresa, dijo:

—Hola. ¿Estás acampado por aquí?

Como el otro no parecía tener ganas de contestar, Pete preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El chico movió de un lado a otro la cabeza y repuso:

—No puedo decírtelo.

—Yo soy Pete y ella es mi hermana Pam.

—Ya lo sé —fue la respuesta del desconocido, que sonrió ligeramente—. Estáis acampados al otro lado del lago. ¿Habéis recibido mi nota?

—¿La advertencia escrita en la corteza de árbol? —preguntó Pam.

—Sí. Espero que sigáis mi consejo.

—¿Por qué vamos a irnos de los bosques? —preguntó Pete—. ¿Qué peligro existe aquí?

—Quisiera poder decíroslo, pero no puedo —replicó el chico, mientras abría y cerraba nerviosamente los dedos de las dos manos.

—¿Acaso «Espantapájaros» hace algo malo por aquí? —inquirió Pete.

El otro volvió a mover negativamente la cabeza.

—No puedo decíroslo. Por favor, no me hagáis más preguntas.

—Si tienes algún problema, tal vez podamos ayudarte —se ofreció Pam, compadeciéndose del desconocido.

Éste avanzó un paso más y con ojos suplicantes, pidió:

—Por Dios, marchaos antes de que os hagan daño. Si no os vais…

En ese momento sonó un disparo de escopeta en el bosque. Sin decir una palabra más, el muchacho misterioso dio media vuelta y corrió a ocultarse en los bosques.

UN BEBÉ DEL BOSQUE



Pete y Pam se miraron atónitos, mientras se iba apagando el eco del disparo y el misterioso chico desaparecía.

—¿Qué opinas de esto, Pam?

—Yo creo que quería decimos algo, pero no se ha atrevido.

—Es un misterio —declaró Pete.

Los dos hermanos volvieron al lugar en donde habían escondido la canoa, hablando sin cesar del inexplicable disparo. ¿Habría sido una señal para hacer regresar al muchacho? Y si el disparo lo había hecho uno de aquellos dos forasteros, ¿adónde apuntó?

Mientras empujaban la embarcación al agua, Pete dijo:

—Me gustaría saber cuál es el nombre de ese chico.

—Podemos llamarle J. B. hasta que averigüemos su verdadero nombre —propuso Pam, al tiempo que hundía el remo en el agua.

En cuanto llegaron a la otra orilla, sacaron rápidamente la canoa del agua y corrieron a contar a su familia todo lo sucedido.

—Vaya. Éste es un giro inesperado de los acontecimientos. No me gusta nada.

La señora Hollister comentó que sentía lástima por el muchacho, quien posiblemente, necesitaba protección.

—¿Habéis notado en J. B. algo especial que pueda darnos una pista de su identidad? —preguntó.

—Lleva el cabello muy largo —recordó Pam—. Parece que lleve en el bosque mucho tiempo y por eso no haya podido ir al peluquero.

—Tal vez volváis a encontrarle —dijo el señor Hollister—. En todo caso, me alegro de estar separado por el lago de personas que usan escopetas.

En ese momento, Pete y Pam se dieron cuenta de que sus hermanos menores no estaban por ninguna parte. Su madre les dijo que Ricky y las pequeñas se habían llevado más discos de señales y se marcharon por el camino que ya habían seguido antes.

—Volverán en cualquier momento —añadió la madre—. No iban lejos. Vosotros venid a tomar algo. Los demás ya hemos comido.

Los dos hermanos acabaron de comer. Cuando transcurrió un cuarto de hora más y Ricky y las pequeñas seguían sin aparecer, los Hollister empezaron a sentirse preocupados. Pete y Pam se ofrecieron para seguir el camino que los pequeños hubieran marcado.

—Yo iré también —decidió la madre—. John, quédate a guardar el campamento. Además, podría ser que los niños volvieran por otro camino.

El padre asintió y los demás emprendieron la excursión. Recorrieron casi medio kilómetro sin encontrar ni una huella de Ricky, Holly o Sue.

—¿Hasta dónde habrán ido? —comentó Pete.

En ese momento Pam se fijó en tres círculos amarillos, clavados en un alto pino. Debajo había una muesca que señalaba a la derecha.

—¡Mirad! Ricky y las niñas han ido por aquí —anunció.

Los discos amarillos señalaban claramente la nueva dirección seguida por los pequeños. Continuando ladera abajo, pronto la señora Hollister y sus hijos mayores llegaron al borde de un precipicio pedregoso, en el que no crecían más que algunos matojos aislados en la parte superior. Más abajo, quedaba convertido en una sólida pared de piedra.

Haciendo bocina con las manos junto a la boca, Pete llamó a los

pequeños. Sus gritos fueron correspondidos, desde los bosques que se extendían abajo, por un ladrido de «Zip».

—¡Holly! ¡Ricky! ¡Sue! —gritó Pam—. ¿Dónde estáis?

—Aquí abajo —contestó la voz de Ricky, desde las profundidades boscosas del pie del barranco.

—¿Estáis bien? —preguntó la madre, inquieta.

—Sí.

—¿Dónde estáis? —insistió Pete—. No os veo.

Pam se inclinó sobre el borde del precipicio. Abajo, a unos diez metros, vio moverse unos arbustos.

—Están ahí —anunció—. Quisiera saber…

De repente, los pies de la niña resbalaron sobre una piedra musgosa. Y Pam cayó hacia delante, rodando por la pendiente. Pam buscó desesperadamente algún matojo, al que poder asirse. Pero, hasta que no estuvo a medio camino, no pudo sujetarse a una pequeña planta, que se dobló peligrosamente bajo el peso de la niña.



—¡No te sueltes! —gritó Pete, mientras su madre y él

empezaban a descender con precaución por la pendiente.

Las plantas a las que se asían se desarraigaban con facilidad y madre e hijo resbalaban peligrosamente.

—¡Ay, Señor! Esto es horrible —se lamentó la señora Hollister.

Entre tanto, Pam estaba colgada de la planta y movía desesperadamente los pies, buscando la manera de encontrar apoyo.

—No voy… a poder… resistir más —murmuró, sin aliento.

En ese momento desesperado, asomaron entre el follaje las caritas de Ricky, Holly y Sue. Viendo a su hermana pendiendo de la planta, los tres gritaron, asustados. Luego Ricky tuvo una idea.

—Déjate caer tal como estás, Pam. Nosotros te recogeremos.

Los tres niños y «Zip» formaron un apretado cordón debajo de Pam y los hermanos levantaron los brazos.

—Está bien. Ya voy —dijo Pam, comprendiendo que las raíces de la mata estaban a punto de salir de la tierra.

Pam se soltó y cayó al fondo del precipicio. El impacto hizo caer a sus hermanos al suelo y Pam fue a parar sobre el lomo de «Zip».

—¿Estás bien? —gritó la señora Hollister.

—Sí.

—Quedaos ahí hasta que Pete y yo podamos llegar a vuestro lado.

La madre y Pete bajaron lentamente, por un trecho del barranco que formaba bastante declive y por fin llegaron junto a los demás. Aparte de unos cuantos arañazos y un morado que lucía Ricky bajo el ojo derecho, todos estaban bien. Ni siquiera «Zip» parecía haber sufrido daño, a pesar del golpe que Pam le había dado al caer.

—¡Caramba! ¡Qué susto! —dijo Pete—. A ver si nos decís cómo habéis llegado aquí vosotros tres.

Holly explicó que habían ido caminando por el sendero que ya tenían marcado y, de repente, Ricky encontró unas señales con muescas en los árboles, que seguían por la derecha. Siguieron por aquel trecho, buscando sin cesar más muescas en los árboles. Como las muescas estaban muy borrosas, los niños habían ido clavando encima los discos amarillos.

—Pensamos que conduciría a algún sitio importante —dijo Sue.

—Pero vuestro camino acaba en lo alto del barranco —dijo Pete.

A lo que Holly contestó que se habían puesto tan nerviosos al

llegar allí, que olvidaron seguir clavando los discos. Ricky y las dos niñas habían empezado a descender por el precipicio.

—Y entonces lo «descubimos» —declaró, orgullosamente, Sue.

—¿Qué descubristeis? —preguntó Pam.

—Es un secreto, pero ahora lo veréis —repuso la pequeñita.

Con «Zip» delante de todos, Ricky condujo a la familia hasta un trecho oculto, rodeado por un círculo de rododendros. En el centro había un cervatillo.

—¡Es adorable! —dijo Pam, con ternura, inclinándose a acariciar al animalito.

—Está «pirdido», así que nos lo llevamos a casa —declaró, resueltamente, Sue.

La señora Hollister no estaba muy segura de que fuese sensato hacer tal cosa.

—Tal vez fuese mejor dejar aquí al cervatillo, hasta que venga su madre.

—Eso no puede ser porque tiene una pata herida —dijo Holly.

Pete examinó al animalito y descubrió que tenía un corte en la pata trasera izquierda.

Debiéramos llevárnoslo al campamento, porque aquí podría atacarle algún animal salvaje.

—De acuerdo —accedió la madre.

Pete cogió al cervatillo y lo colocó junto a su pecho.

—¿Verdad que papá quedará muy sorprendido cuando nos vea? —dijo el chico, sonriendo.

Holly señaló una desgastada muesca de un árbol cercano y los Hollister no tuvieron mucha dificultad para seguir las demás. Treparon ladera arriba hasta llegar a la zona que estaba bien marcada por los discos amarillos. Pete y Pam se turnaron en el quehacer de llevar en brazos al cervatillo. Cuando llegaron al campamento Pam iba detrás.

—¡Hola! —saludó el señor Hollister—. Creí que os habíais perdido todos.

—No, no —repuso Sue—. Es que hemos encontrado una «sopresa». El pobrecín ha perdido a su mamá.



Pam corrió hacia su padre con el ciervo en los brazos.

—¿Verdad que es lindo?

—¡Hermoso animal! —comentó el padre.

La señora Hollister ya había entrado en su tienda a buscar el botiquín y, sin pérdida de tiempo, curó la pata del cervatillo.

—Ahora los dos vamos vendados —comentó Pam, mirando al animalito.

Holly se llevó el ciervo a su tienda y le tumbó en su saco de noche. Pronto el animal quedó dormido.

Durante la tarde, los niños alternaron las zambullidas en el agua, con las visitas al animal. Cuando el ciervo despertó, poco antes de la cena, Sue corrió a buscar el biberón de su muñeca.

—¡Nuestro bebé necesita comida! —dijo—. Vamos a darle leche, Holly.

Se preparó con agua una taza de leche en polvo, y con ella se

llenó el biberón. Luego, Holly, sosteniendo al cervatillo entre sus brazos, introdujo la tetina en la boca del animal.

—Mirad, mirad —gritó con su vocecita penetrante Sue, llamando la atención de todos—. Está bebiendo.

Después que se hubo tomado la leche, los Hollister permitieron que el animal paseara por los alrededores de las tiendas de campaña, cojeando a causa de su pata dañada.

—¡Mira, mamá! No se marcha —advirtió Holly—. ¿Verdad que sería estupendo poder llevarlo a Shoreham?

Sue, que se había sentado muy formal en el tronco de un pino caído, no creía que eso fuera posible. Apoyando la barbilla en las palmas de las manos, dijo con preocupación:

—Pero ¿y su mamá ciervo? No va a poder vivir sin su bebé.

Los comentarios sobre si debían llevarse o no el animalito a Shoreham se prolongaron hasta después de la cena. Pero no se llegó a ninguna conclusión.



Más tarde, cuando estaban sentados alrededor de la hoguera, con «Zip» y el cervatillo incluidos en el círculo, el señor Hollister dijo:

—Esas antiguas muescas de los árboles, que descubristeis cuando encontrasteis al ciervo, me interesan.

—Nosotros creímos que podían conducir a algo muy importante —replicó Ricky—. Por eso las seguimos.

El señor Hollister miró a su esposa al añadir:

—Elaine, tal vez podríamos salir en esa dirección por la mañana. Sería una buena excursión.

—¡Sí, sí, papá! —exclamó, con entusiasmo, Holly—. ¿Podremos ir?

A la parpadeante claridad de la hoguera, Ricky quedó de pronto observando fijamente las sombras.

—¡Mi… mi… mirad! —tartamudeó.

En medio de la oscuridad se veían brillar dos ojos luminosos. Holly se estremeció.

—¡Un gato montés! —exclamó.

«Zip» dio un gruñido y estaba a punto de lanzarse a atacar, cuando Pam le asió por el collar. Al mismo tiempo, el señor Hollister sacó de su bolsillo una linterna y enfocó en dirección a los bosques el haz luminoso. Frente a ellos se encontraba un hermoso ciervo que les miraba, sin moverse.

—¿Será la madre del cervatillo? —comentó Pam, emocionada.

—Es posible —dijo la señora Hollister—. Si ha venido a buscar a su bebé, debemos dejar que se lo lleve.

«Zip» gruñó de nuevo. Instantáneamente, el ciervo dio media vuelta y desapareció en los bosques.

—Se ha ido —murmuró Pam, desencantada—, y puede que no vuelva.

Sin embargo, la señora Hollister opinaba que el ciervo volvería.

—Dejaremos al cervatillo cerca del lugar en donde ella ha estado ahora, y no miraremos.

Pete tomó el animalito, se encaminó a la zona de bosque y dejó al cervatillo en el lugar por donde había desaparecido el ciervo grande. Luego todos volvieron a colocarse en torno a la hoguera. Pam seguía sujetando a «Zip». Los Hollister quedaron mirando al fuego y escuchando. Pronto sonaron unos ligeros crujidos.

—No miréis —cuchicheó la señora Hollister—. Podríamos asustar nuevamente al ciervo.

Durante la espera, los niños notaron escalofríos de nerviosismo por la espina dorsal. Habían aguardado unos cinco minutos, cuando el señor Hollister dijo:

—Averigüemos qué ha sucedido.

EL ESCONDITE DE ESPANTAPÁJAROS



Mientras toda su familia esperaba, tensa, el señor Hollister enfocó el haz de su linterna en dirección al bosque.

¡El lindo cervatillo había desaparecido!

—¡El ciervo era su mamá! —palmoteo Sue, entre grititos de alegría—. ¡Ahora ya podemos volver a ser los Felices Hollister!

Hasta «Zip» levantó la cabeza y jadeó suavemente, como si estuviera sonriendo con la alegría de los demás. Ya en la tienda y antes de dormirse, las niñas dijeron una oración por el cervatillo y su madre, pidiendo que los dos animales pudieran llegar a salvo a la seguridad del corazón del bosque.

Cuando los niños despertaron, a la mañana siguiente, los señores Hollister ya tenían un crujiente tocino entreverado friéndose en la sartén.

—¿Preparados para la gran aventura? —preguntó el padre, después que los niños se hubieron bañado en el lago y desayunado.

—¡Sí! —contestaron todos a coro, y Pete añadió:

—Puede que ese viejo camino nos lleve hasta los hombres misteriosos que vimos Pam y yo, papá.

—Y también hasta J. B. —añadió Pam.

Todos se habían puesto blusas sueltas y altas botas de excursión para protegerse de las zarzas del camino. Sus mochilas iban cargadas de comida y productos de botiquín.

—En marcha —dijo el señor Hollister.

Y «Zip» echó a andar el primero.

Cuando llegaron al despeñadero por el que Pam había resbalado el día anterior, el señor Hollister giró a la izquierda, luego descendió por la colina y volvió a encontrar más muescas semiborrosas.

—Parecen ir en dirección al lago —observó, mientras caminaba a la sombra de los pinos.

El camino giraba nuevamente a la derecha y avanzaba paralelo al lago con una separación de cien metros de la orilla. Al cabo de un rato llegaron a un claro y Sue comentó:

—¡Huy, cuántos troncos han cortado!

—Ya lo creo —asintió el padre, sonriendo—. Debió de ser alguien que tenía muchos ayudantes.

Al fondo se veían los restos de un viejo aserradero y la casa, semiderruida, de los leñadores. Cerca del aserradero había una gran pila de serrín.

—Hemos descubierto un viejo campo maderero —dijo Pete, corriendo a examinarlo todo.

Zarzas y hierbas habían crecido y quedaban tan altas como los tocones de los árboles cortados. Pete se aproximó a un tronco caído, cubierto de musgo. Al instante, Holly gritó, tras él:



—¡Cuidado, Pete!

En el tronco había una serpiente, tomando el sol. Su piel, de mil colores, se confundía con el tronco y el musgo. El animal se lanzó a picar, y estuvo a punto de alcanzar a Pete. Luego, se deslizó al suelo y desapareció entre las hierbas.

—¡Zambomba! ¡Qué sitio tan peligroso! —dijo Pete, después de dar a Holly las gracias por el aviso.

La señora Hollister aconsejó a sus hijos que procedieran con más cautela cada vez que dieran un paso por aquellos alrededores.

—Vamos a explorar el aserradero —propuso Ricky.

Se aproximaron todos a la vieja sierra circular caída en el suelo, doblada y enmohecida. La techumbre del edificio se había hundido y los troncos que habían servido de apoyo permanecían erguidos, de manera grotesca.

—Este lugar ha sido abandonado hace largo tiempo —opinó el señor Hollister.

—Viendo ese montón de serrín uno piensa en que debían de cortar mucha madera —dijo Pete.

El chico caminó alrededor de la enorme pila, hundiendo los pies en el blando serrín. Al llegar al otro lado del montón, Pete se detuvo repentinamente y miró al suelo.

—¡Huellas de pies! —gritó—. ¡Y no son nuestras!

Su padre, seguido del resto de la familia, corrió a mirar.

—Alguien ha estado aquí recientemente —afirmó.

—Entonces conviene que tengamos cuidado —opinó la señora Hollister—. Los hombres que Pete y Pam vieron, podrían estar escondidos en esa vieja casa.

Los niños empezaron a hablar todos a un tiempo, muy nerviosos, pero el padre levantó una mano, pidiendo silencio. Todos obedecieron y escucharon con atención. Incluso «Zip» quedó inmóvil, con las orejas muy tiesas.

¡Desde el interior del viejo edificio brotó un gemido!

—Hay alguien ahí —dijo Pam—. Vamos a ayudarle.

—Mucho cuidado —advirtió la madre—. Podría ser una trampa.

Pete tomó a «Zip» por el collar y se aproximó a la puerta con cautela. La pared delantera de la casa se había combado y la puerta estaba entreabierta, pendiendo de un gozne.

—¿Quién hay dentro? —preguntó Pete a gritos.

No hubo respuesta. Luego se repitió el gemido.

Ricky se irguió, muy valeroso y dijo a voces:

—¡Salga de ahí! ¡Le tenemos rodeado!

—A lo mejor el que está ahí no puede moverse —dijo Pam—. Quién sabe si estará herido.

—Yo entraré el primero —decidió el señor Hollister, antes de cruzar el umbral.

Los niños y la madre le siguieron de cerca. Dentro todo estaba sombrío y olía a moho. En el centro de la habitación había una mesa desvencijada. Al fondo se veían cuatro literas.

—Allí hay un hombre —advirtió Pam, angustiada.

En la litera inferior de la parte izquierda, había una persona medio cubierta por una manta.

—¡Es «Espantapájaros»! —exclamó Pam, incrédula.

El viejo levantó la vista con expresión perdida.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Hollister—. ¿Está usted enfermo?



—La pierna —murmuró «Espantapájaros»—. ¡La tengo herida!

Un ventanuco de una pared dejaba pasar la claridad suficiente para que el señor Hollister pudiera examinar la pierna de «Espantapájaros». Estaba inflamada desde el tobillo a la rodilla.

—Parece tener la pierna rota —informó el señor Hollister—. ¿Qué le ha sucedido, «Espantapájaros»?

La señora Hollister intervino para decir:

—Vamos a darle una taza de café caliente. Probablemente el pobre hombre tiene, además, hambre. Tendrá más ánimos para hablar, después de haber comido.

Y abriendo su mochila, la señora Hollister sacó un termo y sirvió una taza de café caliente. «Espantapájaros» se incorporó sobre un codo y bebió. Luego comió un bocadillo de jamón que le ofreció la señora Hollister.

—Muchas gracias. Estaba muerto de hambre y de sed, pero no podía moverme —explicó el hombre.

Después de reanimarse un poco, «Espantapájaros» les contó lo que le había sucedido. Había ido a buscar un tronco, a una pila de madera que tenía detrás de la cabaña. Pero al levantarlo, otro de los

troncos resbaló y le golpeó la pierna.

—Ya no pude andar más y apenas pude arrastrarme hasta la litera. Luego, la pierna empezó a hincharse —añadió «Espantapájaros».

—¿Vive usted aquí? —preguntó Pam.

El hombre dijo que sí con la cabeza. Holly le tomó una mano y dijo:

—Nosotros le ayudaremos. ¿Verdad que le ayudaremos, mamá?

—Naturalmente —contestó la señora Hollister—. Pam, ¿quieres traerme el botiquín?

—Aquí está, mamá —contestó Pam, sacando lo pedido de su mochila.

La señora Hollister aplicó un antiséptico a una brecha que el hombre tenía en la pierna. Luego aplicó una gasa y vendó la pierna.

—Le llevaremos inmediatamente a un médico —dijo.

—¿Quiere decir que me van a sacar de aquí? —preguntó «Espantapájaros», con ojos desorbitados por el asombro.

—Naturalmente —contestó, sonriendo, el señor Hollister, mirando a su alrededor por toda la cabaña, descubrió un abrigo que colgaba de un clavo de la pared—. Usaremos aquello, Pete. Haz el favor de traerlo.

El señor Hollister arrancó un tablón de una de las literas. Luego, con el pequeño machete que Pete llevaba al cinto, cortó el tablón por la mitad. Mientras los niños observaban, con admiración, deslizó los estrechos tablones por las sisas de las mangas del abrigo. Luego ató los extremos de la prenda con un trozo de cuerda que encontró en el suelo.

—¡Zambomba! ¡Qué estupendas parihuelas! —dijo Pete.

«Espantapájaros» sonrió al decir:

—Menos mal que yo no peso mucho.

Entre Pete y Pam colocaron las parihuelas en el suelo y luego ayudaron a sus padres a bajar al herido desde la litera al abrigo.

—¡Todo listo! —dijo el señor Hollister.

Él agarró la parte de las parihuelas en donde descansaba la cabeza de «Espantapájaros». Su esposa y Pete asieron cada uno un extremo del otro madero.

—Yo quiero ayudar también —dijo Ricky, en son de protesta,

asomando la cabeza por la puerta.

—Ya te llegará el turno —le contestó el señor Hollister.

Y cuando habían recorrido unos centenares de metros, ordenó hacer un alto. Después de descansar unos minutos, él volvió a ocupar su posición de antes, mientras Pam relevaba a su madre y Ricky, a Pete. Durante una de las nuevas pausas tomaron la comida. Era ya muy entrada la tarde cuando llegaron al campamento. «Espantapájaros» aseguró que se sentía muy mejorado y podría esperar al día siguiente para que le viera un médico.

—Son ustedes muy amables portándose así, después de mi manera antipática de hablarles el otro día —añadió el hombre.

Ricky corrió a buscar su colchón hinchable y lo colocó en el suelo delante de su tienda. «Espantapájaros» fue colocado allí y afirmó que estaba mucho más cómodo ahora que en la litera de su cabaña.

Estuvo contemplando cómo los niños se bañaban y luego compartió con la familia la cena de patatas con guisantes y jamón a la parrilla. Cuando empezaba a oscurecer en el bosque del lago, Pete lavó la herida de «Espantapájaros» y le aplicó un nuevo vendaje, mientras Ricky y Holly encendían una chisporroteante hoguera.

—¿Está bastante bien, para contarnos historias de los bosques, señor «Espantapájaros»? —inquirió la vocecita chillona de Sue.

—Lo haré encantado.

Pete y su padre se encargaron de llevar al anciano junto al fuego y le apoyaron en el tocón de un árbol. El resplandor de la hoguera hacía aparecer en la barba de hombre reflejos rojos y blancos. Sue fue a colocarse muy cerca de él y, mirándole a los ojos fijamente, preguntó:

—¿Eres el hermano de Papá Noel?

Por primera vez los Hollister oyeron reír a «Espantapájaros».

—Soy un primo lejano suyo —repuso el hombre—. Pero si veo a Papá Noel antes de la próxima Navidad le diré que lleve un saco extra de juguetes a vuestra casa.

Esta promesa dejó muy complacida a Sue, que fue a acurrucarse junto a su madre y quedó contemplando las brasas. Durante unos minutos, nadie dijo nada. El fuego chisporroteaba y los

excursionistas escuchaban los rumores nocturnos. Por fin la señora Hollister preguntó:

—«Espantapájaros», ¿quién es usted?

El anciano se movió hacia un lado y dijo, con calma:

—Sé que no tengo derecho a seguir ocultándoles mi identidad. Soy el profesor Nathan Lehigh.

—¡Un profesor! —dijeron, a una, los hermanos Hollister.

«Espantapájaros» sonrió y luego contó su historia. Era un profesor universitario, a quien gustaba el retiro de los bosques. Cierto día, yendo de excursión, había llegado al Lago del Zorro y descubrió el campo maderero. En vista de que el lugar estaba abandonado, decidió convertirlo en su hogar.

—¿No sabía usted que el señor Tucker es el propietario de todo esto? —le preguntó Pete.

—Desde luego, no lo sabía. De haber sabido que esto era propiedad particular, habría solicitado permiso.

—¿No fue usted quien quiso asustarnos, cuando llegamos por el camino? —preguntó la señora Hollister.

—No. Pero tengo idea de quien pudo hacerlo.

Y entonces habló de dos hombres y un muchacho a quienes había encontrado, vagando por el bosque.

—Los hombres se echaron a reír y me llamaron «Espantapájaros», pero el chico parecía temeroso de hablar.

—Estoy segura de que era J. B. —dijo Pam, que luego contó al anciano cómo habían conocido al muchacho.

El profesor estuvo de acuerdo en que era un chico muy misterioso y siguió diciendo:

—No creo que esos hombres hayan venido aquí a nada bueno. Tengo la impresión de que pueden ser cazadores furtivos.

—¿Furtivos? ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Pam.

«Espantapájaros» explicó que se daba ese nombre a los hombres que cazaban fuera de temporada y vendían la carne en los mercados de la ciudad.

—¡Oooh, qué malísimos! —declaró Holly, escandalizada.

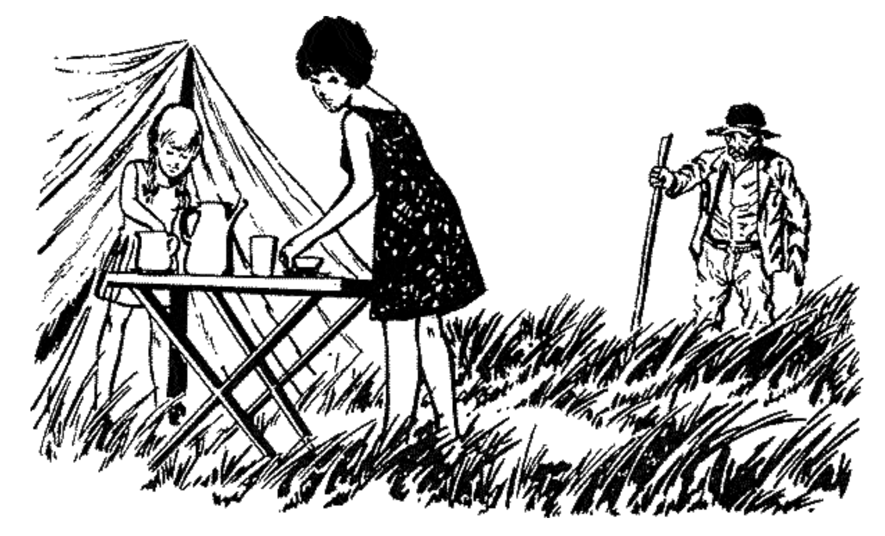
—Ciertamente, hacer eso está muy mal —concordó el padre—. Bien, «Espantapájaros», al menos se ha puesto en claro una parte de estos misterios, ahora que sabemos que es usted un hombre

honrado. Tal vez cuando hayamos concluido de hacer las pruebas con la canoa en el río Remolinos tengamos resueltos los demás problemas.

—Yo les ayudaré, si puedo —se ofreció el profesor.

—Ya es hora de acostarse todo el mundo —dijo la señora Hollister.

Pete tomó un cubo y fue al lago a llenarlo de agua para sofocar la hoguera. Él y Ricky decidieron que «Espantapájaros» debía dormir en su tienda. El anciano quedó dormido rápidamente. Pero, por la mañana, sorprendió a todos cuando salió de la tienda, cojeando, sin ayuda de nadie. Utilizando una rama para apoyarse, acudió junto a la señora Hollister, que estaba preparando el desayuno.



—Me parece que ya estoy mejorando —dijo—, de modo que no va a ser necesario ir a la ciudad.

—De todos modos —sonrió la señora Hollister—, vamos a llevarle a un médico para aseguramos de que todo está bien.

—Mientras estemos en Glendale, aprovecharemos para aprovisionarnos e informar sobre esos dos hombres sospechosos y el muchacho —añadió el señor Hollister.

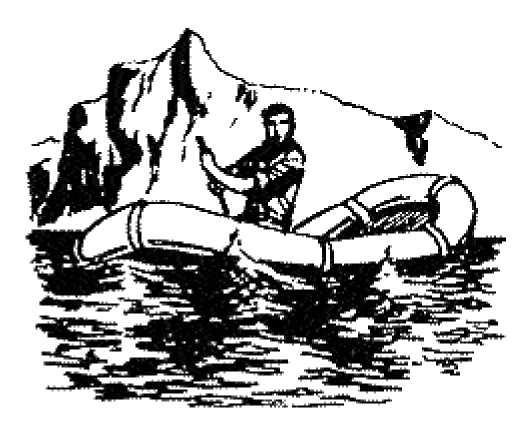
Después del desayuno, ataron a «Zip» a un árbol y le dejaron guardando el campamento. Luego todos entraron en la furgoneta y el señor Hollister condujo hacia la carretera. El vehículo iba

traqueteando por el tortuoso caminillo por donde llagaran, hasta que se encontraron en el punto en que vieran el espantapájaros.

—¡Mirad! Ya no está —dijo Pete.

En ese momento se oyó un chasquido y a continuación un gran estrépito, mientras un enorme árbol caía hacia el centro del camino, directamente en frente de los viajeros.

PÚAS DE PUERCOESPÍN



—¡Cielo santo! —gritó la señora Hollister—. ¡Unos metros más y nos habría caído encima!

El señor Hollister condujo la furgoneta hasta el árbol caído y todos bajaron. No se veía a nadie.

—Deben haberlo hecho a propósito —declaró Pete—. ¡Caramba! Como pudiera yo ponerles las manos encima…

En un extremo del tronco se veía, adherido, un pedazo de papel oscuro. Pam lo tomó y leyó en voz alta lo que habían escrito en él.

—«¡Hollister, cuando lleguéis a Glendale, seguid adelante!».

La firma era una calavera y unas tibias cruzadas. El rostro del señor Hollister enrojeció de ira.

—Ahora es cuando estoy más decidido a quedarme aquí —dijo —. ¡Nadie me hará marchar del Bosque de los Abetos con amenazas!

Su esposa le sonrió, al tiempo que decía:

—Tranquilízate, querido. Con ese árbol ahí delante, me parece que no vamos a poder sacar nunca el coche de aquí.

El buen humor de la madre tranquilizó a todos y Pete dijo:

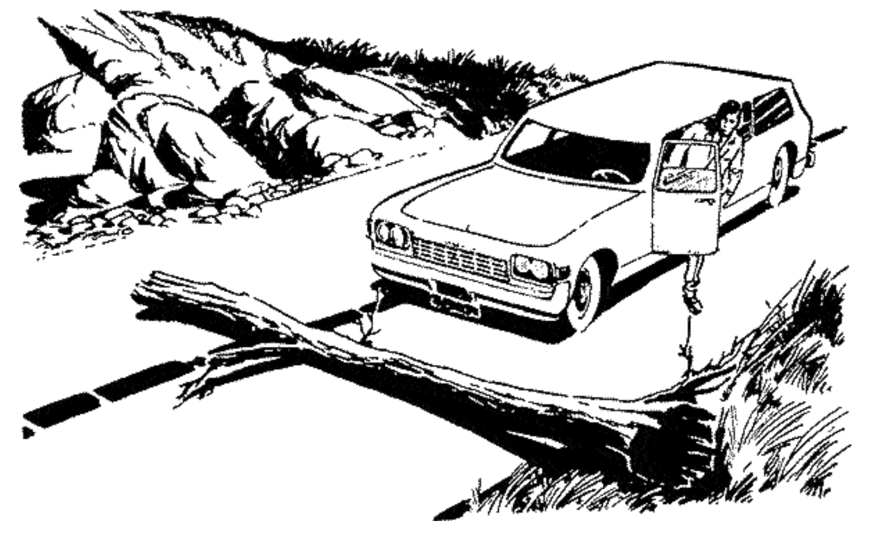
—¿Cómo vamos a mover ese tronco, papá? Es demasiado pesado

para levantarlo.

Ricky se rascó la cabeza y arrugó su pecosa naricilla.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Podemos arrastrar el tronco hacia un lado, remolcándolo con nuestra furgoneta.

—Excelente idea —dijo el señor Hollister—. ¿Hemos traído cadena de remolque, Pete?



—La puse en el compartimiento de herramientas.

Un momento después Pete había sacado la cadena y una pequeña sierra. El señor Hollister aserró el tronco por la parte más estrecha. Mientras, Pete y Ricky ataron un extremo de la cadena a la carrocería de la furgoneta. Cuando su padre hubo terminado, los dos chicos sujetaron el otro extremo de la cadena alrededor del tronco, por el extremo recién aserrado. Luego el señor Hollister se instaló en el asiento del conductor, dio marcha atrás y retrocedió lentamente.

Centímetro a centímetro, el gran tronco fue quedando a un lado de la carretera.

—¡Ya está conseguido, papá! —gritó Pam.

—Ricky, eres un genio —dijo Pete, palmeando el hombro de su hermano.

—Claro que lo soy —rió el pequeño.

Cuando la furgoneta llegó al camino principal, el señor Hollister viró a la izquierda y una hora más tarde llegaban a Glendale.

Inmediatamente acudieron al doctor Rice.

Los niños quedaron fuera, mientras sus padres ayudaban al profesor Lehigh, en la consulta del médico. Cinco minutos más tarde todos salían, sonrientes.

—El profesor no tiene la pierna rota —dijo la señora Hollister, al tiempo que ayudaba al anciano a subir al coche—. Sólo tiene un corte y magulladuras.

—Pero llámenme «Espantapájaros» —pidió el anciano, sonriendo —. El doctor ha dicho que estaré bien dentro de pocos días.

Además, el médico había dado al señor Hollister las señas del guarda forestal, que tenía su oficina en un edificio de una sola planta, al otro lado de la plaza. Se dirigieron allí y los Hollister entraron. El guarda forestal estaba enfermo, y fue precisó hablar con Pat Mitchell, el encargado de los servicios de incendios. Era un joven alto, de buen aspecto, que vestía pantalones de montar, casaca y sombrero de ancha ala. Sonriendo a los niños, el joven preguntó:

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Ayudarnos a resolver un misterio —dijo Holly.

Una vez hechas las presentaciones, el señor Hollister contó lo que ocurría. Pat Mitchell frunció el ceño al enterarse de que alguien andaba haciendo disparos de escopeta por el bosque.

—Nadie tiene derecho a ir allí de caza —dijo—. Deben de ser cazadores furtivos. Lo averiguaré en seguida.

—También hay un chico —informó Peté.

Mitchell, que estaba tomando notas, levantó inmediatamente la cabeza del papel.

—Decidme cómo es —pidió.

Pam dio las señas del muchacho, añadiendo:

—Pensamos que sus iniciales son J. B.

Al oír aquello, el guarda se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Jim Blake! ¿Le habéis encontrado?

El guarda, que se había puesto muy nervioso, explicó a los Hollister qué Jim Blake y Roy, su padre, que era leñador, habían desaparecido en el bosque hacía dos meses. En vista de que no regresaban, se dio por seguro que ambos se habían ahogado en el río Remolinos, porque allí había sido encontrada su canoa, rota.

—¡Qué horror! —murmuró, estremecida, la señora Hollister—. Pero posiblemente están vivos, y uno de los hombres que Pete y Pam vieron era el padre de Jim.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —contestó Pat Mitchell —. Debemos informar inmediatamente a la señora Blake sobre esta pista. Vengan conmigo.

Cruzó la puerta y se encaminó a una casita campestre que se encontraba en mitad de la manzana. Cuando el guarda llamó, salió a abrir la señora Blake. Era baja y gruesa, con el cabello negro y ondulado. Su expresión era apesadumbrada. El guarda le contó lo que los Hollister habían averiguado y la señora dio un grito.

—¿Están seguros de que era mi hijo? —preguntó, frotándose nerviosamente las manos.

A lo que Pam repuso:

—¿Su hijo tiene los ojos grises, la nariz recta y el cabello como usted?

—Sí, sí. Mi hijo es así —dijo la mujer—. Y mi marido… ¡Tal vez esté vivo, también! Si encuentran ustedes a mi familia yo seré la mujer más feliz del mundo.

—Nosotros les buscaremos «in siguida» —terció Sue, amablemente.

Después de salir de casa de los Blake, Pat Mitchell dio las gracias a los Hollister por su información.

—Iré al Bosque de los Abetos y seguiré la pista de esos hombres que cazan ilegalmente —prometió.

—Si lo hace usted así, no deje de pasar a vernos —invitó el señor Hollister, estrechando la mano al joven.

—Muchas gracias.

La señora Hollister fue a la tienda de comestibles de Glendale a comprar provisiones. Después de cargar de víveres la parte posterior de la furgoneta, los Hollister marcharon con «Espantapájaros» al campamento.

El señor Hollister condujo lentamente, por miedo a que los hombres misteriosos les gastasen otra jugarreta. Pero nada sucedió. Cuando llegaron cerca de las tiendas los niños saltaron a tierra. Pete y Ricky descargaron las bolsas de comida, mientras sus hermanas corrían a saludar a «Zip». Un momento más tarde, Holly gritaba,

con angustia:

—¡Zip se ha ido!

—¿Le habrán desatado esos malotes? —preguntó Sue.

Pam examinó la cuerda.

—Ha sido cortada —dijo—. O puede que «Zip» la haya desgastado a mordiscos.

—A lo mejor se cansó de esperamos, y tuvo ganas de correr por el bosque —opinó Holly.



Y apoyando dos dedos sobre los labios, la niña silbó, llamando a «Zip». Todos aguardaron con ansiedad unos minutos, pero el fiel perro pastor no se presentó.

—«Probecito» —murmuró Sue, mientras gruesos lagrimones le resbalaban por las mejillas—. A lo mejor le ha atrapado un animal salvaje.

Pam abrazó a la menor de sus hermanas, aconsejándole que no se preocupara. «Zip» sabía cuidarse. Las niñas volvieron a la furgoneta para contar a los demás lo que había ocurrido.

Pete y Ricky se disponían a salir en busca de su perro, cuando de los matorrales cercanos llegó un aullido.

—¡Es «Zip»! —exclamó Pam—. ¡Dios quiera que no le hayan hecho ningún daño!

Un momento después el perro llegaba al claro, sacudiendo furiosamente la cabeza de un lado a otro.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasará? —se lamentó la señora Hollister.

Entonces intervino «Espantapájaros», diciendo:

—Creo que sé lo que ocurre. ¡«Zip», muchacho, ven aquí!

El perro se acercó al anciano y los niños hicieron corro a su alrededor.

—Lo que yo me imaginaba —comentó «Espantapájaros»—. «Zip» ha intentado hacerse amigo de un puercoespín. ¿No veis las púas que tiene en el morro?

El profesor ladeó la cabeza de «Zip» y le extrajo unos pinchos.

—¿Acaso el puercoespín le ha disparado eso? —preguntó Ricky.

—No, hombre —contestó, riendo, el anciano—. Don Puercoespín es un animal tímido y retardado que no dispara sus púas contra nadie, como opinan algunos leñadores.

Pam acarició al perro que ya parecía muy tranquilizado, y preguntó:

—¿Será que «Zip» ha frotado el morro contra el puercoespín?

—Eso es lo que debe haber sucedido —repuso el viejecito, que añadió, sonriendo—: Os aseguro que la próxima vez, «Zip» no sentirá tanta curiosidad por Don Puercoespín.

—Cuéntanos cosas de Don Puercoespín —pidió.

«Espantapájaros» se sentó en el tocón de un árbol.

—Les gusta mucho la sal —dijo—, y con frecuencia merodean por los campamentos de excursionistas, buscando sal. ¿Y sabéis lo que son capaces de comerse?

—Garbanzos salados —dijo en seguida, Sue.

—Eso y cualquier cosa que tiene sal. A veces, se comen hasta mangos de hachas.

—¿De verdad? —se asombró Pam.

Espantapájaros contestó que los mangos de las hachas suelen tener sal, dejada por las palmas húmedas de quienes utilizan la herramienta, y a veces, los puercoespines mordisquean esos mangos. Holly dirigió la vista hacia su hacha, que había quedado clavada en un tocón cercano. Luego corrió a examinarla. En el mango se veían las huellas de unos dientecillos.

—Don Puercoespín quiso comerse nuestra hacha —dijo, palmeando a «Zip»—. Y nuestro perrito quiso ayudarnos y le persiguió.

«Zip» dio muestras de estar contento por el agradecimiento que se le demostraba y emprendió una carrera, meneando la cola.

Aquella tarde el sol, al ir descendiendo por detrás de las copas de los árboles, parecía una bola de fuego. Mientras los hermanos Hollister y «Espantapájaros» lo contemplaban, el padre de los niños comentó:

—Probaré la canoa mañana en el río Remolinos, si hace buen día.

—Los rápidos son peligrosos —advirtió el viejecito—. ¿Tiene usted experiencia?

El señor Hollister contestó que había manejado canoas desde hacía muchos años y pensaba poder desenvolverse bien en el río Remolinos.

—Llevaré conmigo a Pete y Ricky —decidió.

—¡Qué suerte! —exclamó el pecoso.

«Espantapájaros» contempló el sol que ya iba desapareciendo, y dijo:

—Creo que mañana hará un buen día. Los leñadores tienen un viejo refrán que dice:

«Atardecer rojo, mañana grisácea,
que el viajero se ponga en marcha.
Atardecer gris, mañana roja,
Toma el paraguas, que te mojas».

—Ciertamente, este atardecer es rojo —dijo la señora Hollister —. Si mañana amanece gris, tendremos un buen día.

Más tarde, cuando se sentaron alrededor de la hoguera, «Espantapájaros» comentó:

—Hay rápidos peligrosos en tres puntos del río Remolinos. Si su canoa plegable sale airosa de ellos, su invento será un éxito, señor Hollister.

El profesor marcó en un plano el camino que seguía el río, señalando las zonas peligrosas.

—Y aquí hay una canoa de transporte, que pueden ustedes tomar para el regreso. Basta con que sigan las muescas de los árboles que empiezan aquí, en la gran roca —siguió informando,

mientras hacía señales con el lápiz en el mapa.

Pete y Ricky estaban emocionadísimos, pensando en la excursión. El hermano mayor remaría en la proa de la embarcación y Ricky iría en el centro, con las mochilas.

—¡Cómo me gustaría que las chicas también pudiéramos ir! —murmuró Holly con desencanto.

—A mí también —añadió Pam.

Luego, Sue notificó que a ella le habría gustado mucho poder ver los «de prisas». La ocurrencia produjo a todos risa. La pequeñita se refería a los rápidos, explicó Pam.

—Ya encontraremos algo en qué ocuparnos las mujeres —prometió la señora Hollister.

—Claro que sí —concordó «Espantapájaros»—. Yo os enseñaré a preparar «judías al hoyo».

—¿Qué es eso? —se interesó Holly.

—Ya os lo enseñaré mañana —dijo «Espantapájaros», con un guiño—. Es un plato delicioso, y estará preparado para los excursionistas de la canoa, a su regreso.



El anciano insistió en dormir al aire libre, para no privar a los chicos de su tienda. Los Hollister le prepararon una confortable cama junto a la hoguera. Después de haber dado las buenas noches, los niños vieron que «Zip» iba a acurrucarse junto a «Espantapájaros».

A la mañana siguiente, al salir el sol, Pete y Ricky fueron despertados por su padre.

—En pie, muchachos —dijo el señor Hollister, sacudiéndoles para que se despabilasen—. Saldremos lo antes posible.

Las tres niñas dormían aún, pero «Espantapájaros» y la señora Hollister estaban preparando el desayuno. Por la transparente superficie del Lago del Zorro saltaban bandadas de ranas. El cielo estaba gris.

—Si los antiguos profetas del tiempo acertaron, nuestros excursionistas van a tener un espléndido día —comentó la señora Hollister, sonriendo.

Después del desayuno dio un beso a sus hijos y su marido, tras lo cual Pete llevó al agua la canoa y se instaló junto al remo de delante. Ricky se colocó en el centro, con la carga de bocadillos, y su padre fue a instalarse detrás. A los pocos segundos, la canoa había desaparecido en la bruma del lago.

Siguiendo las instrucciones que les diera «Espantapájaros», el señor Hollister se encaminó en línea recta a la zarpa delantera del lago en forma de zorro. Allí era donde el agua salía del lago y corría por el río Remolinos.

Los chicos y el padre llegaron allí en cuestión de una hora. Cuando el fragor del agua corriente llegó a sus oídos, el padre advirtió:

—¡Sujetaos con fuerza, muchachos! ¡Vamos allá!

La canoa avanzó a bandazos por las espumosas aguas, mientras el señor Hollister la conducía expertamente entre las rocas.

De repente, Ricky gritó:

—¡Cuidado, Pete!

Un gran peñasco se levantaba ante ellos. Pete extendió el remo y empujó con él sobre el pedrusco. La canoa pasó a pocos centímetros del peligroso saliente.

—Buen trabajo, Pete —alabó el señor Hollister, mientras seguían el viaje por los rápidos. Luego añadió—: Avisadme cuando veáis el remolino.

—En frente hay uno —contestó Pete.

Tal como le había aconsejado «Espantapájaros», el señor Hollister viró a la derecha del río, haciendo que la canoa se deslizase por el borde de las inquietas aguas. Luego, los excursionistas se encontraron en un trecho tranquilo del río.

—¡Hurra! —gritó, entusiástico, Ricky—. Ya hemos pasado los primeros rápidos.

—¿Cómo está la canoa? —preguntó el padre.

—¡Preciosa, papá! —contestó Ricky, con orgullo—. Todas las juntas siguen intactas.

Aunque las aguas estaban en calma, la corriente era rápida. El señor Hollister no tenía que hacer mucho más que guiar la embarcación corriente abajo. El sol estaba ya muy bajo, por el este, y sus rayos arrancaban reflejos de los remos. El señor Hollister

buscó en el bolsillo el plano que le había hecho «Espantapájaros». Aún no había podido consultarlo cuando llegaron a otro trecho de aguas espumosas.

—Nos aproximaremos allí por la derecha —decidió el señor Hollister—. ¿Listo, Pete?

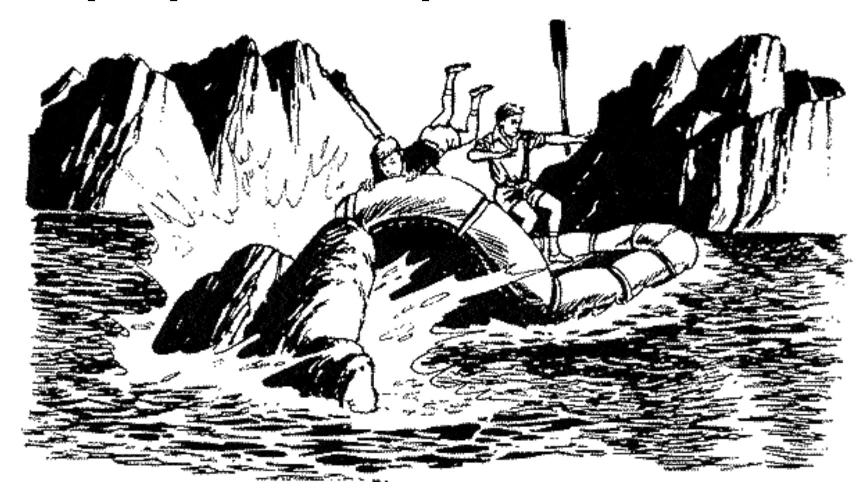
—Listo, capitán.

Pronto las aguas espumosas golpetearon el exterior de la canoa, que se bamboleó al pasar por los nuevos rápidos. De repente, Pete advirtió:

—¡Sujetaos con fuerza!

Ante ellos, atravesando el rápido de un lado a otro, se había tendido un cable, a pocos centímetros por encima del agua. La canoa chocó allí por la proa y giró en redondo.

—¡Seguid bien sujetos! —ordenó el señor Hollister, inclinándose cuanto pudo, para mantener el equilibrio de la embarcación.



Pero ésta resultaba ya incontrolable. Rozó de nuevo el cable y giró hacia un lateral del impetuoso río. Un segundo más tarde se golpeaba contra una roca y se volcaba.

¡El señor Hollister y sus dos hijos se vieron lanzados de cabeza a las veloces aguas del río Remolinos!

EL RESCATE



—¡Tomad la canoa! —gritó el señor Hollister, mientras sus hijos, él y la embarcación se veían lanzados corriente abajo.

Pete alargó una mano entre la blanca espuma del agua y cogió la proa de la embarcación al pasar.

Entre tanto el padre nadaba, buscando a Ricky, que había desaparecido por completo. Un momento después, Pete consiguió verle.

—¡Ricky va corriente abajo! —gritó.

El pequeño había subido a la superficie, pero iba flotando boca abajo y movía los brazos débilmente.

—Está medio inconsciente —observó, con desespero, el señor Hollister, aproximándose al pequeño con poderosas brazadas.

Pero la corriente era tan fuerte que Ricky era arrastrado mucho más de prisa de lo que su padre era capaz de nadar. En ese momento, Pete vio a un chico de cabello negro en la orilla, algo más abajo. El chico se quitó los mocasines, se metió en el agua y nadó hacia Ricky. Antes de que el señor Hollister hubiera llegado allí, el muchacho tomó a Ricky por la espalda y le arrastró a la orilla. Después de calzarse apresuradamente, desapareció en los

bosques.

—Me pregunto si sería J. B. —dijo el señor Hollister, mientras chapoteaba en dirección a la orilla.

Inmediatamente hizo la respiración artificial a su hijo, en tanto Pete arrastraba la canoa y los remos hacia tierra.

—¿Está bien Ricky, papá? —preguntó Pete, preocupado.

El señor Hollister asintió, mientras Ricky dejaba escapar un gruñido y parpadeaba. A los pocos minutos volvía a respirar con normalidad y se sentaba.

—Gracias por salvarme, papá.

—No he sido yo el héroe —contestó el señor Hollister.

—No. Ha sido J. B. —dijo Pete—. Le reconocí mientras corría. ¿Creéis que habrá tenido él algo que ver con ese cable?

—Lo dudo —contestó el padre—. Creo que esos hombre, que merodean por el bosque sin ningún derecho, se esfuerzan en hacer este lugar lo más peligroso posible, con objeto de que nadie acampe aquí.

Todos estuvieron de acuerdo en que Jim Blake era lo más misterioso de todo cuanto ocurría allí. ¿Por qué les había advertido de que debían marcharse y ahora salvó a Ricky? ¿Qué intentaba ocultar? ¿Dónde estaba su padre?



Los Hollister permanecieron sentados al sol, para secarse y dejar secar sus pertenencias. Luego plegaron la canoa, escondieron toda su impedimenta entre unos arbustos y registraron los alrededores,

buscando a Jim Blake. Durante un rato, el padre y los dos chicos siguieron las huellas de pisadas que el muchacho había ido dejando desde el río. Pero una vez en terreno pedregoso, perdieron completamente la pista.

—Creo que hemos puesto verdaderamente a prueba nuestra canoa. Ahora lo mejor será tratar de tomar esa embarcación transportadora y regresar a nuestro campamento lo antes posible, para informar sobre ese cable —opinó el señor Hollister.

—Primero vayamos a examinarlo —propuso Pete.

Él mismo descubrió que el grueso cable estaba sujeto con un perno clavado en una roca.

—Lo cortaría ahora mismo si pudiera —dijo el señor Hollister—. Pero no tenemos herramientas adecuadas.

Los Hollister se cargaron a la espalda la impedimenta. El señor Hollister se encargó de la canoa, plegada ya, y los tres marcharon camino de su campamento.

El mapa que tuviera Ricky en las manos se había caído al agua, pero el señor Hollister recordaba que el camino era paralelo al río. Caminando cautelosamente entre el espeso follaje, los tres fueron atravesando con lentitud el bosque. Todos los árboles eran examinados con cuidado para buscar en ellos posibles muescas, indicadoras de un camino.

—Hemos debido de equivocarnos de camino —dijo Ricky, al cabo de un rato—. Creo que nos hemos perdido.

El señor Hollister miró la brújula que llevaba en el bolsillo. Se dirigían al oeste, en la dirección adecuada.

—Vamos un poco más lejos —insistió Pete.

Después de ajustarse bien la carga de sus espaldas, los tres excursionistas siguieron adelante, acelerando el paso. Pete examinó con atención un gran abeto.

—¡Mirad! He encontrado una muesca desgastada —anunció.

El señor Hollister y Ricky se acercaron corriendo a mirar.

—Es una de las que marcan nuestro camino —dijo el padre—. No cabe duda.

Ricky se adelantó en dirección norte, guiándose con su brújula.

—¡Y aquí hay otra! Seguimos el camino bueno.

Antes de ir más lejos, el padre ordenó que se dejase la carga en

el suelo.

—Un poco de «pasto» no nos irá mal —bromeó.

Pete abrió una lata de ternera en conserva, mientras Ricky sacaba de la envoltura impermeable, una hogaza de pan. Los chicos prepararon bocadillos, mientras su padre servía unos vasos del chocolate caliente que llevaban en un termo.

—¡Haam! Está todo riquísimo —afirmó el tragoncillo de Ricky, saboreando el último bocado de pan.

Muy reconfortados por la comida, los Hollister volvieron a coger su cargamento y reanudaron el camino, siguiendo las viejas muescas. Media hora más tarde, llegaban ante un gran peñasco.

—¡Zambomba! Es tan alto como una casa —observó Pete.

Estaban los tres contemplando aquella enorme masa pétrea, cuando oyeron crujir una rama.

—¿Qué ha sido eso? —cuchicheó Ricky.

—Creo que hay alguien al otro lado de esta roca —contestó el padre.

—¿Los cazadores furtivos? —inquirió Pete.

—Tal vez.

—Entonces, vamos a ver si los capturamos, papá —dijo valerosamente Ricky, apretando los puños—. ¡Después de lo que nos han hecho…!

El señor Hollister aconsejó que se obrara con cautela.

—Primero habrá que observarles y ver qué intentan hacer.

—Yo iré a investigar —se ofreció Pete.

—De acuerdo. Pero ve con mucho sigilo y cuidado —contestó el señor Hollister.

Pete se libró de la mochila y avanzó, silencioso, alrededor del peñasco, caminando de puntillas para no hacer crujir ninguna rama.

Cinco minutos más tarde regresaba con paso tan silencioso como el de un indio durante una misión explorativa.

—¡Papá! No hay más que un hombre. Está revisando una pila de pieles de animales.

—¿Has podido verle bien? —preguntó el padre.

—No. Sólo de espaldas. Lleva una camisa de franela.

El señor Hollister decidió que convenía actuar inmediatamente.

—Pete y Ricky, vosotros os deslizaréis por el lado izquierdo de

la roca. Yo iré en la otra dirección. Nos encontraremos ante ese hombre y le cogeremos por sorpresa.

Dejando las mochilas junto a la roca, el trío se puso en marcha silenciosamente. Al poco, Pete y Ricky estaban cerca del hombre, que seguía inclinado, revisando las pieles. Un momento después el señor Hollister se presentaba por el otro flanco. Irguiéndose, hizo una seña a sus hijos y luego gritó:

—¡Al ataque!



Los tres corrieron y, antes de que el desconocido hubiera podido recobrarse de su sorpresa, los Hollister le tuvieron acorralado. Rodando con él por tierra, el señor Hollister acabó por hacerle una llave, mientras sus hijos le cogían por los pies. De pronto el hombre gritó:

—¡Suélteme, señor Hollister!

El aludido miró a la cara al hombre a quien sujetaba con fuerza.

—¡Vaya resbalón! ¡Si es Pat Mitchell!

Todos se levantaron del suelo y los Hollister pidieron mil perdones. El jefe de bomberos sonrió, comprendiendo, y dijo:

—Creí que estaba siendo atacado por un batallón de indios salvajes. ¿Quién pensaron que era yo?

—Un cazador furtivo —contestó Ricky.

—Pues aquí ha habido uno. Pero he llegado demasiado tarde para detenerle —dijo el guarda, señalando las pieles—. Han matado y despellejado varios ciervos en este lugar. Probablemente los cazadores quieren que les resulte más fácil el transporte de las pieles al mercado, y por eso despellejan aquí los animales. Ahora he descubierto lo que está ocurriendo en este bosque.

—¿Supone usted que Roy Blake puede estar complicado en esto? —preguntó el señor Hollister.

—Eso es lo que más me desorienta —confesó Mitchell—. Siempre había creído que Blake era una buena persona.

—Hemos vuelto a ver a Jim —dijo Pete, que luego explicó cómo el chico había sacado a Ricky de la corriente del río.

—Bien. El misterio se va acentuando —dijo el jefe de bomberos, agachándose a recoger la gorra que perdiera en la lucha.

—¡Escuchen! —gritó Ricky, al oír resonar un disparo en las profundidades del bosque.

—¡Los cazadores furtivos! —exclamó Pat Mitchell, echando a correr entre los árboles.

—Nosotros le ayudaremos —se ofreció Pete.

Mitchell se detuvo y contestó:

—Esto podré hacerlo mejor sólo. Es peligroso, porque esos hombres van armados. No quisiera que nadie resultase herido.

—¡De acuerdo! Ya volveremos —dijo el señor Hollister—. ¡Buena suerte!

Después de recoger sus pertenencias, los tres excursionistas siguieron el mismo camino en la canoa de transporte, hasta su campamento.

—Me gustaría saber qué están haciendo ahora las chicas —dijo Pete.

En ese mismo momento, Pam, Holly y Sue estaban hablando con «Espantapájaros».

—¿Por qué no nos enseña a preparar las judías tal como dijo? —pidió Holly.

—De acuerdo. Pero antes hay que concretar quiénes van a ser las cocineras y quiénes las vigilantes del fuego.

—Yo cuidaré el fuego —se ofreció Holly.

—Y yo te ayudaré —decidió Sue, que había llegado cargada con

una muñeca.

Se decidió que Pam y la señora Hollister preparasen los ingredientes. «Espantapájaros» les dijo que pusiesen a cocer las judías hasta que las pieles se arrugasen. Luego debían cubrir el fondo de una gran sartén con rodajas de cebolla.

—Viertan una parte de las judías hasta llenar la mitad de la sartén —indicó—. Luego coloquen otra capa de rodajas de cebolla y grandes lonchas de tocino salado encima de las cebollas.

Pam preguntó, sonriendo:

—¿Y encima echamos el resto de las judías?

—Eso es. También hay que agregar una taza de melaza —orientó «Espantapájaros», que luego se volvió a Sue y Holly—. Vosotras, ardillitas, haced en el suelo un agujero bastante grande para que quepa la cazuela. Luego buscad ramitas y leña para encender fuego encima de la cazuela.



Sue empezó a buscar leña, mientras Holly iba a buscar una pala, con la que empezó a hacer un agujero a alguna distancia. Cuando fue bastante profundo, «Espantapájaros» encendió las ramitas y pronto un alegre fuego ardía en el hoyo.

—Seguid echando ramitas sobre las llamas, Holly —dijo el anciano, que luego se alejó.

Sue quedó mirando fijamente el fuego. Seguía sosteniendo la muñeca, cuyo vestido arrastraba por el suelo.

De pronto, Pam, que se acercaba en aquel momento, gritó:
—¡Sue! ¡Tu muñeca está ardiendo!

PROBLEMAS



—¡Ay, mi pobre hijita! —gritó Sue, aterrada, viendo el humo que ascendía por la falda de su muñeca.

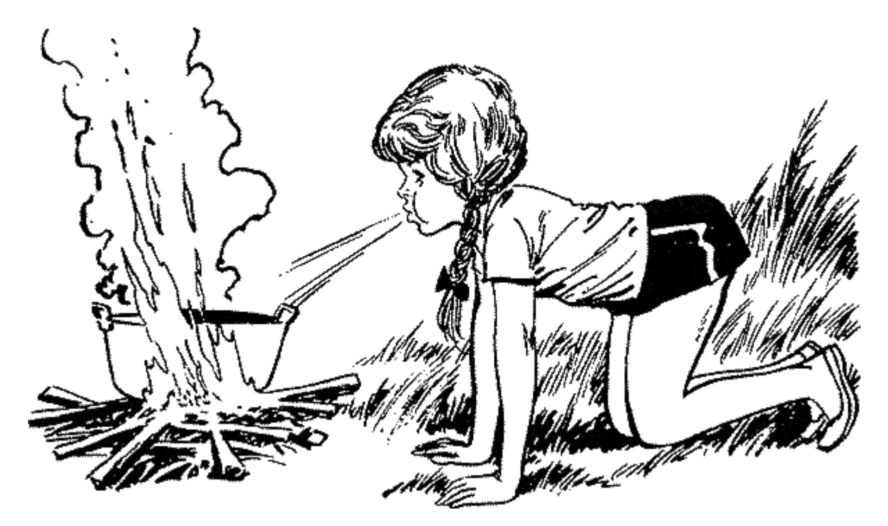
En dos saltos, Pam llegó junto a su hermana. Tomando la muñeca, corrió al borde del agua y la sumergió en ella. ¡Siiiss! El fuego se apagó instantáneamente. El alboroto había hecho acudir a la señora Hollister y a «Espantapájaros».

—Bien hecho, Pam —aplaudió la madre—. Has actuado de prisa.

—Gracias, Pam —dijo Sue, que empezó a examinar a la muñeca y, viendo que el vestido estaba destrozado, murmuró—: Le pondré otro.

Holly, orientada por «Espantapájaros», fue apilando leña sobre el fuego. Las ramitas encendidas, al convertirse en ascuas, iban cayendo al fondo del hoyo.

—¡Magnífico! Eso es precisamente lo que necesitamos —dijo el anciano.



Cuando las judías estuvieron preparadas en la cazuela, el hoyo se encontraba lleno de ascuas. «Espantapájaros» cogió la cazuela, se cercioró de que la tapadera quedaba herméticamente cerrada y, con cuidado, la metió en el agujero.

—Ahora hay que cubrirlo todo con la tierra que Holly ha sacado antes —dijo Espantapájaros.

Holly tomó la pala y empezó a echar la tierra sobre la cazuela de las judías.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la niña, luego.

—Ya está todo hecho —sonrió «Espantapájaros»—. Ahora dejaremos que se vayan cociendo lentamente todo el día, y esta noche, cuando vengan los muchachos y vuestro padre, tendremos un banquete regio.

El sol estaba muy alto y hacía calor.

—Una temperatura ideal para nadar —dijo la señora Hollister—. Vamos a darnos todos un remojón.

Las tres niñas fueron a la tienda a ponerse los trajes de baño. Poco después la señora Hollister se reunió con ellas.

—Una, dos y tres. ¡Va! —gritó Holly, que fue la primera en echarse al agua.

Todos los Hollister eran excelentes nadadores, a excepción de Sue. La pequeñita, cada vez que se metía en el agua, se ponía un chaleco salvavidas color naranja.

«Espantapájaros», sentado en una silla plegable, cerca del lago,

estuvo contemplando a la señora Hollister y las tres niñas bracear en el agua. Al poco rato, Holly salió para ir a buscar a su tienda una gran pelota de plástico azul. La arrojó con fuerza al agua y Pam corrió a buscarla.

—Juguemos un partido de pelota —propuso Holly.

Las niñas empezaron a pasarse la pelota de una a otra. Cada pérdida significaba un punto en contra de la perdedora. El juego resultaba tan entretenido que ninguna se dio cuenta de que «Espantapájaros» se levantaba sigilosamente de la silla, cogía el hacha de Pete y desaparecía en el bosque.

—Mirad esto —gritó Holly, danzando la pelota con fuerza.

¡Plof! La pelota fue a parar a la cabeza de Sue, rebotando y llegando a la orilla. Entonces fue cuando los Hollister se apercibieron de la desaparición de «Espantapájaros».

—¿Adónde ha ido? —preguntó Pam, saliendo del agua.

—Señor «Espantapájaros». ¡Señor «Espantapájaros»! ¿Dónde estás? —llamó Sue a grititos.

El profesor no aparecía, pero las niñas pudieron oír que alguien estaba cortando leña. Poco después se presentaba el anciano, llevando un delgado tronco, de unos dos metros de largo, bajo cada brazo.

—¿Va usted a construir una casa de troncos? —preguntó Holly.

El profesor sonrió.

—No. Algo que os gustará más. Esperad aquí, que voy a traer el resto de la madera.

«Espantapájaros» hizo varios viajes al bosque, para traer otros seis troncos y un puñado de zarzas. A Pam le chispearon los ojos al decir:

—¿Va usted a construir una balsa, «Espantapájaros»?

—Eso es. Y vosotras y vuestra madre me ayudaréis.

El anciano enseñó a las niñas a unir los troncos entre sí y en media hora tuvieron preparada la plataforma flotante.

—¡Estupendo! —exclamó Pam, con deleite.

—¿Podemos subir en ella? —preguntó Holly, palmoteando.

Con un chapoteo la balsa fue echada al agua. Pam y Holly la empujaron con una mano, mientras usaban la otra como remo y movían rítmicamente los pies. Por fin, las dos subieron a la balsa.

—¡Muchísimas gracias, señor Lehigh! —dijo la madre de las niñas—. Les ha proporcionado usted un juego extraordinario.

—Yo «tamién» quiero subir —dijo Sue, chapoteando y sacudiendo las manos, en un esfuerzo por alcanzar a sus hermanas.

La señora Hollister llevó a la pequeña hasta el borde de la balsa y Pam le dio la mano para que subiera. La pequeñita se puso en pie, y colocó la mano sobre los ojos, a modo de visera, para mirar al otro lado del lago.

—¡Yo soy un pirata «piligroso»! —declaró, haciendo reír a sus hermanas.

—Me gustaría que Pete y Ricky pudieran vemos —dijo Holly, sacando un pie hasta el agua, por un lateral de la balsa—. Ellos… ¡Ayyy! ¡Me ha mordido un cangrejo!

Holly levantó el pie y detrás del pie apareció Pam que había nadado por debajo de la balsa y se le ocurrió hacer cosquillas en el pie a su hermana.

—¡Qué mala eres! —dijo, riendo, Holly.

Sue estaba muy contenta de poder ir sentada en el centro de la balsa y contemplar cuanto la rodeaba. De repente, mientras ella observaba, un extraño ser asomó la cabeza por encima del agua.

—¡Mamita! ¿Qué es eso? —gritó Sue, poniéndose en pie. La cabeza desapareció, pero volvió a presentarse a los pocos minutos. Sue, inquieta, preguntó—: ¿Nos hará daño?

—No —contestó, risueña, la señora Hollister—. Es una nutria. Veamos a dónde va.

El animal, sorprendido por el chapoteo de las Hollister, nadó hacia la orilla. Luego, valiéndose de sus patitas, palmeadas y en forma de garra, la nutria fue a instalarse en un montículo de arena, junto al agua.

Las Hollister, fascinadas, observaron cómo otras dos nutrias salían a la superficie. Éstas se reunieron con la primera en el montículo de arena. Luego, ante el entusiasmo de las niñas, los tres animalillos volvieron al agua.

—Están haciendo un juego —afirmó Sue, con emoción.

—Yo quiero verlas mejor —declaró Holly, bajando de la balsa y nadando hacia la orilla.

Entre tanto, Pam y su madre empujaron la balsa hasta que tocó

la orilla, a poca distancia del terreno de juegos de las nutrias. Madre e hija salieron a tierra, pero Sue prefirió quedarse a verlo todo desde la balsa.

Holly había ido a hablar a «Espantapájaros» de las nutrias, y el anciano acudió a verlas.

—No os acerquéis demasiado o las obligaréis a ocultarse en su casa, bajo el agua.

Todos se acercaron de puntillas para poder observar mejor a los graciosos animales.

—Las nutrias son seres muy curiosos —dijo «Espantapájaros», que se echó a reír cuando Pam dijo que parecían dragones marinos —. Sí. Y les gusta mucho patinar —añadió el profesor, explicando que se deslizaban sobre la nieve en invierno y sobre el fango, en verano.

—¡Mirad! —exclamó Holly—. ¿Verdad que son guapísimas?



En aquel momento, una de las nutrias se colocó en lo alto del montículo de fango, esperando su turno para deslizarse por el lateral. Su compañera que estaba detrás, la empujó y, al hacerlo, cayó al suelo. Las dos se enzarzaron en una afectuosa pelea,

mientras chapoteaban en el agua.

—También a los animales niños del bosque les gusta jugar —dijo riendo Holly.

La madre estuvo de acuerdo con Holly y después de asentir con la cabeza, se volvió a mirar a Sue. La pequeña se había tumbado en la balsa y sacando los brazos por el borde, remaba con las manos, apartándose de la orilla.

—¡Vuelve, Sue! —llamó la madre.

En ese momento, una grande y negra nube oscureció el sol y empezó a soplar una brisa bastante fuerte, que empujó la balsa a su capricho.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentó la señora Hollister.

Inmediatamente se zambulló en el agua y nadó con toda la rapidez que pudo hacia la balsa, fugitiva ahora. Pam y Holly la siguieron.

Sue no se daba cuenta de lo que ocurría. En aquel momento se puso de pie, mirando más allá del agua. Con eso su cuerpo hizo las veces de una vela, y la balsa avanzó aún más rápidamente lago adentro. La superficie del lago empezó a rizarse y surgieron penachitos de espuma. La señora Hollister ordenó, a gritos:

—¡Sue, túmbate boca abajo en la balsa! ¡Y no te muevas!

Pero el viento era demasiado fuerte y no permitía que su voz llegase hasta la pequeña. Holly y Pam miraron, asustadas, a su madre.

—¡Nosotras la salvaremos! —resolvió Holly, avanzando por el agua con las trencitas chorreando.

La señora Hollister se detuvo el tiempo preciso para dar instrucciones a sus hijas:

—Vosotras volved en seguida a la orilla y ved si ya ha regresado papá. Yo sigo a buscar a Sue.

A regañadientes regresaron Pam y Holly, mientras la madre braceaba con determinación hacia la pequeña. Sue, sin preocuparse por nada, estaba pensativa, ideando un juego. Y empezó a dar saltitos en la balsa, mientras palmoteaba, diciendo:

—¡A que no me atrapas, mamita!

La señora Hollister empezó a sentirse cansada. Asustada, se dio cuenta de que tenía que llegar junto a su hijita en pocos momentos

o no podría salvarla. Ganando nuevas energías, acentuó la velocidad de nado a través de las aguas espumosas.

Por fin, con un nuevo esfuerzo, tendió el brazo y su mano derecha alcanzó la balsa. Cuando hubo recobrado el aliento, la señora Hollister subió a la balsa, junto a su hija. La orilla del lago parecía muy lejana.

«¿Cómo volveré, Dios mío?», pensó, con angustia.

Sue, entre risillas, exclamó:

—Me has atrapado, mamá. Me has cogido.

—Ha sido una suerte —repuso la madre, todavía jadeando—. Por favor, que no vuelva a ocurrírsete alejarte en la balsa.

Viendo lo preocupada que estaba su madre, Sue prometió no volver a hacerlo nunca.

—¿Podremos volver, mamita?

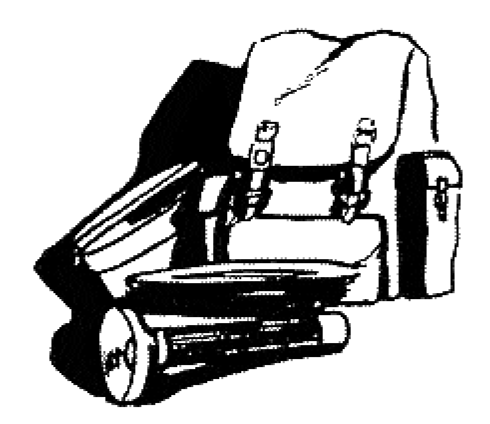
—Lo intentaremos.

La señora Hollister bajó al agua y, situándose a sotavento, se cogió a la balsa y nadó furiosamente con los pies. Pero no fue capaz de avanzar frente al fuerte viento.

Volviendo a subir a la balsa, dirigió la vista a la orilla y pudo distinguir, borrosamente, a Pam y Holly que sacudían pañuelos blancos.

Atisbando, la señora Hollister advirtió que las niñas señalaban al sur, hacia el fondo del lago. Miró en aquella dirección. ¿Señalarían a aquella canoa…? ¿Y quién la conducía?

¿AMIGO O ENEMIGO?



La espera estuvo llena de tensión, mientras se iba aproximando la canoa. Al fin, la señora Hollister dijo con alivio:

—Vienen papá y los chicos.

Ella y Sue movieron los brazos para llamar la atención de los remeros.

—¡Nos han visto! —exclamó la señora Hollister, cuando la canoa viró hacia ellos.

La embarcación se acercó rápidamente, saltando sobre las aguas espumosas. Cuando creyó que podían oírle, el señor Hollister gritó:

—¡Sujetaos con fuerza! ¡Nosotros os recogeremos ahora!

Mientras la canoa pasaba junto a la balsa, Ricky tendió los brazos para sujetarla.

—¿Estáis bien? —preguntó el señor Hollister, que ya estaba ayudando a su esposa y su hija a pasar a la canoa.

Las dos aseguraron que estaban perfectamente. Los chicos observaron con admiración la balsa y no quisieron dejarla, de modo que la ataron a la popa de la canoa. Luego, los remeros reanudaron la marcha hacia el campamento. Sue, que se había sentado delante de su padre, dijo:

—Nos hemos divertido un montón hoy. ¿Vosotros también?

—Todo ha sido muy emocionante —le dijo su padre, que luego contó las aventuras que habían tenido.

—No cabe duda de que J. B. es un chico valiente —declaró Ricky—. Me gustaría encontrarle y llevarle con su madre.

—Lo procuraremos —replicó el padre.

Cuando llegaron al borde del lago, Pam, Holly y «Espantapájaros» les ayudaron a desembarcar. El viento les azotaba la cara y el señor Hollister comentó:

—¡Da buenas bofetadas!

—Es posible que tengamos una fuerte tormenta esta noche —dijo «Espantapájaros».

—Entonces, convendrá que cenemos pronto —opinó la señora Hollister.

Y su hija mayor anunció:

—Hemos hecho judías al hoyo. ¿Estarán preparadas ya, «Espantapájaros»?

El profesor dijo que sí y Holly fue a buscar su pala. Con cuidado, la niña fue levantando la tierra de encima. Con la ayuda de unas tenazas, «Espantapájaros» sacó de las brasas la cazuela ardiendo. Cuando el anciano levantó la tapa, a todo el mundo se le hizo la boca agua, al aspirar el rico olorcillo de las judías con tocino.

—¡Vaya festín, chicos! —exclamó Pete.

Se llenaron del delicioso guiso los platos que Pam fue entregando a cada comensal. Al poco se acercó «Zip» que empezó a restregar su cabeza contra Holly. Ella le puso un trozo de carne en un plato de papel. Allí agregó unas cuantas galletas para perro y echó un poco de caldo. «Zip» acabó su comida antes de que los Hollister hubieran tenido tiempo de tomar la mitad de la suya.

Al acabar de cenar, «Espantapájaros» dijo:

—Ahora debo volver a mi choza. Gracias por todo lo que han hecho por mí. Son ustedes unas buenas personas.

—¡No puede marcharse ahora! —protestó la señora Hollister—. Todavía cojea usted un poco y la tormenta puede empeorar antes de que usted haya llegado a su refugio.

El anciano movió una mano curtida por la vida al aire libre.

—No se preocupen por mí —dijo—. Estoy acostumbrado a vivir

en los bosques. Además, ya he sido su huésped durante bastante tiempo. Ahora debo irme.

En vista de que no podían persuadirle para que se quedase, el señor Hollister entregó al anciano un puñado de discos para que señalase su camino.

—Llléveselos por si le hicieran falta —dijo.

El profesor cogió los discos y se los metió en el bolsillo de los pantalones.

—Adiós y gracias de nuevo.

A los Hollister les dio pena ver marchar al anciano. Les preocupaba ver marchar al hombre, cojeando, con los bigotes sacudidos por el fuerte viento.

—¡Dios quiera que llegue bien! —murmuró, compasiva, Pam, cuando el viejecito desapareció de la vista.

Antes de acostarse, Pete y su padre se encargaron de plegar la canoa y colocarla con otros objetos de su equipo, bajo un árbol. Cuando todos se hubieron retirado a descansar, el viento soplaba cada vez con más fuerza.

Los Hollister se durmieron, preocupados por «Espantapájaros» y Ricky soñó que el viejecito se encontraba arrastrado por los rápidos. El ruido de las aguas embravecidas había alcanzado una altura ensordecedora cuando el pequeño se despertó de improviso. Los ruidos que oyera en su sueño eran los de la tormenta, que ahora era fortísima.



También Pete se había despertado y encendió la linterna. Las paredes de su tienda se bamboleaban, primero hacia un lado, luego hacia otro.

—¡Pete! Va a llevarnos volando —gritó el pecoso, asustado.

—Creo que se están soltando las estacas del suelo —dijo Pete—. Habrá que hundirlas más en la tierra.

Poniéndose a toda prisa las gabardinas, los dos chicos cogieron sus machetes y salieron. Ante la tienda de sus padres vieron la luz de una linterna.

—Papá, ¿eres tú? —preguntó Ricky.

—Sí. Las estacas se están aflojando.

—Las de nuestra tienda también —repuso Pete, y ambos hermanos empezaron a golpetear con fuerza para adentrar las espigas en el suelo. Luego fueron a hacer lo mismo a la tienda de

sus hermanas.

De repente, un ramalazo de luz iluminó el bosque como si fuera pleno día. A aquello siguió el estallido del trueno. Casi instantáneamente empezó a llover a torrentes.

—¡Canastos! ¡Qué cerca ha sonado! —observó Ricky.

Los tres Hollister volvieron a sus tiendas.

La lluvia golpeteaba con mil dedos la lona impermeable de las tiendas, soplaba el viento y los dos chicos se durmieron arrullados por los ruidos de la tormenta.

Algo más tarde cesó la lluvia y cuando la familia despertó, a la mañana siguiente, asomaba el sol entre las montañas. «Zip» sacó el morro desde la tienda de las niñas y finalmente salió a entretenerse buscando ranas, mientras los Hollister preparaban el desayuno.

—Confío en que el señor Lehigh habrá llegado a su refugio sin percances —comentó la señora Hollister, mientras servía un huevo en el plato de aluminio de Holly.

—Y yo también —concordó Pam—. «Espantapájaros» es un señor muy amable.

Estaba la familia acabando su desayuno de huevos con tocino entreverado cuando «Zip» empezó a ladrar sonoramente. Pam se echó a reír y dijo:

—Debe haber encontrado algún sapo colorado.

Pero Ricky repuso:

—No es eso. Es que ha llegado alguien a nuestro campamento.

Todos se volvieron a mirar al hombre uniformado, que se aproximaba a través de los árboles. Llevaba pantalones y guerrera gris, con mangas que resultaban demasiado largas para sus brazos cortos. El desconocido no llevaba sombrero y, cuando estuvo cerca, Pam pudo ver que tenía las cejas muy espesas y la boca de labios muy finos.

—Soy Henry Sharp, uno de los guardabosques —dijo, presentándose.

—Nosotros somos la familia Hollister —contestó el padre de los niños—. Mi nombre es John.

—Sí. Ya lo sé —dijo el señor Sharp—. Y por eso estoy aquí.

La señora Hollister se inquietó.

—¿Ocurre algo? —quiso saber.

—Sí. Algo ocurre —dijo, rezongón, el guardabosques—. Esta mañana temprano he encontrado un aviso diciendo que ustedes, los Hollister, maltratan a los animales del bosque.

—¡Eso no es verdad! —protestó Pam.

El guardabosques miró a la niña de reojo y masculló:

—Entonces, ¿qué hacéis, andando entre los animales?

Fue la señora Hollister quien respondió, explicando cómo habían salvado a un cervatillo herido.

—Luego se lo devolvimos a su madre y mis niños le trataron con todo cariño.

—Un momento —terció el señor Hollister—. ¿Quién es la persona que ha dado esa queja sobre nosotros?

El guardabosques se entretuvo manoseando los puños de sus larguísimas mangas antes de decir:

—El mensaje lo firmaba «Espantapájaros». Él merodea continuamente por los bosques y sabe todo lo que ocurre.

—¡«Espantapájaros»! —se dijeron los niños, al unísono.

—Él es nuestro amigo —declaró Pete, desafiante—. Él no ha podido dar quejas de nosotros.

El señor Hollister se aproximó al hombre y dijo:

—No es que dudemos de su palabra, pero ¿puedo ver su documentación?

El hombre sacó del bolsillo una cartera y de la cartera una tarjeta que decía que Harry Sharp era guardabosques. Entonces, con una sonrisa que más bien era una mueca, dijo:

—Lamentándolo, tengo que ordenarles que salgan de estos bosques.

—No puede usted ordenar eso —dijo, con firmeza, el señor Hollister—. Somos invitados del señor Tucker, el propietario de este vedado.

—Eso nada tiene que ver.

—¿Y si podemos demostrar que nosotros no hemos hecho nada malo? —dijo Pam—. Estoy segura de que «Espantapájaros» no ha escrito ese mensaje.

El señor Sharp se encogió de hombros.

—Bien. Si lo prueban, quizá les permita quedarse.

—Por cierto —dijo el señor Hollister—. Ayer alguien nos hizo

pasar un mal rato en los rápidos. ¿Sabe usted que han tendido un cable, atravesando el río Remolinos?

El guardabosques pareció sorprendido y, cuando el señor Hollister le dijo dónde se encontraba el cable, el señor Sharp prometió ocuparse de arreglar el problema.

—Volveré mañana a buscar contestación —dijo—. Confío en que encuentren ustedes a «Espantapájaros» para que apoye lo que ustedes dicen.

Sin más, el hombre dio media vuelta y se alejó por los bosques.



Sue se echó a llorar, diciendo:

—¡Yo que «criía» que el señor «Espantapájaros» era tan buenísimo!

—Yo sigo creyendo que lo es —dijo el señor Hollister—, y él no ha dado ninguna queja de nosotros. Puede que otra persona haya usado su nombre, al firmar el mensaje.

Toda la familia fue de la misma opinión, y Pete tuvo una idea

luminosa que comunicó a los demás:

—Puede incluso que esa historia de la nota no sea verdad.

La señora Hollister advirtió que no se debía acusar ni pensar mal de nadie sin tener pruebas de culpabilidad, y decidió lo siguiente:



—Lo que hay que hacer es ir ahora mismo a pedir una explicación a «Espantapájaros».

Pam ayudó a su madre a preparar bocadillos para la comida y muy pronto toda la familia estuvo preparada para emprender la marcha. «Zip» había desaparecido por el bosque y aunque toda la familia estuvo llamándole y silbando, el perro no se presentó. A Pete le pareció oír un ladrido apagado.

—Yo iré a buscar a «Zip» —decidió—. Adelantaos, os alcanzaré luego.

Pero los demás niños también querían buscar al fiel perro y la señora Hollister acabó dando permiso para que todos los hermanos, menos Sue, acompañasen a Pete.

—No os vayáis muy lejos —aconsejó—. Os esperamos aquí.

Ricky y Pete siguieron silbando, para llamar la atención de su perro. Pronto oyeron ladridos que parecían pertenecer a «Zip», pero al repetir las llamadas no volvieron a oír los ladridos.

—Algo malo ocurre, Pete —declaró, muy preocupada, Pam—. Estoy segura de que «Zip» nos está oyendo.

Siguiendo la dirección de los ladridos que antes oyeran, los niños fueron internándose en el bosque.

—Debemos ir clavando discos de señal —advirtió Pam.

—¡No hay tiempo para eso! —contestó Holly con impaciencia—. «Zip» puede estar en peligro.

Ella y Ricky se adelantaron, corriendo.

—¡Volved! No os separéis demasiado de nosotros —aconsejó Pam.

Un momento después, ella y Pete habían alcanzado a los pequeños.

—¡Escuchad! —dijo Holly—. Los ladridos de «Zip» suenan más fuertes.

Corriendo a través del espeso bosque, Pete descubrió de pronto una extraña marca en un árbol.

—¡Una muesca nueva! —dijo Pam—. Alguien ha estado muy cerca de nuestro campamento y…

De repente, dos hombres de aspecto rudo salieron corriendo por detrás de un gran abeto, seguidos de «Zip», que les ladraba desesperadamente.

UN CUCHILLO REVELADOR



Asombrados por la aparición de los dos hombres, los hermanos Hollister se detuvieron, con los ojos abiertos de par en par. El más alto de los dos hombres fue el primero en hablar, para ordenar:

—Si este perro es vuestro, lleváoslo.

Pam llamó al animal que fue a colocarse junto a su dueña, con las orejas gachas. Pete preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Agrimensores —dijo el más bajo—. A ver si tenéis a vuestro chucho atado. No queremos verle por aquí.

Entonces habló el otro hombre.

—Estos bosques son peligrosos para los niños. Os aconsejo que salgáis de aquí.

De pronto, los ojos de Pete se desorbitaron por la sorpresa, al fijarse en el hombre alto. Sin embargo, el muchacho no dijo nada.

—Está bien —contestó, cortésmente Pam—. Les diremos a nuestros padres lo que ustedes dicen. Pero ¿qué peligros son ésos?

—Si no os marcháis, muy pronto vais a averiguarlo —replicó el más bajo.

Y sin más, los dos hombres se alejaron. «Zip» quiso salir en su

persecución, pero Pam le obligó a estarse quieto, sujetándole por el collar.

Cuando los dos hombres hubieron desaparecido, Pete cogió por el brazo a su hermana mayor, diciendo:

—¿Has visto lo que el hombre alto llevaba sujeto al cinturón?

—No. ¿Qué era?

—¡Un contador Geiger! De la misma clase que los que robaron en nuestra tienda.

—¿Quieres decir que es uno de los ladrones? —balbució Pam.

—Creo que lo mejor será comprobarlo. Vamos a decírselo en seguida a papá y mamá.

Los cuatro niños retrocedieron por donde habían llegado, hasta el lugar en que les esperaban sus padres. El señor Hollister, al verles llegar, se puso en camino a paso ligero.

—Esperadnos —pidió Pete a voces—. Tenemos que deciros una cosa.

Trepando colina arriba, los cuatro alcanzaron a sus padres y les contaron lo ocurrido.

—Esto puede ser muy serio —afirmó el padre, frunciendo el ceño—. Esos hombres buscan uranio en propiedad privada, sin permiso del señor Tucker.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró la señora Hollister—. Puede que sean los cazadores furtivos que Pat Mitchell está buscando. Debemos informarle.

—Y también preguntaremos al señor Mitchell si conoce al guardabosques Sharp —apuntó Pete.

—Pero primero debemos ver si «Espantapájaros» está bien —dijo la señora Hollister.

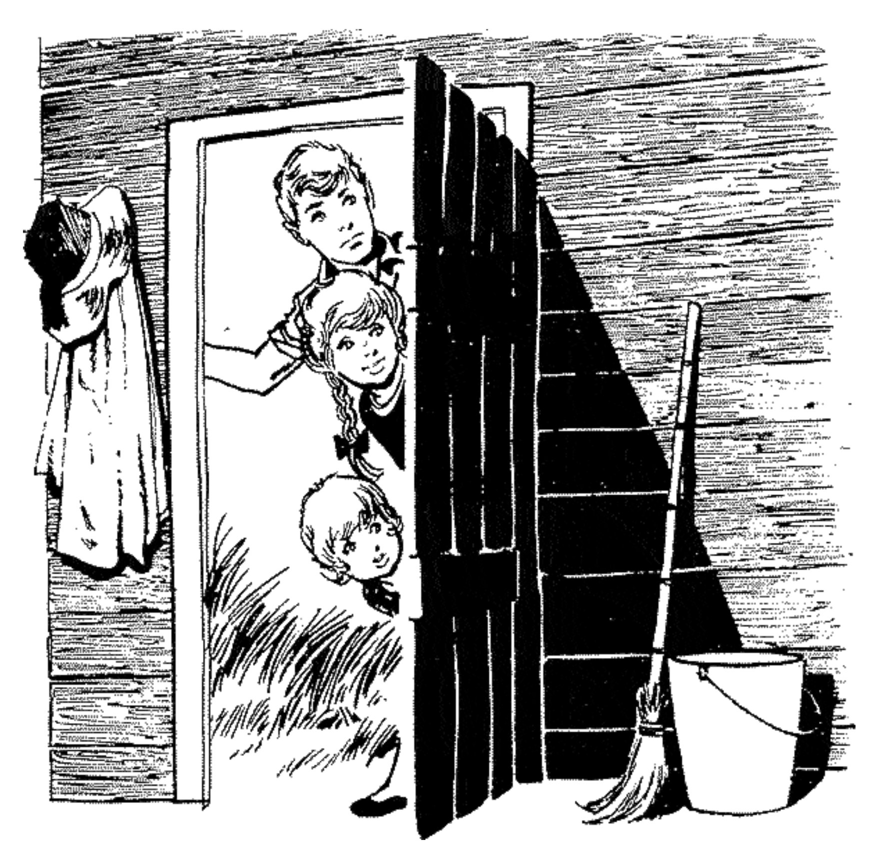
—Sí. Eso debemos hacer —concordó el marido.

Corrieron camino adelante y pronto pudieron distinguir el viejo aserradero. Pete y Pam se adelantaron. Cuando llegaron ante la vieja y desvencijada casucha, Pam se detuvo en seco.

—¡Mira, Pete! —dijo, señalando al suelo.

Las altas hierbas estaban pisoteadas y varias matas aparecían partidas. Pete corrió a la puerta.

—¡«Espantapájaros»! ¿Dónde está usted, «Espantapájaros»?



¡La casa estaba vacía!

Los Hollister buscaron por todas partes, sin encontrar la menor huella del profesor. Pam dijo:

—Yo creo que le han secuestrado.

Los signos de violencia que se veían ante la casita indujeron a los padres a pensar que la niña podía tener razón.

—Puede que esos dos agrimensores hayan estado aquí —se le ocurrió pensar a Pete.

—Informaré de esto inmediatamente a la policía —replicó el padre.

—Y pregunta qué saben de Sharp, el guardabosques —aconsejó Pam.

Ricky, con la ayuda de «Zip», había encontrado tres pares de pisadas y los Hollister siguieron aquella pista, que desgraciadamente llegaba a la orilla del lago y allí desaparecía.

Pam, preocupada, dijo:

—El pobre «Espantapájaros» seguramente ha sido transportado en una canoa.

Ella y su familia atisbaron la lejanía del lago, por si se veía alguna embarcación. Pero todo lo que pudieron ver fue una garza azul en la superficie de las tranquilas aguas.

—Podemos comer y en seguida regresaremos al campamento —propuso el señor Hollister.

Sacaron los bocadillos y después de haberlos comido los Hollister emprendieron el regreso. Aunque observaban a todas partes, según caminaban, ninguno de ellos vio nada sospechoso. Sin embargo, a cosa de un kilómetro antes del campamento, un penetrante silbido llamó su atención.

—Parece un pájaro cardenal —opinó la señora Hollister.

Pete escuchó atentamente y movió la cabeza de uno a otro lado.

—Yo creo que es una persona quien silba, mamá. Y no está lejos.

—Vamos a investigar —propuso el aventurero Ricky.

—Muy bien —accedió su padre—, pero en compañía de «Zip».

Los dos muchachitos y el perro tomaron la dirección de donde llegaban los silbidos. Parecían salir de un bosquecillo de abedules que crecían en una hondonada. Al llegar allí, buscaron por todas partes. Habían dejado de sonar los silbidos.

—Creo que el señor Pájaro ha volado —bromeó el pecoso.



«Zip» husmeó la hierba, sin conseguir otra cosa más que asustar a un guaco, que huyó aterrado. El perro corrió en persecución del ave, seguido por Ricky. Pete quedó quieto. Un momento después volvía a oírse el silbido, esta vez saliendo por detrás de un tronco de roble, caído en el suelo. Cuando Pete se aproximó, de detrás del tronco salió un chico de cabello negro.

—¡J. B.! —exclamó Pete.

—No alborotes tanto —pidió el otro, hablando en roncos susurros—. ¡Pueden oírnos!

—¿Quiénes pueden oírnos?

—No puedo decírtelo. —J. B. miró a todas partes furtivamente —. Pero están siguiendo todos los movimientos que hacéis en el bosque.

Pete avanzó un paso e hizo señas al otro chico para que se acercase.

—Por favor, dinos qué es todo esto. Si tienes problemas, nosotros podremos ayudarte. Confía en mí.

J. B. miró al suelo y movió negativamente la cabeza.

—No podéis ayudarme —dijo, con angustia—. Gracias, de todos modos.

—¿Tú eres Jim Blake? Si lo eres, tengo que decirte que tu madre está muy preocupada. ¿Y dónde está tu padre?

Sorprendido, el chico levantó la cabeza.

—He prometido no… Marchaos del Bosque de los Abetos —suplicó—. Pero, si os encontráis en dificultades, encontraréis una señal a doscientos pasos al oeste de vuestro campamento.

Pete quedó un momento muy sorprendido, sin saber qué hacer. Luego, apresuradamente, propuso:

—Si le dices a mi padre lo que te ocurre, estoy seguro de que él podrá ayudarte —insistió—. Ahora ven conmigo.

—No puedo. ¡No debo ir!

De repente a Pete se le ocurrió un plan arriesgado. Si pudiera coger al chico, retenerle, y llamar a los otros Hollister… Si aquel muchacho era Jim Blake, el deber de Pete era llevarle a su casa, con su madre. ¡Debía hacerlo a toda costa! Saltando por encima del tronco, Pete se abalanzó sobre J. B., arrastrándole al suelo, al tiempo que gritaba:

—¡Papá! ¡Ya lo tengo! ¡Ayudadme!

—¡Suéltame! —vociferó J. B., rodando por tierra.

El misterioso chico era bastante más fuerte que Pete y logró soltarse de los brazos de éste. Mientras se ponía en pie con dificultad, J. B. pudo oír que los otros Hollister atravesaban el bosque, en dirección a él. Desesperado, oprimió con ambas manos el cuello de Pete. Luego, con un fuerte empujón, le envió al otro lado del tronco.

—¡Pete! ¿Dónde estás? —preguntó a voces el señor Hollister, que corría delante de todos.

—¡Estoy aquí! —repuso Pete—. ¡Ven de prisa!

J. B. dio media vuelta, mostrándose muy asustado, y echó a correr.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el señor Hollister, al llegar junto a su hijo, que se estaba levantando del suelo.

En ese mismo momento, Ricky y «Zip» volvían de una inútil persecución del ave.

—¡Casi tenía a J. B.! —murmuró Pete, con desencanto—. Pero se ha ido.

Cuando Pete hubo contado todo lo ocurrido, Pam comentó:

—Alguien debe haber amenazado al pobre Jim Blake. Si es Jim Blake…

Sue se inclinó a recoger una navajita.

—¿Es tuya, Pete? —preguntó.

—No. Apuesto a que le ha caído a J. B.

Todos los demás rodearon al hermano mayor, que examinó con interés la navaja. Al mover el muelle que hacía salir la delgada hoja de acero, Pete vio algo que le hizo exclamar:

—¡Mirad esto! Aquí dice: «A J. B. de papá».

—Ahora podremos averiguar si este muchacho es, realmente, Jim Blake. Llevaremos la navaja al pueblo y se la mostraremos a la señora Blake —decidió el señor Hollister.

—¡Eso es! Vamos en seguida —apremió Ricky.

Pete corrió al lado de su hermano y juntos se encaminaron, a toda prisa, a su campamento. De repente, los dos muchachitos se detuvieron en seco.

—¡Canastos! ¡Mira qué ha pasado! —gritó Ricky—. ¡No están

nuestras tiendas! ¡Papá, mamá! Venid de prisa.

«Zip» se adelantó, ladrando furiosamente y olfateando el suelo. Llegó el señor Hollister y él y sus hijos penetraron a la carrera en el claro, seguidos por el resto de la familia.

—¡Han saqueado nuestro campamento! —exclamó, alarmado, el señor Hollister.

No sólo faltaban las tiendas, sino también las provisiones, que los Hollister habían colocado ordenadamente bajo una lona, entre unos abetos. Lo único que quedaba era los trajes de baño de toda la familia, tendidos en una cuerda colocada entre dos árboles.

—¡Papá, también han robado la canoa! —gimoteó Holly.

La señora Hollister miró al otro extremo del claro, al lugar en que dejaran la furgoneta.

—¡Gracias a Dios que todavía sigue ahí nuestro coche! —dijo.

La expresión del señor Hollister era muy grave, cuando afirmó:

—Vamos todos a dentro, que hay que denunciar lo ocurrido.

Mientras corrían hacia la furgoneta, toda la familia volvió a prorrumpir en exclamaciones de desaliento.

¡Habían desaparecido los cuatro neumáticos de la furgoneta! ¡Faltaba, incluso, el de la rueda de repuesto!

UN ATAJO PELIGROSO



—¡Qué gente tan «ladronísima»! —exclamó Holly, encendida—. ¿Qué vamos a hacer?

Ricky miró con angustia a su padre y preguntó:

—¿No podríamos viajar sin los neumáticos, papá?

El señor Hollister consideraba que los caminos estaban demasiado llenos de surcos y desniveles para probar tal cosa.

—Si tuviéramos un coche antiguo, podríamos intentarlo. Pero nuestros vehículos modernos tienen la carrocería demasiado cerca del suelo.

—Hay un largo camino hasta Glendale —murmuró Pete, muy hosco—. Lo menos tardaremos cuatro horas.

—A no ser que conozcamos algún atajo del bosque —apuntó Ricky.

Y su padre añadió:

—Cosa que no conocemos.

La chiquitina Sue, que había estado sumida en profundísimas meditaciones, preguntó de pronto:

—¿Qué han «hacido» los hombres malos con nuestros «numáticos», papá?

La pregunta hizo asomar una expresión de esperanza en el rostro del señor Hollister.

—¡Caramba! ¡Has tenido una buena ocurrencia!

El señor Hollister consideraba que los ladrones, si eran pocos, no se habrían llevado todo lo robado a gran distancia a través del bosque. Habrían tenido que transportar un gran peso.

—Y no tienen coche —calculó Pete, mirando al suelo—, porque no se ven huellas de neumáticos.

—Entonces los ladrones se habrán marchado con nuestras cosas por el lago —dedujo Pam.

—Papá, seguramente no se habrán llevado los neumáticos muy lejos, por miedo a que les descubramos con ellos.

—Entonces, ¿qué habrán hecho? —preguntó la madre.

—Tirarlos por la borda al agua —adivinó Holly, levantando orgullosamente la barbilla, ante lo inteligente de su deducción.

—¡Canastos! ¡En tal caso no estarán muy lejos de la orilla! Vamos a zambullimos hasta el fondo para rescatarlos —decidió Ricky.

Los niños corrieron a la orilla del agua. Pete no tardó en descubrir las marcas hechas por dos canoas que habían sido empujadas al agua. A toda prisa fueron los hermanos Hollister a ponerse sus bañadores y en seguida se echaron al agua y nadaron un buen trecho. Luego empezaron a hacer rápidas inmersiones y salidas, intentando localizar los neumáticos. Sue, que les observaba desde la orilla, soltó una risilla y declaró:

—Parecen nutrias «juegando».

—¿Hay suerte? —gritó la señora Hollister, viendo salir del agua la cabeza de Pete.

—No, pero seguimos buscando.

Cuando llevaban unos diez minutos buceando de aquel modo, el señor Hollister les llamó:

—Venid a tierra a descansar un rato.

—Está bien, papá —contestó Pam, que en aquel momento miró a su alrededor, inquieta. Pete y Ricky nadaban cerca de ella, pero a Holly no se le veía por ninguna parte—. ¿Dónde está Holly? —preguntó, aterrada.

—¡La he visto zambullirse por allí, a la derecha! —orientó la

señora Hollister, señalando la derecha de Pam.

Los tres nadaron veloces a aquel trecho. En aquel momento asomó la cabecita Holly, tosiendo y escupiendo agua.

—He… he…

La niña no podía ni hablar y Pete la sostuvo en sus brazos y la ayudó a volver a la orilla. La señora Hollister dio repetidos golpecitos en la espalda a su hija, hasta que Holly recobró la respiración normal. Entonces exclamó:

—¡Papá, he encontrado los neumáticos!

Todos los hermanos estallaron en exclamaciones.

—Un momento —pidió el padre, que ya se había puesto los calzones de baño—. Pete y yo iremos a buscarlos.

Padre e hijo nadaron hasta el lugar por donde Holly había emergido y bajaron al fondo. Pete salió primero, seguido por el señor Hollister. Cada uno llevaba un neumático que arrastraron a la orilla.



—¡Hurra! ¡Olé! —exclamó Sue, dando alegres saltitos.

—Vamos, Pete. Hay que recobrar los otros —dijo el padre.

Volvieron a zambullirse. Unos segundos después aparecían, llevando un neumático entre los dos. Nadaron con ello hasta la

orilla, pero sus expresiones perplejas indicaron al resto de la familia que algo iba mal.

—Ahí no se encuentran más que tres neumáticos —anunció Pete—. ¿Qué os parece?

La señora Hollister opinó que los ladrones podían haber arrojado los neumáticos restantes algo más lejos.

—Iremos a mirar —dijo Pete.

Esta vez Pam acompañó a su padre y su hermano. Todos se sumergieron repetidamente, pero no lograron localizar los neumáticos que faltaban.

Al regresar a la orilla, los tres se tumbaron en el suelo, respirando fatigosamente, después del esfuerzo realizado.

—Qué lástima —murmuró la señora Hollister—. No podemos ir a Glendale con sólo tres neumáticos.

—No. Creo que, después de todo, tendremos que hacer esa larga excursión —dijo el marido.

De repente, Pete se acordó de lo que J. B. le dijera.

—Papá, vamos a ver la señal que hay a unos doscientos pasos al oeste de nuestro campamento. A lo mejor eso nos ayuda a resolver el problema.

—Vale la pena intentarlo —admitió el señor Hollister—. Echaremos un vistazo.

Iba cayendo la tarde mientras la fatigada familia Hollister avanzaba por el bosque, contando cada paso que daba.

—Ya estamos llegando —dijo Pam—. Ciento noventa y cinco, noventa y seis, noventa y siete…

—Ahí está la señal —anunció Holly, adelantándose, y señaló un árbol en el que había muescas recientes.

—De modo que era ésta la señal de que J. B. habló… —comentó la señora Hollister—. Me gustaría saber si ha hecho esas muescas para nosotros…

—Creo que sí —afirmó Pam—. ¡Mirad!

Señaló un agujero al pie del árbol. Dentro había una bolsa de papel oscuro que Pete abrió.

—¡Bocadillos! —exclamó.

—¡Qué suerte! —gritó Holly que estaba hambrienta.

Mientras repartían los bocadillos, Pam comentó:

—Si J. B. ha dejado estos bocadillos, debe de ser porque sabe que esos hombres nos han saqueado el campamento.

En ese momento Pete se fijó en que había otros árboles con muescas.

—J. B. ha dejado otras marcas.

Pete sacó la brújula para comprobar la dirección de las muescas.

—¡Zambomba! Ésta es la dirección de Glendale.

—¡Un atajo! —afirmó Pam con alegría—. ¿Creéis que J. B. sabía que estábamos en apuros y nos ha marcado el camino para llegar más fácilmente a la ciudad?

—No me sorprendería —declaró el señor Hollister.

Pete sonrió y preguntó luego:

—¿Quién tiene ganas de hacer una excursión?

Se decidió que Pete y Pam acompañarían a su padre.

—Ricky, tú te quedas para proteger a tu madre y tus hermanas —dijo el señor Hollister, que marchó apresuradamente con sus hijos para quitarse los trajes de baño.

—Pero se habrá hecho de noche antes de que lleguéis —dijo Holly, muy preocupada—. ¿Cómo veréis el camino?

Por suerte, Pete y Ricky se habían llevado las linternas ajustadas al cinturón cuando salieron en busca de «Espantapájaros».

—Nos las arreglaremos bien —dijo Pete, confiadamente—. Nos os preocupéis.

Después de decir adiós a todos, el señor Hollister y sus dos hijos mayores se pusieron en marcha, a través de los bosques. Los tres encontraron fácilmente las señales indicadoras del camino a seguir, primero colina arriba, luego colina abajo, a través de los bosques.

—Todos seremos gentes de campo cuando acabemos esta excursión —comentó Pam, mientras pasaba por encima de un tronco podrido.

—¡Muy bien hecho! —aplaudió el padre, que explicó que un buen excursionista o un habitante de los bosques nunca pisa nada, si puede evitarlo pasando por encima—. Los árboles pueden estar podridos y hundirse con nuestro peso.

Al cabo de un rato, Pete dijo que tenía sed. Pero no se veía agua por ninguna parte.

—Ponte unas piedrecillas en la boca —aconsejó el señor

Hollister—. Eso evitará que la garganta te quede reseca.

Pete encontró en el suelo unas piedras completamente limpias por la lluvia torrencial de la noche anterior. Se las metió en la boca y, al cabo de un rato, admitió:

—Tenías razón, papá. Esto es mejor que mascar chicle.

—Pero no se te ocurra mascar —bromeó el padre, que luego recordó a los niños que debían seguir buscando muescas en los árboles—. En especial las tres muescas en un mismo árbol, que indican peligro.

—Estas señales silenciosas son una cosa estupenda, ¿verdad? —comentó Pam, mientras avanzaba por una cañada boscosa.

Al llegar arriba el señor Hollister se detuvo y miró en todas direcciones.

—¿Qué estás buscando, papá? —preguntó Pete.

—Humo. La hoguera es también una señal silenciosa.

Y explicó a sus hijos que los leñadores, cuando están en peligro y necesitan ayuda encienden dos hogueras juntas. Las dos columnas de humo son señal de peligro.

Los tres continuaron hablando hasta que anocheció. Después encendieron las linternas y caminaron en fila india, para que no se les pudiera pasar por alto las muescas de los árboles. De pronto, Pete exclamó:

—¡Mirad! ¡Tres muescas en ese árbol!

—¡Peligro! —gritó Pam.

—Exacto —dijo el padre—. Hay que proceder con cautela.

Manteniéndose muy cerca unos de otros, Pete marchaba delante, a buen paso. De pronto resbaló y habría caído hacia delante, de no ser porque Pam le sujetó a tiempo. La linterna del señor Hollister enfocó un gran hoyo dejado por un árbol que se desarraigó durante una tormenta.

Los tres Hollister pasaron con precaución alrededor del hoyo y continuaron la marcha en la oscuridad.

—¿Cuánto trecho crees que habremos recorrido papá? —preguntó Pete.

—Creo que lo sabremos cuando lleguemos al próximo montículo —respondió el señor Hollister—. Confío en llegar pronto a la ciudad, porque me preocupa haber dejado sola a tu madre y los

pequeños.



Los tres ascendieron fatigosamente por la pendiente de la nueva colina. Pam fue la primera en llegar a la cima.

—¡Mirad! ¡Luces! —gritó, alegremente.

A lo lejos, en el valle, se veía un grupo de alegres luces amarillentas. El señor Hollister dijo:

—Aquello es Glendale. J. B. nos ha mostrado un atajo, realmente.

Muy reconfortados, el señor Hollister y sus hijos caminaron con nuevo vigor. Por fin llegaron al límite de los bosques y embocaron la carretera. Fatigados y despeinados, corrieron por la calle principal hasta la oficina del jefe de bomberos. Al abrir la puerta, el hombre les miró con asombro. Apresuradamente le explicó el señor Hollister que les habían llevado todas sus pertenencias, que «Espantapájaros» había desaparecido y que necesitaban ayuda.

—Voy a buscar un policía e iremos allí inmediatamente —dijo Pat Mitchell—. Viajaremos en mi camión. Es de bastante tonelaje. Iré a adquirir los neumáticos y algunas provisiones para ustedes y entre tanto, pueden ustedes comer algo. Reúnanse aquí, conmigo, dentro de media hora.

Los Hollister comieron apresuradamente en un restaurante del otro lado de la calle y a Pam se le ocurrió decir:

—Visitemos a la señora Blake para enseñarle la navaja que tiene Pete.

—Buena idea —aplaudió el padre.

Los tres cruzaron la calle. A pesar de lo avanzado de la hora, la casa de la señora Blake tenía aún las luces encendidas. Pete tocó el timbre y la señora salió a abrir. Miró a todos con asombro. Después de hablar unos momentos, Pete sacó la navaja.

—¿Reconoce usted esto, señora Blake? —preguntó el chico.

Mientras daba vuelta en sus manos a la navaja, la señora Blake se mostró llena de esperanzas.

—¡Es de Jim! ¡Es la navaja de Jim! —exclamó, explicando luego que su marido se la había regalado al muchacho el día del cumpleaños.

Pam le dijo dónde había encontrado la navaja y cómo Pete se había encontrado en los bosques con J. B.

—Ahora sé que él es Jim —dijo la señora—. Por favor, devuélvanme a mi hijo.

—¡Lo haremos! —prometió Pam.

Luego todos se despidieron y salieron de la casa. Cuando los Hollister llegaron a la oficina de bomberos, un camión de buen tamaño, con el motor en marcha, esperaba junto al bordillo. La parte posterior estaba cargada de neumáticos, tiendas de campaña y provisiones.

Pat Mitchell, que ocupaba el asiento del conductor, presentó a los Hollister a los dos hombres que en ese momento se unieron al grupo.

—El sargento Barrett, de nuestra policía local, y el guarda Sharp. Vienen con nosotros.

—¡Sharp! —repitió Pete, sorprendido. Y a continuación habló del guarda que habían conocido, que llevaba el mismo nombre: Sharp.

—Es un impostor. Le están buscando —dijo el jefe de bomberos.

Sharp dijo que, últimamente, había estado enfermo unos días. Mientras estuvo en casa de un amigo, reponiéndose, le robaron del dormitorio uno de los uniformes y su tarjeta de identidad.

Pat Mitchell pidió a los Hollister que se sentasen en la parte delantera del camión, con él. Los dos oficiales irían detrás. Pam

tuvo que sentarse en las piernas de su padre.

El vehículo avanzó veloz por la ciudad y por la carretera, en dirección a la curva que llevaba al Bosque de los Abetos. Por el camino Pam, que estaba fatigada por la larga caminata, se adormiló. Por fin, Pete anunció:

—La curva está en frente.

El vehículo redujo la marcha y embocó la estrecha y desigual senda que avanzaba entre los árboles. Las luces parpadeaban en la oscuridad, mientras el camión traqueteaba en la senda. De vez en cuando, un ciervo cruzaba velozmente ante ellos.

Pam observó un rato, hasta que el sueño volvió a vencerla. Su cabeza se inclinaba hacia delante cuando la niña oyó, entre sueños, gritar a su padre:

—¡Cuidado con esa curva cerrada!

Casi al momento el camión sufrió una sacudida, se ladeó y las dos ruedas de la derecha quedaron fuera del camino, sobre una hondonada. La portezuela quedó abierta de par en par.

¡De pronto Pam se sintió lanzada al espacio!

UNA PISTA AMARILLA



Pam Hollister fue lanzada a un lado del camino hasta caer entre un montón de altas hierbas. Por un momento quedó atontada. Luego, al reanimarse, se dio cuenta de que su padre la estaba levantando.

—¿Estás bien, Pam? —preguntó el señor Hollister, con ansiedad, llevando a su hija al camino—. Has salido de mis brazos como un rayo.

Pam se puso en pie y parpadeó, cuando los rayos de las linternas cayeron sobre ella.

—Creo… creo que estoy bien, papá —repuso.

Pat Mitchell dijo que había sido una suerte que la niña estuviera completamente relajada cuando cayó. Eso le evitó resultar herida.

Entre los cuatro hombres sacaron las ruedas del hoyo, llevando el camión al centro del camino. Pat Mitchell condujo muy lentamente, para tratar de evitar otro accidente.



Era casi medianoche cuando los largos haces amarillos de los faros se filtraron entre los árboles, revelando el campamento de los Hollister, donde chisporroteaba una gran hoguera. Pete, Pam y su padre salieron los primeros del camión.

¡No se veía a nadie en tomo a la hoguera!

Un escalofrío de miedo recorrió a Pam. ¿Habrían ido al campamento los forasteros para secuestrar a su familia?

—¡Elaine! —gritó el señor Hollister—. ¡Holly, Sue, Ricky! ¿Dónde estáis?

Desde detrás de los árboles surgió un gruñido y apareció «Zip» corriendo. Le seguían los niños y su madre.

—¡Papaíto! —exclamó Holly, corriendo a abrazar a su padre—. ¡Qué contentos estamos de que seas tú!

—Sí. Gracias a Dios —murmuró la señora Hollister, abrazando a su marido.

Luego explicó que, no sabiendo quién se aproximaba al campamento, los niños y ella habían decidido esconderse hasta estar seguros de que todo iba bien. El jefe del servicio de incendios presentó al guardabosques y al policía. Luego, entre todos, descargaron las tiendas, las provisiones y los neumáticos del camión.

Mientras los hombres ajustaban los neumáticos a las ruedas del coche, Pete y Ricky prepararon la tienda más grande y la señora Hollister y las niñas dispusieron unos bocadillos. Sentados en torno a la hoguera, comieron los bocadillos y hablaron del misterio que parecía existir en el bosque.

—Buscaremos a los cazadores furtivos tan pronto como sea de día —aseguró el jefe de bomberos—. Doy las gracias a todos los Hollister por haber buscado tantas pistas y venir a comunicármelas.

Y el señor Sharp masculló:

—Me gustaría poner las manos sobre ese impostor que ha adoptado mi personalidad.

La señora Hollister, mientras servía otra taza de café al oficial Barrett, dijo:

—Me siento orgullosa de que, entre todos, hayamos podido ayudarles. Pero pienso que ahora es mejor volver a Shoreham, mientras ustedes atrapan a esos peligrosos criminales.

Pete, al oír aquello, estuvo a punto de derramar su chocolate.

—¡Pero, mamá! —protestó—. No podemos hacer eso. Nosotros queremos estar cuando capturen a esos hombres.

—Claro, claro —concordó Pam—. Acuérdate, mamá, de que tenemos que encontrar a Jim Blake y a «Espantapájaros».

—Y las cosas que robaron en nuestra tienda y aquí, en nuestro campamento —añadió el señor Hollister.

Su esposa le sonrió, preguntando:

—¿Qué opinas, John?

—Ya sé que es peligroso, Elaine, pero ahora contamos con la protección de la policía.

El oficial Barrett intervino, diciendo:

—Puede usted confiar en nosotros, señora. Además, creo que, para hacer la redada, necesitaremos la ayuda de ustedes. Cuanta más sea la gente que busque a esos hombres, mayores serán las

probabilidades de encontrarles.

—Está bien —accedió la señora Hollister—. Haremos cuanto podamos.

Al oír a su madre, Ricky sonrió complacido, y Holly declaró:

—Mamá, tú también eres una buena detective.

Sue llevaba largo rato silenciosa. Cuando su madre miró en su dirección, vio que su hijita pequeña estaba tumbada en el suelo, junto a «Zip», profundamente dormida. Tenía la cabeza apoyada en el lomo del hermoso perro pastor y sonreía beatíficamente.

—La pequeñita ha tenido un día muy agitado —comentó Pat Mitchell.

El señor Hollister tomó en brazos a la niñita y la llevó a la tienda, que era bastante grande para toda la familia. El policía y sus compañeros dormitarían en el camión, turnándose para que siempre hubiera uno haciendo guardia.

A pesar de no haber dormido más que seis horas, al día siguiente los Hollister se levantaron con grandes ánimos, preparados para la búsqueda. Después del sabroso desayuno, Pat Mitchell dijo:

—El sargento Barrett, el guardabosques Sharp y yo hemos estado hablando sobre cómo organizamos. Nos dividiremos en dos grupos.

El hombre sugirió que el señor Hollister, el guardabosques Sharp y el policía buscasen a los cazadores furtivos, mientras el resto de la familia buscaba más pistas en la casa de «Espantapájaros».

Mitchell había llevado un «walkie-talkie». En caso de complicaciones, podría comunicarse con su oficina y pedir ayuda.

Tan pronto como se hubo ajustado el radiorreceptor a la espalda, se pusieron en camino hacia la casa de «Espantapájaros». El señor Hollister dijo adiós al grupo y tomó la dirección opuesta.

«Zip», indeciso sobre el grupo al que prefería unirse, acabó corriendo al lado de Holly. Al llegar a la casa del anciano profesor la niña mostró a Pat Mitchell dónde habían encontrado las huellas que conducían al lago.

Mitchell se inclinó a examinarlas atentamente.

—¿«Espantapájaros» cojeaba? —preguntó.

—Sí.

—Estas huellas pertenecen a dos personas que andaban normalmente. No puedo comprender qué ha sido de

«Espantapájaros».

—Puede que le llevasen en brazos —apuntó Ricky.

—Lo dudo —contestó el hombre—. Las pisadas no son muy profundas.

Pam quedó pensativa unos momentos. Luego murmuró:

—A lo mejor todo ha sido una trampa para confundirnos, y lo que hicieron fue llevarse a «Espantapájaros» a los bosques.

Pat Mitchell estuvo de acuerdo con la sensata deducción de la niña. En seguida se dedicaron a buscar otras huellas, alrededor de la casita. Pam se fijó en un gran tronco colocado desde la parte posterior de la casa hasta un grupo de árboles.

—Pudieron caminar por encima del tronco sin dejar huellas —sugirió, corriendo tronco adelante.



Al llegar al final dejó escapar un gritito y se inclinó a coger un

disco amarillo.

—«Espantapájaros» llevaba el bolsillo lleno de discos amarillos, ¿os acordáis? —gritó.

—Creo que hemos encontrado la verdadera pista —dijo Pat Mitchell internándose en la maleza. Un momento después anunciaba—. ¡Aquí hay otro disco!

Ahora todos imaginaron claramente lo que había sucedido. «Espantapájaros» fue conducido a través de los bosques. Sin que sus captores se dieran cuenta, el anciano había ido dejando los discos amarillos para señalar su camino. Pat Mitchell aconsejó a los Hollister que se movieran con toda la cautela posible.

—No sabemos cuándo nos tropezaremos con esos malhechores. Nos mantendremos siempre juntos.

Ricky, Pete, Pam y Holly se habían adelantado algo. Habían recorrido medio kilómetro y ya tenían recogidos quince discos amarillos.

—¡Buen trabajo! —dijo Mitchell.

Al llegar a un trecho de grandes peñascos, combinados con nudosos troncos de nogales muertos, Pat Mitchell dio el alto.

—Ahora debemos calcular qué dirección han seguido esos hombres.

Mientras él buscaba por aquel trecho huellas de pisadas, Holly se subió a un peñasco y contempló la enmarañada maleza que se extendía abajo. De repente oyó ruido.

«A lo mejor es un ciervo», se dijo, saltando al suelo. Separó las hierbas con ambas manos y se encontró con la entrada de lo que parecía una cueva. Un momento después daba un grito desaforado y echaba a correr.

—¡Un oso! ¡Un oso! ¡Me ha amenazado! —chilló, despavorida.

Los Hollister miraron hacia Pat Mitchell, buscando protección. El hombre parecía más perplejo que alarmado.

—No ha habido un oso por estos lugares desde hace diez años —comentó—. ¿Dónde lo has visto, Holly?

—Por… Por allí.

—Enséñame dónde.

Holly trepó por el peñasco, seguida por el hombre. Señalando el bosque, la niña dijo:

—Está ahí.

Desde aquel lugar surgió un gruñido y luego la cabeza de un oso apareció entre los matorrales. Luego, dos garras que se sacudieron en el aire, en dirección al grupo.

—¡Retrocedan! —ordenó el hombre.

Avanzó cauteloso hacia el follaje y, en ese momento, la cabeza del oso desapareció y se produjo un chasquido.

Mientras Ricky corría al lado del hombre, vio alguien tendido en el suelo, detrás de ellos.

—¡Canastos! ¡Mire ahí!

A poca distancia de ellos se veía una piel de oso. Su gran cabeza marrón quedaba inclinada en una postura ridícula.

—¡Es un oso de mentira!

Mitchell se inclinó a examinar la piel, mientras todos los Hollister le rodeaban. Levantando la cabeza, el hombre sonrió y dijo:

—Alguien intentaba asustarnos. Quizá no suponía que venían con la protección de una autoridad y, al verme, se ha asustado y huido.

—¿Quién puede haber hecho tal cosa? —comentó la señora Hollister.

El hombre contestó que cualquiera que tuviese idea de que los Hollister habían ido a la ciudad a buscar ayuda, regresando rápidamente.

—Mamá —dijo Pam—, ¿crees que puede ser Jim Blake quien intenta asustarnos?

Antes de que la madre tuviera tiempo de contestar, Mitchell dijo:

—Si ha sido él, le descubriremos. Pero hay que darse prisa.

SEÑALES DE HUMO



Tranquilizados al saber que el oso no era de verdad, los Hollister siguieron al hombre, deseando detener al impostor.

—La verdad es que ha huido con rapidez —comentó Mitchell.

Los niños continuaron encontrando discos amarillos. Mientras atravesaban un bosque de abetos gigantes, Pam preguntó a su acompañante en dónde estaban.

—Cerca de la orilla del lago. Justamente debajo del gaznate del zorro.

La explicación hizo reír a Holly, que bromeó, diciendo:

—A lo mejor le estamos haciendo cosquillas al pobrecito.

Pete se inclinó a recoger otro disco dejado por «Espantapájaros». En ese momento Ricky se le adelantó y ascendió por una cuesta. Llegó el primero arriba y en seguida se volvió a los otros, gritando:

—¡Mirad! ¡Señales de humo!

A cierta distancia se elevaban dos blancos penachos de humo.

—¡Eso indica peligro! —observó Pete.

El hombre asintió, diciendo:

—Ya lo creo que es la señal de peligro.

—Confiemos en que el señor Lehigh no esté herido —dijo la

señora Hollister, mientras todos echaban a correr hacia las dos hogueras.

Pronto llegaron a un reducido claro.

—¡Canastos! —gritó Ricky, atónito—. ¡Si allí está la tienda de papá y mamá!

Junto a la tienda estaban apiladas las provisiones pertenecientes a los Hollister. El jefe de bomberos corrió a mirar en el interior de la tienda. No había nadie dentro.

Pete buscó en la pila de provisiones y encontró el contador Geiger. También estaba allí la canoa de su padre. Luego el chico se volvió a mirar las dos espirales de humo que ascendían desde el bosque, algo más allá del claro.

—Ya volveremos más tarde por estas cosas. Si hay alguien en peligro hay que salvarle primero —dijo.

Pat Mitchell estuvo de acuerdo con Pete, y dijo que suponía que todo lo robado había sido transportado por el lago y luego arrastrado hasta aquel escondite.

—¡Ahora estamos sobre la pista en ascuas! —dijo, jubiloso.

Ahora el humo de las hogueras les envolvía. Pronto vieron los dos montones de brasas, situados a unos diez metros, sobre un saliente rocoso.

—¡Hola! ¡Hola! —gritó el guarda—. ¿Alguien tiene problemas?

No hubo respuesta. Pero «Zip», que había corrido hasta la roca, estaba ahora olfateando una pequeña abertura en la base de un peñasco. El perro aulló sonoramente.



—¡Hay algo allí! —dedujo Holly—. ¿Qué pasa, «Zip»?

El perro fue al lado de la niña y volvió en seguida a la cavidad.

—Sin duda nos está advirtiendo algo —dijo la señora Hollister.

—A lo mejor hay un oso de verdad ahí dentro —balbució Sue.

Mitchell se acercó a una de las hogueras, cogió una rama a medio quemar y la introdujo en el hueco.

—Si hay algún animal, con el humo le haremos salir.

Durante unos minutos todos aguardaron, en tensión. De pronto, desde el interior de la cueva brotaron unas tosecillas.

—¡Hay un hombre dentro! —exclamó la señora Hollister.

—¡Salga y ríndase! —ordenó Ricky.

En vista de que nadie aparecía y continuaba sonando la tos, Pete dijo:

—Debe ocurrir algo raro, señor Mitchell. Yo entraré a ver.

—Puede ser una trampa —contestó el hombre—. Entraré yo.

Echándose al suelo, el hombre se arrastró sobre manos y rodillas hasta el interior de la cueva. El interior era más amplio que la entrada y allí Mitchell pudo ponerse en pie. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la escasa claridad, llamó a los otros.

—Hay tres hombres aquí, atados y amordazados. Que venga alguien y me ayude a sacarlos.

Instantáneamente Pete y Ricky se arrastraron al interior de la cueva y quitaron las ligaduras a los prisioneros que encontraron más cerca. Al quitar la mordaza a uno, Pete exclamó:

—¡Jim Blake!

—Y aquí está el señor «Espantapájaros» —informó Ricky, mientras ayudaba al segundo hombre.

El tercero era un desconocido.

—Gracias a Dios que estáis aquí —dijo «Espantapájaros»—. Temía que no encontraseis mi pista.

Mientras él y Jim Blake se incorporaban, el chico dijo:

—Éste es mi padre. Tendremos que ayudarle a salir. Está enfermo.

Con la ayuda de Pete y del guarda, Jim sacó a su padre a la luz del sol. La señora Hollister y las niñas quedaron espantadas ante aquella escena. Roy Blake tenía una espesa barba y su cabello rubio estaba largo, sucio y enmarañado. Sus ropas sucias cubrían un cuerpo flaco y enfermizo.

La madre de los Hollister advirtió, por el color excesivamente rojo de las mejillas del hombre, que estaba febril. El desgraciado quedó tumbado en el suelo, sin poder hacer más que gemir débilmente.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Pat Mitchell.

Jim contestó:

—Ahora ya puedo decírselo. Hace dos meses, mi padre y yo íbamos en una canoa por el río Remolinos. La canoa se rompió y papá resultó herido. Logramos llegar a la orilla, pero en seguida nos detuvieron unos hombres.

—¿Los cazadores furtivos? —preguntó Pete.

Jim asintió.

—Son cazadores furtivos y, además, están buscando uranio.

—¿Lo han encontrado? —quiso saber Pam.

—Creo que sí.

Jim añadió que los hombres les habían apresado después que su padre y él vieron una gran pila de pieles de animales del bosque.

—¿Cómo pudiste escapar? —preguntó el guarda.

—No me ataron muy bien. Casi llegué al pueblo, pero me alcanzaron. Uno de ellos me dijo que haría daño a mi padre si yo volvía a intentar salir del bosque o informaba de lo que ocurría. Tenían prisionero a papá, pero a mí me dejaban libre para que les hiciese la comida. Por eso pude advertir a los Hollister que debían volver al pueblo. Esta mañana, cuando vine a la cueva, me encontré también al señor Lehigh. Los cazadores furtivos temían que él supiera demasiado, de modo que le secuestraron y le trajeron a la cueva.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Mitchell.

—«Llaves» Craven es uno de ellos —contestó Jim.

—¡Huy, «Llaves»! ¡Qué nombre tan gracioso! —dijo Holly.

—Es un apodo, porque ese hombre es herrero y ladrón.

—¡Ladrón! Puede que sea uno de los que robaron en el Centro Comercial —dijo Pete.

—¡Debe de ser! Les he oído pronunciar ese nombre.

—¿Dónde está ahora? —preguntó la señora Hollister.

Jim dijo que «Llaves» se había presentado hacía unos minutos, cuando él estaba encendiendo las hogueras para hacer las señales de humo.

—Me ató, diciendo que yo resultaba demasiado peligroso para andar suelto, mientras él iba a la ciudad. Supongo que no sabe que las dos hogueras sirven para hacer señales. Si no, las habría apagado.

—¿Qué dirección tomó el tal Craven? —preguntó Mitchell.

—Creo que siguió las viejas muescas.

Mitchell se puso en acción inmediatamente.

—Debo capturarle antes de que sepa que estamos aquí. De lo contrario no volverá —dijo.

—Yo le ayudaré —se ofreció Pete—. Vamos, «Zip», muchacho.

Los dos corrieron bosque adelante, acompañados por el perro.

Entre tanto, la señora Hollister y los otros atendieron a Roy Blake. Usando agua de la cantimplora de Jim, le lavaron la cara y le

acomodaron lo mejor posible, mientras esperaban a que regresasen el jefe de bomberos y Pete.

—«Llaves» no es un hombre de los bosques —dijo Jim—. Les será fácil cogerle, aunque les lleve mucha distancia.

En la lejanía podían oírse los ladridos de «Zip», cada vez más apagados. De repente, cesaron por completo.

—¿Qué habrá ocurrido? —murmuró Pam, muy nerviosa.

Después de diez minutos de angustiosa espera, vieron aparecer a «Zip». Detrás iban Pete y el guarda, sosteniendo a un hombre de mal aspecto.

Holly se estremeció.

—¡Es el que dijo que se llamaba Sharp! —exclamó.

—Eso es —asintió Pete, mientras el guarda ataba al detenido con la cuerda que antes había sujetado al padre de Jim.

«Llaves» Craven miró furibundo a los Hollister y luego bajó los ojos hasta sus desgarrados pantalones.

—¡Malditos vosotros y vuestro endiablado perro! —masculló—. Me las pagaréis.

—No va a tener oportunidad de vengarse —le advirtió Mitchell.

Pete, riendo, comentó:

—«Zip» le ha hecho pasar un mal rato. —Luego, mirando al detenido, dijo—: Ha tenido usted suerte de que no le haya mordido, después del puntapié que usted le ha dado.

El jefe de bomberos explicó cómo habían perseguido por el bosque a «Llaves». Descubrieron al fugitivo cuando pasó por encima de un tronco caído. La madera podrida se había hundido y el hombre cayó, tambaleándose.



—Y «Zip» sujetó a «Llaves» hasta que nosotros llegamos —añadió Pete.

El prisionero fue convenientemente atado de pies y manos, y el guarda le colocó de espaldas a un árbol.

—¡Ahora, hable! —ordenó Mitchell—. ¿Quiénes son esos dos amigos suyos?

El hombre posó en el guarda una mirada llena de odio.

—¡No diré nada! —masculló con voz sibilante—. Jake y «Francés» se las arreglarán como puedan.

—¡«Francés»! —exclamó Pam.

Una expresión preocupada asomó a los ojos del prisionero que comprendió que había dicho demasiado.

—¡Apuesto algo a que los tres son responsables del robo en nuestra tienda! —dijo la señora Hollister, indignada.

Todos hicieron a «Llaves» varias preguntas más, pero el prisionero se mantuvo huraño y silencioso.

—Vamos —decidió Mitchell—. Tenemos que llevar al señor

Blake al pueblo lo antes posible. Pero antes regresaremos al campamento, señora Hollister. «Espantapájaros», Pete, entre los dos podrán vigilar a «Llaves». Yo llevaré al señor Blake.

Con ayuda de la señora Hollister y de Pam, el guarda levantó al enfermo, que se cargó a la espalda, y todos se pusieron en marcha.

De pronto, «Llaves» dijo, despectivo, a sus vigilantes:

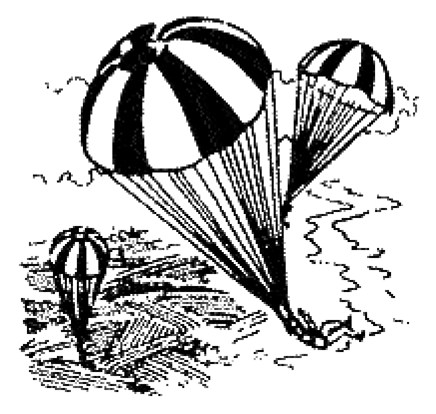
—Todos estáis en peligro, por haberme atrapado. Mirad.

—¿A qué se refiere? —preguntó la señora Hollister.

En seguida tuvo la respuesta. Se oyó entre la arboleda un ligero crepitar, que pronto fue haciéndose más sonoro. Luego una columna de humo negro se elevó a los cielos.

—¡El bosque se está incendiando! —gritó Pam estremeciéndose.

EL MISTERIO RESUELTO



El aire arrastraba encendidas pavesas entre nubarrones de humo.

—Ya dije que estabais en peligro. Os está bien empleado —masculló «Llaves», con deleite.

—¡Qué tristeza! —se lamentó Holly—. Los pobrecitos animales del bosque se van a quemar.

—Todos corremos peligro con este incendio —dijo Pat Mitchell—. «Llaves», ¿ha provocado usted este incendio?

—No. Pero puede haberlo provocado algún cigarrillo arrojado sin precaución —dijo el prisionero, prorrumpiendo en una maléfica carcajada.

El guarda dejó al herido en el suelo y llamó a Pete.

—Por favor, trae el «walkie-talkie».

Cuando lo tuvo en sus manos, Mitchell habló por el micrófono.

—Llamando a la central de bomberos. Envueltos en humo. Hay un gran incendio en la cabeza del zorro, en el lago. ¡De prisa! ¡No tenemos ninguna embarcación y podemos quedar atrapados por las llamas!

Un momento después sonaba la respuesta:

—Bomberos en camino, señor Mitchell.

—Bien, Roger —replicó Mitchell, que luego entregó el comunicador a Pete.

En seguida tomó a Roy Blake y, con los demás, corrió a la orilla del lago. Mitchell explicó que tenían patrullas de servicio contra incendios, localizadas en el pequeño aeropuerto inmediato a Glendale.

—En pocos minutos llegarán aquí, por el aire.

De pronto, un hermoso ciervo pasó junto a ellos, a la carrera. Luego se tropezaron con conejos, ardillas, marmotas y otros animales que corrían buscando la salvación en el agua. Mitchell no cesaba de mirar al cielo.

—Confío en que los bomberos lleguen pronto —murmuró.

Estaban llegando al lago, cuando pudieron oír el zumbido de aviones.

—¡Mirad! ¡Mirad! —gritó Sue, señalando hacia arriba.

De los aviones saltaron paracaidistas que fueron a caer muy cerca de la zona incendiada. Los Hollister pudieron ver que llevaban bombonas de productos químicos a la espalda, además de palas.

Media docena de hombres descendieron en el terreno que separaba a los Hollister de las llamas y empezaron a trabajar activamente. Para entonces, el grupo fugitivo ya notaba el calor del fuego.

El jefe de bomberos colocó al señor Blake en un espacio cubierto de hierba y corrió a dar instrucciones a sus hombres para la extinción del incendio. De repente, un minúsculo conejo corrió hacia Sue, que estaba en el borde del lago, y que, en seguida, se agachó a coger al lindo animal.



—No te preocupes, hijo mío —le dijo, mimosa—. Podrás volver a tu casa dentro de un rato.

Pronto el crepitar de las llamas fue disminuyendo y el calor empezó a desaparecer. Media hora más tarde regresó Pat Mitchell con la cara llena de ceniza.

—Hemos sofocado el incendio —dijo—, pero mis hombres se quedarán para cerciorarse de que no vuelve a reproducirse. Ahora podemos ir a su campamento, señora Hollister.

Mientras atravesaban los bosques, Mitchell alabó la ocurrencia de «Espantapájaros» al ir arrojando los discos amarillos.

—De no ser por eso, nunca les habríamos encontrado.

Todo el mundo se sentía feliz, excepto el prisionero. Una vez quiso echarse a reír, despectivo, pero «Zip», ladrándole a sus talones, le hizo apretar el paso y guardar silencio.

Por fin el fatigado grupo llegó al lugar en que los Hollister habían acampado. Inmediatamente la madre de los niños fue a

buscar el botiquín y dio al señor Blake una pastilla para que le bajase la fiebre.

—Mientras no sea pneumonía… —murmuró, hablando con Pam.

Pete, que estaba cerca de Pat Mitchell, dijo:

—Me gustaría saber cómo le van las cosas a mi padre y los demás.

—Tal vez yo pueda averiguarlo. —Mitchell se puso en contacto con el cuartelillo de bomberos, gracias al «walkie-talkie». Todos escucharon atentamente la conversación que sostuvo—. ¿Se sabe algo del señor Hollister?

—Está en el pueblo con Sharp y el sargento.

—¿Cómo ha ido todo?

—Bien. Han traído dos prisioneros. Uno es «Francés» y el otro Jake. Les han traído en el coche de los Hollister.

Al oír aquello, los niños prorrumpieron en gritos de alegría.

—¡Hurra! —gritó Ricky, dando grandes saltos—. ¡Han detenido a todos los ladrones!

Mitchell pidió en el cuartelillo que se avisase al doctor Rice, de Glendale.



—Comuníquele que vamos con un enfermo. Llevaré al señor Blake en el camión.

—¿Blake?

—Sí. Roy Blake. Está vivo, pero enfermo. También hemos rescatado a su hijo.

—Magnífico, Mitchell. Haré que la policía se lo comunique a la señora Blake.

—Eso es todo.

A través del «walkie-talkie» llegó una risilla alegre.

—Pues es mucho, Mitchell.

Se colocó al enfermo en la parte trasera del camión y se le abrigó con mantas. A «Llaves» se le hizo sentarse en la cabina, entre Mitchell y «Espantapájaros». Los Hollister se colocaron como pudieron en la parte que quedaba libre detrás, y se inició el regreso

a Glendale.

Cuando llegaron, Pam preguntó:

—¿Por qué está aquí toda esa gente?

—Las noticias se divulgan muy de prisa en las poblaciones pequeñas —repuso Mitchell—. Creo que todos están muy contentos de que se haya resuelto el misterio de los Blake.

Desde la acera, las gentes aplaudieron cuando el camión avanzó calle abajo y se detuvo ante el consultorio del médico. La señora Blake, que les esperaba en compañía del médico, se echó a llorar al besar a su marido y a su hijo. El señor Blake fue llevado al interior. Luego Mitchell se marchó.

—Ahora entregaremos el prisionero a la policía —dijo—. Sus compinches le están esperando.

Mitchell condujo hasta el ayuntamiento del pueblo y todos entraron allí. Acudieron a saludarles el señor Hollister, el guardabosques Sharp y el sargento Barrett, además del jefe de policía Brown. Mientras el preso se alejaba, conducido por un policía, el señor Hollister explicó cómo habían cogido a «Francés» y Jake, que ya huían hacia la carretera.

—Lo han confesado todo —dijo el sargento Barrett—. Encontrarán ustedes la canoa en los arbustos, cerca del lago, a la altura del morro del zorro.

El jefe de policía dijo que el trío de malhechores había llevado a cabo sus cacerías furtivas secretamente. Al mismo tiempo Jake, que había estado un tiempo en el Oeste, buscando uranio, descubrió algo que parecía ganga de uranio.



—Y quería apoderarse de todo inmediatamente. —Supuso Pete —. Como necesitaban contadores Geiger, se los robaron a papá.

—Eso es —asintió el jefe de policía—. Acudieron a Shoreham porque iban siguiendo al señor Tucker. Pensaron que secuestrándole evitarían que se acercase por el Bosque de los Abetos. Pero le perdieron la pista el día antes de que visitara el Centro Comercial. Cuando los ladrones vieron anunciados en vuestros escaparates contadores Geiger, decidieron robar uno.

—¿Usaron una llave maestra para abrir la tienda? —preguntó Ricky.

—Sí. Eso usaron —contestó el capitán Brown, que añadió que el hombre llamado «Llaves» tenía una colección de llaves que podían abrir cualquier puerta.

—«Francés» es el cabecilla. A él le encontramos un contador Geiger.

—¿Quién colocó el espantapájaros en el camino? —quiso saber Pam.

—Jake. Él usó un altavoz para gritaros el aviso y haceros volver a casa. —El jefe de policía sonrió—: Pero no contó con que vosotros, los Hollister, sois muy valientes.

—El espantapájaros no nos asustó ni un poquito —aseguró Holly —. Algunos son tan buenos como el señor Lehigh. Él también era un misterio.

La señora Hollister explicó, sonriendo:

—Mis hijos nunca se dan por vencidos hasta que consiguen resolver los misterios que les salen al paso.

—Esta vez han resuelto dos jeroglíficos —dijo, risueño, el capitán Brown—. Estoy orgulloso de vosotros.

Antes de que los Hollister hubieran salido de la oficina policial, llegó la señora Blake a informar de que la enfermedad de su marido no era tan seria como se temiera.

—El doctor dice que estará bien en un par de semanas —dijo, llena de felicidad.

Y luego invitó a la familia Hollister y a «Espantapájaros» a cenar en su casa aquella noche.

—¡Venga, vengan! —suplicó Jim—. Celebraremos el festín de la victoria.

Más tarde, cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa, en la modesta casa de los señores Blake, sonó el timbre. Jim salió a abrir. Un señor distinguido preguntó por los Hollister.

—Entre, señor. ¿A quién anuncio? —preguntó el muchacho.

—Al señor Tucker.

Cuando Jim hizo entrar al visitante en el comedor, los niños Hollister le saludaron, emocionados. Una vez que le presentaron a la señora Blake, ella dijo:

—Siéntese a cenar con nosotros.

—Mil gracias. Acepto la invitación.

Cuando el señor Tucker estuvo sentado entre los demás, habló el anciano profesor, diciendo:

—Debo pedirle disculpas por haber estado viviendo en su vedado. No tenía idea de que fuese propiedad privada.

El propietario del Bosque de los Abetos sonrió al responder:

—Al fin y al cabo, ha sido una suerte que estuviera usted allí.

Mientras concluía la alegre cena, el señor Tucker dijo que se había enterado del incendio que se produjo en el bosque y había acudido presuroso en avión. Le había dejado perplejo enterarse de todas las cosas que habían sucedido.

—¡Qué emocionantes aventuras para unas vacaciones! —dijo, riendo—. Tengo entendido que esos cazadores furtivos han encontrado uranio en mis propiedades. —Se volvió al señor Lehigh comentando—: Ha dicho usted que es profesor. ¿Cuál es su especialidad?

—Geología.

—Magnífico. Es usted el hombre que necesito para ayudarme a explotar mis yacimientos de uranio.

Sue empezó a palmotear y todos la imitaron. El señor Tucker levantó una mano, pidiendo silencio y dijo:

—Todo el crédito lo merecen los Hollister. Ellos han ayudado a un buen número de personas en estos últimos días. Y el uranio va a ser de gran ayuda para nuestro gobierno.

A la señora Blake se le llenaron los ojos de lágrimas. Y abrazando a su hijo, que estaba sentado junto a ella, declaró:

—Pero el mayor tesoro que han encontrado ha sido mi hijo y mi marido.



«Espantapájaros» se levantó de la silla con una copa en la mano. Los ojos del anciano caballero estaban llenos de cariño cuando dijo:

—Propongo un brindis, por la más feliz de todas las familias. ¡Por los Felices Hollister!


FIN